

# RECUERDOS HISTÓRICOS

SOBRE

LAS CAMPAÑAS DEL EJÉRCITO AUXILIADOR DEL PERÚ

EN LA

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

EN ESCLARECIMIENTO DE LAS

MEMORIAS PÓSTUMAS

DEL BRIGADIER GENERAL DON JOSÉ MARIA PAZ

POR EL CORONEL

DON LORENZO LUGONES

---

Publicados en Buenos Aires en el año de 1855

---

SEGUNDA EDICION

---

BUENOS AIRES

---

IMP. EUROPEA, MORENO Y-DEFENSA

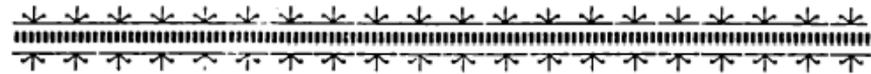
---

1888



Lit. G. Kraft Baranquista

*Dolores, Teresa, Josefa y Virginia, hijas del Coronel Don Lorenzo Lugones, dedican la segunda edicion de los Recuerdos Históricos, al doctor D. Vicente Fidel Lopez, hijo de aquel esclarecido varon, cantor insigne y primogénito ilustre de la Patria, que patrocinó á su muy amado padre en los primeros pasos de su carrera militar; pagándose así en su hijo, una deuda de reverente gratitud al primer secretario de guerra en el primer ejército de la Patria, en la gloriosa lucha por la Independencia Americana.*



**A**l emprender un trabajo tan superior á mis fuerzas y ajeno hasta cierto punto de mi profesion, he tenido en cuenta concurrir con mi grano de arena al esclarecimiento de la verdad histórica de mi país, trasmitiendo á la posteridad en su verdadero punto de vista, los distinguidos hechos de tantos varones ilustres, hijos beneméritos de la Patria.

Estos apuntes no serán un modelo de elocuencia y erudicion, ni encontrarán los que los lean aquel estilo florido de otros escritores que por sí solo basta para escitar interés y cautivar la atencion; yo escribo á mi modo, llana y sencillamente los hechos que han pasado ante mis ojos y de los cuales soy actor y testigo; sin prevencion de ninguna clase, sin pretension de ninguna especie y sin aspiraciones de ningun género.

Mas antiguo en el servicio que el ilustre General Paz, comenzaré la narracion de mis recuerdos históricos desde la cuna misma de la Independencia de mi país en la formacion del Ejército auxiliador del Perú.

Mis lectores me dispensarán si en los primeros pasos de mi carrera militar me ocupo de pequeñas insignificantes para otros ; pero para mí de muy gratos recuerdos y que ponen en transparencia el entusiasmo puro de aquellos tiempos de verdadera abnegacion y patriotismo.





**N**ací el día 10 de Agosto del año de 1796, en Pampallagta curato de Soconcho, jurisdicción de Santiago del Estero, estancia de la propiedad de mis señores padres Don German Lugones y Doña Maria Petrona Trejo, naturales ambos de dicha capital, y de aquí podrá deducir el lector cuan al principio de mi educación y estudios estaría yo, cuando resonó en el nuevo mundo el grito de independencia y libertad, claro está pues, que aun no había tiempo para haber salido de las tinieblas de la infancia y cuando á la luz del Sol de Mayo de 1810, quise abrir los ojos, me encontré en las filas de los que llevaban el nombre de *Nuevos Campeones de la Patria*.

En aquel tiempo pues, de tan grandioso y solemne acontecimiento público, no había ni podía haber otra causa que la de libertar á la Patria; los americanos del Virreinato de Buenos Aires, se disputaban á cual mas sacrificios hacían por una causa tan sagrada:—mi padre había hecho las suyas á su vez y sin embargo de haber

contribuido con su persona y alguna parte de los cortos bienes de su muy escasa fortuna, para dar mayor prueba de su decision y entusiasmo, quiso hacer de mí un presente á la Patria y fuí admitido á su servicio en clase de cadete en el primer ejército Sud-Americano, levantado en medio de las aclamaciones, para combatir por la Libertad é Independencia de América.

Tan luego de haberme incorporado al ejército en Santiago, marché al Perú en la comitiva del General en Jefe D. Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, que mandaba la expedicion, iba yo bajo la proteccion del Secretario de guerra Dr. Don Vicente Lopez y á los tres dias de hallarnos en Tucuman, recibí una carta de mi señor padre, escrita por la primera vez despues de mi salida, cuyo contenido, poco mas ó menos era como sigue :

« Santiago del Estero, Octubre de 1810.— Mi querido hijo Lorenzo: — Por el dragon Sustaita que acaba de llegar á ésta con las comunicaciones del General y por la que me escribe el Secretario he sabido que llegaron buenos; mucho me alegro que hayan sido tan bien recibidos en esa; pero me ha sido muy sensible que no me hubieses escrito teniendo tan buena proporcion: esta omision no tiene disculpa y sin embargo te lo dispenso con tal que no vuelvas á cometer otra igual falta. Con el alferez Zeballos que conduce

los equipages del cuartel general, te remito tu cama y la ropa militar que recién ayer la han concluido de coser: los adjuntos papeles contienen dos cosas esenciales para tí: primero, la fe de bautismo acompañada de los certificados de tu buen origen, requisito necesario para ser admitido en tu clase, no obstante que, la genealogía del militar está en la foja de sus servicios y los ascensos obtenidos con suficientes méritos, son los verdaderos títulos de su linaje, el segundo es, un credencial tomado razón en esta tesorería y librado á la Comisaria del ejército para que se te abone la onza mensual que te asigmo segun ordenanza, hasta que llegues á ser oficial. Te advierto que vas formalmente recomendado á mi amigo el Secretario de guerra Dr. D. Vicente Lopez, al Intendente del ejército y al mismo General en Jefe para que ocurras á ellos cuando te sea necesario, teniendo cuidado de no molestarlos á manera de un niño majadero, especialmente al Secretario que ha de hacer mis veces contigo: advierte pues que ninguna recomendacion puede servir sin el acompañado de una buena comportacion: te prevengo que en todo caso el honor es lo primero y habiendo de elegir un partido entre la muerte ó la deshonra, no se debe trepidar en abrazar lo primero.

No te entristezcas por nada, ni te intimides, desecha con valor despreocupado toda idea, todo

pensamiento que no esté de acuerdo con el honor y los principios; piensa alegremente en las glorias de la Patria y en su venturoso porvenir, mientras yo, pensando en lo mismo, ruego á Dios por tí. Tu madre y hermanas quedan buenas con el consuelo de que á la vuelta de un tiempo y no muy tarde, volveremos á verte. Tus condiscípulos de clase estan envidiando tu suerte, Dios te la depare buena y te dé todo acierto para que al fin la Patria tenga algo que agradecerte; sírvela pues como Dios manda, id en vuestro paseo militar con las bendiciones del Cielo y las de este tu afectísimo padre: — German ».

Creo que mi lector no tendrá mucha dificultad para llegar á comprender los efectos que produciria en mi ánimo esta carta y deducirá tambien con facilidad lo que seria yo en esos primeros dias, cuando nuestros padres se honraban en sacrificarlo todo á la grande y árdua empresa de nuestra independencía y libertad.

Demasiado jóven, sin los conocimientos necesarios para juzgar de las cosas, sin ideas ni voluntad propia, sujeto á la patria potestad por la minoría de mi edad; sin capacidad ni derecho para obrar por mí mismo, debo decir, que cual máquina que cede sin resistencia al menor impulso del resorte que la mueve, me dejé llevar sin violencia por las disposiciones de mi padre y á

su voluntad, emprendí ó mejor diré, me hicieron emprender una carrera ilustre por ser la de los héroes; pero llena de sacrificios, terribles dificultades y peligros, glorias y amarguras, goces y privaciones.

Esa carta pues que acabo de referir y que nadie puede darle la importancia que yo, fué el primer papel escrito que tuve interés en guardar y puedo decir que lo hice con el mismo cuidado con que supe guardar un dia el primer despacho de mi primer ascenso. Cada vez que me acordaba de mi padre, sacaba de entre mis papuchos la carta para leerla tres ó cuatro veces, hasta que llegué á saberla de memoria y por eso es que creo haberla recitado tal cual como fué escrita; la conservé en mi poder mucho tiempo, hasta que llegó la ocasion de que se perdiera como otras que recibí despues, juntamente con mi equipajecillo en la derrota del Desaguadero.

Cuando estalló en Buenos Aires esa revolucion que dió la señal de guerra contra los antiguos dominadores de la América, hubo una provincia de las del Virreinato del Plata que en el acto se pronunció armada en oposicion, la de Córdoba, y en la de Santiago del Estero, aparecieron dos hombres de influencia que haciéndola pronunciar en pro, secundaron el grito de Buenos Aires, Don Juan Francisco Borges en la

ciudad de Santiago y Don German Lugones, (mi padre) en su campaña, el primero como una categoría en lo militar y el segundo en lo civil y político, patriotas ambos, é igualmente influyentes cada cual en su respectiva cuerda, hicieron distinguidos sacrificios como lo veremos despues.

Tal fué nuestro estado de cosas en Santiago del Estero cuando partió de Buenos Aires á la expedicion el Ejército auxiliar del Perú, compuesto de ochocientos hombres de las tres armas, al mando en jefe del Coronel de Arribeños Don Francisco Ortiz de Ocampo con su Secretario de guerra el Capitan de Patricios Dr. Don Vicente Lopez y los ayudantes de Campo, tenientes Don N. Fleites y D. Antonio Villalta, un capellan, fraile mercedario Ecurra, escribiente, ordenanza, etc. y cuarenta dragones del Fijo de Buenos Aires, que haciendo la escolta completaban la comitiva del Cuartel general.

La plana mayor que se llamaba del ejército era compuesta: de tres jefes un primero, un segundo y un tercero: el primero ya sabemos que es el general en jefe, el segundo era el coronel Don Antonio Gonzalez Balcarce, que se desempeñaba siempre á la vanguardia y el tercero el teniente coronel Don Eustoquio Diaz-Velez que desempeñaba las funciones de Mayor general de Campo y marchaba siempre con el cuartel ge-

neral ; cada uno de estos jefes llevaba tambien su mediana comitiva, ayudantes, ordenanzas, etc. menos escolta.

Tan luego que el ejército se dejó ver sobre el territorio donde se creia que haria sus primeros ensayos, las fuerzas preparadas en Córdoba para la resistencia desaparecieron en disolucion por pequeñas fracciones que tomaron la direccion hácia las provincias de arriba, la persecucion les dió alcance antes que pisaran el territorio de Santiago del Estero y fueron detenidas y capturadas muchas personas y jefes, siendo las de mayor notabilidad el Sr. Obispo en el pueblecito del Chañar y en la posta del Portezuelo Liniers y Rodriguez : no estando en los pormenores de todo lo ocurrido, no puedo detallarlos ; pero sí puedo decir que es de pública notoriedad, que con la desaparicion de las fuerzas contrarias á nosotros en Córdoba, desaparecieron tambien las causas que obstaculizarian la marcha del ejército y que abiertos los horizontes como un relámpago, dejaron venir como en torrentes los acontecimientos sobre el campo de la revolucion y que la imperiosa necesidad de asegurar el éxito de una cuestion de vida ó muerte, señaló las primeras víctimas, Don Santiago Liniers y Don Victoriano Rodriguez jefes del partido realista capturados donde ya he dicho, sin haber tirado un tiro contra nuestro ejército, murieron en aque-

llos primeros días, decapitados en la Cruz Alta, campaña de Córdoba.

Mientras sucedía en Córdoba lo que ya hemos referido, en Santiago del Estero se trabajaba en favor de la revolución del modo más activo y laudable, las partidas de reclutas que remitía de la Campaña Don German Lugones, las recibía Don Francisco Borges en la Ciudad y con los muchos voluntarios que se alistaban por amor de Borges, aumentaba progresivamente la fuerza Santiagueña que debía engrosar las del ejército auxiliar.

Cuando el general Ocampo llegó á Santiago, encontró á su disposición trescientos hombres acuartelados, regularmente uniformados y equipados que Borges á costa de cinco mil ó más pesos de su peculio los había preparado de esa manera, por que no era honor de los Santiagueños ni de su caudillo, presentarse desnudos en su incorporación á la gloriosa expedición.

Esta fuerza Santiagueña, vestida y equipada como ya hemos dicho á costa de Borges y sus amigos, estaba arreglada en tres compañías de cien hombres cada una y debían ser conducidas por capitanes que fueron electos de entre los hombres de más valer que podía tener entonces el vecindario de Santiago; la primera compañía fué mandada por el capitán (vecino de nombradía) Don Pablo Gorostiaga, la segunda por

el de igual clase y condicion Don Manuel Castaño, la tercera por el de la misma clase y cualidades Don Pedro Gallo ; los oficiales subalternos eran tambien de las mejores familias, no nombraré sino aquellos de cuyo nombre me acuerdo, como Don Severo Avila, Don Juan Felipe Ibarra, un Cumulat que murió en Ayohuma, Medina, un Herrera, un Salvatierra, Don Gregorio Iramain y Don Rafael Riesco, estos dos últimos habiendo permanecido en el ejército mucho mas tiempo que los primeros, dieron prueba de valor en las batallas de Vilcapujio y Ayohuma, siendo ésta donde Iramain fué hecho prisionero y conducido al presidio de Casas-Matas en Lima.

Estos trescientos hombres escogidos de entre cuarenta mil y mas habitantes de una provincia y sus oficiales arrancados del seno y hogar de las mas distinguidas familias, son los que engrosaron las filas del primer ejército de la Patria, acaudillados por su comandante en jefe el Teniente Coronel de los reales ejércitos de S. M. el Rey de España y Caballero de la gran Cruz del hábito de San Jorge, D. Juan Francisco Borges : de este benemérito Santiagueño, ilustre por su nacimiento, Caballero por condicion y patriota por principio, hablaré en otra parte con relacion al recuerdo que hace de él el general Don José Maria Paz en el tomo primero de sus memorias póstumas, folio 289.

Esos hechos relativos á los hombres y al pueblo de mi nacimiento que de tan cerca me pertenecen y que tanta honra, satisfaccion y orgullo tengo en referirlos, antes que alguien se atreviera á desmentirme, cito como testigo ocular al Dr. Don Vicente Lopez que aun vivo está. ¡ Oh Lopez !— eminente patriota del año diez, ilustre guerrero, literato y cantor insigne de la Patria, vive y vive siempre; la Diosa de la Libertad te conserve como á su monumento para que al ver tu cabeza blanca y erguida como la pirámide de Mayo, recuerden en tí los hombres las antiguas glorias de la Patria, y si en el curso de mis narraciones llego á omitir algunos nombres que merecen recuerdos, será por que enteramente no me acuerde, y si algunos de ellos estuvieran vivos, y se acercasen á vos, decidles que mi olvido no es un hecho de intento, mientras yo puedo y debo decirles, que vean en tí su elogio y recompensa, muy especialmente aquellos que al emprender la grande obra que vos robustecias con tu pluma y espada, no eligieron recompensas ni rehusaron sacrificios.

Sigamos pues ahora el hilo de nuestro asunto. Estamos en Santiago y yo allí en medio de los personajes, bajo cuya proteccion salgo de mi casa muy satisfecho de ser un caballero Cadete aun sin saber lo que soy: el lucido aparato militar, el brillo de las armas, el ruido de los tam-

bores y la música me electrizan, me deleitan, y arrebatado por ilusiones que enagenan mis sentidos, me veo en regiones donde la imaginación me ofrece escenas que se me representan de una manera indefinible, y sin acabar de creer lo mismo que estoy viendo, siento emociones que no puedo explicar; todo llama interesadamente mi atención, todo me causa ilusión y asombro en medio de aquel flujo y reflujo de movimientos que no comprendo. El número de los personajes que llegan al cuartel general se aumenta cada vez más por comitivas que van entrando á la ciudad unas tras otras, siendo la más notable la del Plenipotenciario Doctor Don Juan José Castelli presidente de la Junta en comisión que parte con velocidad á las provincias de Salta y Jujuy : pasa Castelli y en dos horas dejó encendido el fuego que agita á los hombres que mueven las cosas con activo ardor. Los Santiagueños en su cuartel se mueven también y entonan la canción de la marcha que todos la siguen, el cuartel general se adelanta y también marchó yo lleno de juvenil entusiasmo.

Llegamos á Tucumán y ya se debe entender cuál sería el júbilo y festividad con que nos recibiría un pueblo que dió tantas pruebas de patriotismo y heroicidad durante la guerra de la Independencia. Ignoro el motivo por qué el cuartel general suspendió aquí la rapidez de sus marchas :

no es del caso averiguarlo ni de mi facultad juzgarlo; pero sí puedo decir que el cuartel general en Tucuman se estacionó acaso por mas dias que los necesarios, hasta que habiéndose recibido frecuentes avisos de que nuestra division de vanguardia al mando del Coronel Don Antonio Balcarce se habia adelantado mucho, mandó el General continuar nuestras marchas, dando orden para que las divisiones que iban en marcha se reuniesen á la vanguardia que maniobraba ya sobre Chichas.✕

Al llegar á Jujuy se recibieron partes de que nuestra vanguardia perdía terreno rechazada en Santiago de Cotagaita, claro está que se tomarian disposiciones propias del caso, todo se movia en Jujuy como lo exigian las circunstancias y aun me parece que se pensó en mandar replegar la vanguardia y esperar al enemigo en Jujuy con las fuerzas reunidas, pero no sucedió así.

El valiente coronel Balcarce jefe de nuestra vanguardia, rechazado en Cotagaita y perseguido por los enemigos, hizo una rápida retirada hasta Nazareno donde pudo hacer pié con la reunion de dos ó tres divisioncillas que marchaban á una misma direccion, siendo la mayor de las que se replegaron la que mandaba el Teniente Coronel de milicias de Salta, D. Martin Miguel de Güemes: con este refuerzo, Balcarce volvió en busca de los que le perseguian, les dió eucuentro en

Suipacha, los batió y derrotó completamente. El general de los realistas D. N. Nieto, un coronel D. Francisco Paula Sans y otro D. Indalecio, alias el sordo, fueron capturados en su fuga y decapitados en Potosí.

Llegó pues á Jujuy el parte de este acontecimiento acompañado de una bandera tomada en el campo de batalla y pasó á Buenos Aires y nosotros proseguimos nuestra marcha á la grupa, pudiendo así con brevedad llegar á Potosí. Aquí, situado el ejército, tuvo éste oportunidad de reconocer el estado de los pueblos del Alto Perú y éstos á su vez el ejército que llevaba sobre ellos el estandarte de una gran conspiracion que vá á costar tantas vidas y fortunas y tantos y tan notables hechos, que á su vez serán juzgados segun la verdadera justicia y marcados en la historia, para honor de unos y deshonra de otros. ¡Tal es el precio que le está señalado al rescate de nuestra cara independendia y libertad! — Dejemos á los pueblos pensando en su suerte, con concepto á lo nuevo que acaban de ver en nosotros y pasemos á detallar las operaciones militares de nuestro ejército, dueño ya de todo el Alto Perú.

El general Ocampo regresó de Jujuy á Buenos Aires. el Secretario marchó hasta Potosí, de donde regresó tambien, y yo, por el conocimiento que ya tenia de mí el señor Mayor General de

Campo D. Eustoquio Diaz Velez y por las recomendaciones que me dió el Secretario para los jefes de un regimiento de nueva creacion, me coloqué en la caballeria y pasé mi primer revista de comisario en la tercera compañía del cuarto escuadron del Regimiento de Dragones del Alto Perú.

Esta mi primera revista me hizo pertenecer en forma á la lista de los primeros defensores de la Patria y en ella está mi noble genealogía: he aquí mis honrosos títulos, y aunque al nombrarlos no tengo grandes proezas que citar; pero he servido á la Patria mucho tiempo y mucho he padecido por ella, porque tuve obligacion de hacerlo y si en esto he cumplido con los deberes de un verdadero patriota, habré reportado por compensacion á mis servicios, esa dulce satisfaccion que el hombre goza cuando puede decir: algo me debe mi patria porque algo supe hacer por ella—esto es lo que yo puedo decir respecto de mi, sin que nadie pueda desmentirme, aunque algun indiscreto quiera clasificar de alabanza propia una jactancia justa, puesta en su respectivo lugar, pues ya antes he dicho que no tengo al presente aspiracion de ningun género.

Ese regimiento denominado Dragones del Perú creado á principios del año 1811 en Potosí compuesto de ochocientas y mas plazas, de los contingentes que salieron de Santiago del Estero y

Tucuman, sirviendo de base en su formacion los dragones del Fijo de Buenos Aires, fué arreglado así: cuatro escuadrones, doce compañías, tres por escuadron y sesenta y cuatro individuos por compañía; el coronel, era Don Antonio Gonzalez Balcarce, teniente coronel Don Eustoquio Diaz Velez y Sargento mayor, Don Toribio Luzuriaga; los escuadrones eran mandados por los capitanes mas antiguos y graduados de tenientes coroneles: los de mayor notabilidad entre estos eran Don Estevan Hernandez y Don Luciano Montes de Oca y á estos se seguian Don Feliciano Hernandez, Don Antonino Rodriguez, Don Miguel Garcia y Don Francisco Balcarce.

El Coronel de mi regimiento, graduado de brigadier, Don Antonio Gonzalez Balcarce, general en jefe nombrado en lugar de Don Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, en virtud de sus facultades y de los recursos que ponía en sus manos el triunfo completo de nuestras armas en Suipacha, mandó ocupar las plazas de Potosí, Cochabamba, Oruro y la Paz, estableciendo su cuartel general en Chuquisaca, bajo la direccion de Don Juan José Castelli: era muy regular que trabajase en provecho de los frutos producidos por un triunfo que nos abria el paso hasta el Desaguadero, rio divisorio de los Virreinos, Lima y el Plata.

Entre tanto, el Virey de Lima conjurando la

revolucion, declarándonos insurgente á la voz del Rey, destacó fuerzas sobre las divisiones de ambos Virreinos. A las márgenes del Titicaca se organizó el ejército que habia de combatir tantos años contra nuestra libertad, al mando de los generales Don José Manuel Goyeneche y Don Pio Tristan.

Muy luego mi regimiento recibió órdenes de marchar sobre Oruro, punto de reunion general señalado para el ejército á cargo del mayor general, segundo jefe, Coronel Don Juan José Viamonte. Tan luego que se reunieron los cuerpos y se presentó en medio de nosotros el General en jefe, el ejército emprendió sus maniobras, moviéndose por divisiones; el escuadron en que yo servia fué destinado á vanguardia sobre los campos de Chiguiraya, y para dominarlos, nos destacamos al pié de la sierra del Azafranal, sobre las faldas que miran al sud, á la márgen izquierda del rio llamado Desaguadero, que tiene su origen en la laguna del Titicaca. El ejército enemigo se hallaba al otro lado, al sentir nuestra aproximacion reconcentró sus fuerzas en Zepita y destacó una fuerte division sobre el puente del Desaguadero. Mientras que nuestro ejército se aproximaba hácia Tiaguanaco, nosotros hacíamos nuestras correrías, llamando la atencion del enemigo con guerrillas diarias, que la cobardía de ellos y la impericia nuestra, las hacian insignifi-

cantes, hasta que una vez, molestado el enemigo, llegó á intentar sobre nosotros una cosa formal.

Pudo pasar de noche el puente una division compuesta de un medio batallon de infantería, dos piezas volantes y una compañía de caballería : fueron sentidos por nuestros vigiladores y volaron los avisos á nuestro destacamento. El Comandante D. Estevan Hernandez, mandó ensillar con prontitud el escuadron y puestos á caballo, emprendimos nuestra marcha con mucho silencio y precaucion, por la falda del cerro en encuentro al enemigo ; al llegar á cierta distancia hicimos alto y nos ocultamos dentro de un largo zanjon situado entre el camino principal y la falda del cerro, echamos pié á tierra y con la rienda en la mano, sin toser ni hablar palabra, entendiéndonos por señas bajo pena de la vida el que hiciese el menor ruido ó tocase el yesquero, permanecimos largas horas en acecho, sin mas centinela que dos indios echados de barriga entre las pajas sobre el borde del zanjon que observaban el camino.

Los enemigos guardando el mismo silencio y precaucion que nosotros, marchaban muy agazapados con su infantería á la cabeza, su artillería en el centro y su caballería á retaguardia, muy satisfechos de encontrarnos dormidos á una ó dos leguas mas adelante ; cuando la columna atravesó nuestro frente y llega á la altura de nuestro

costado izquierdo, recibió el ¿quien vive? de una avanzadilla de cuatro hombres que exprofeso dejó el Comandante en ese punto al tiempo de emboscarnos; el enemigo contestó al quien vive con dos tiros de fusil y nuestra avanzadilla rompió también el fuego: en este acto montamos á caballo y á la voz de: á ellos que son pocos, dimos una carga tan ruidosa como brusca que puso en completa confusion al enemigo, sin darle tiempo para formar: los que vinieron á sorprender fueron sorprendidos en su marcha y mientras que en su desordenada fuga daban manotadas de ahogado, nosotros los perseguimos en igual desorden, perdiendo soldados que en la confusion morian acaso sin necesidad; en medio del desorden, la infantería pudo ganar la parte culminante de la falda del cerro y por ella descendió al puente junto con el dia y protegida por los fuegos de las baterías del otro lado se salvó, con la pérdida de toda su caballería.

Al asomar el sol por el oriente, nuestros soldados recogian los despojos del triunfo, á la vista del enemigo que habiendo cortado el puente tan luego de haber pasado la infantería, se mantenía en espectacion, oyendo los gritos de alegria con que nuestros soldados festejaban su victoria; y yo conductor del parte fuí recibido en Tiaguanaco á las cuatro de la tarde de ese dia, en medio de las alegres aclamaciones del ejército y condecorado en

el acto por el plenipotenciario primer representante de la Naciou Doctor Casteli, con un cordon de plata á mas del que tenia por mi clase, en distintivo por la victoria.

Desde entonces fuí llamado en mi regimiento hasta mucho tiempo: el cadete de los dos cordones. El indio que me sirvió de guia, corriendo como un guanaco por delante de mí, y que pudo llegar al cuartel general primero que yo, gritando ¡viva la Patria! fué condecorado con el título de cacique de Chiguiraya. El soldado José Conrado Ibarra que me acompañaba, fué gratificado por el general con una onza de oro, á mas de algunos regalos que recibió de los oficiales.

Al dia siguiente regresé á mi destacamento, conduciendo en tres cargas, pertrechos que nos hacian falta y algunos regalos para el jefe y oficiales del escuadron y el decreto de premio acordado á los vencedores en el campo de Chiguiraya en la noche del tres de Mayo de 1811, que consistió en un cordon de seda á cada individuo de tropa y de plata para los oficiales que debian llevar colgado al hombro izquierdo: todo iba acompañado de una proclama y un pliego para el general enemigo, que fué conducido por un oficial de nuestro destacamento y recibido por otro de los suyos en el puente; de estas resultas se entablaron relaciones por la Junta de Representantes en comision, que dieron por resultado

una suspension de armas por cuarenta dias para tratar.

Entre tanto nuestro ejército, despues de haber celebrado el primer aniversario del 25 de Mayo de 1810 en Tiaguanaco, sobre los escombros del arruinado palacio de los Incas, hizo un movimiento general hácia el Desaguadero; pero sin pasar de la línea de los destacamentos de vanguardia y al situar su cuartel general en Guaqui se dividió, haciendo avanzar la mayor parte de la fuerza á los campos de Yuraycoragua, á órdenes del general D. Juan José Viamonte, que se situó á una jornada antes de llegar á nuestro destacamento, apoyado en la misma falda del cerro del Azafranal: de este modo quedó nuestro ejército dividido en dos partes, mientras se hacian los tratados propuestos.

Descansábamos seguros en las treguas de un armisticio que muchos dias antes de su término fué quebrantado por los enemigos; mientras la Junta de Comision, que de acuerdo con ella nuestros generales, pensaban en sacar ventajas de los tratados, el enemigo solo pensó en la ejecucion de un proyecto que nos puso en completa derrota. Aquí padecimos una de aquellas grandes visoñadas que suelen traer en la guerra funestas consecuencias: cuando menos se pensó ni se debió creer, fuimos atacados de sorpresa en los dos puntos, y sin tener tiempo para reunir

las fuerzas ni de tomar otras medidas que, presentar forzosamente una batalla en acción defensiva, fuimos desalojados de nuestras posiciones. Viamonte fué batido en Yuraycoragua y Balcarce en Guaqui: esta fué la derrota que comunmente se llama la del Desaguadero.

Don Juan Martín de Pueirredon, que á la sazón se hallaba de Presidente de la Audiencia de Charcas, pudo reunir algunos restos del ejército y se retiró con ellos, sacando los caudales que pudo de las plazas de Potosí y Chuquisaca y siendo general nombrado en lugar de Balcarce, estableció su cuartel general en Jujuy y organizando la fuerza con los contingentes que recibió de las provincias del interior y la capital, destacó á vanguardia una división compuesta de las tres armas al mando de Don Eustoquio Díaz Velez, que avanzó hasta las divisorias de las provincias de Tarija y Chichas y después de haber permanecido algún tiempo en maniobras y con buen suceso á la vista de la vanguardia enemiga, dió sin motivo de apuro una batalla en Nazareno, con el río crecido que tuvo muy malos resultados: este segundo desacierto, aun mayor que el del Desaguadero, desalentó á los patriotas, entristeció á Jujuy y puso en conflictos á Pueirredon, que para salir del apuro, no encontró otros medios que los de una vergonzosa retirada al simple amago del enemigo, que á consecuencia de la pérdida nuestra

en Nazareno, maniobraba en acción de hacernos abandonar la campaña que teníamos tomada. Nuestro ejército se retiró con violencia á Yatasto, dejando abandonadas las plazas de Salta y Jujuy.

Don Manuel Belgrano, general en jefe nombrado entonces en relevo de Pueirredon, se hizo cargo del ejército á principios del año 12 en Yatasto. Al día siguiente de haber llegado mandó formar el ejército, pasó una revista general, lo proclamó, lo reanimó y dando sus órdenes relativas á emprender una nueva y gloriosa campaña, contramarchó inmediatamente y al situar su cuartel general en Jujuy, destacó una division á vanguardia que se situó en Humahuaca al mando de D. Ramon Balcarce.

El general Belgrano, hombre de orden y de mas capacidades que todos los que hasta entonces se nos habian presentado, restableció muy luego en el ejército la moral, sujetándolo, á costa de ejemplares sacrificios, á una estricta subordinacion y disciplina. Pudo establecer en regular forma una provision y un hospital, una maestranza, una academia práctica, un cuerpo de ingenieros y un tribunal militar; pasaba revistas diarias, y como todo lo examinaba por sí mismo, juzgaba de las cosas con pleno conocimiento, y remediaba oportunamente los males.

El general Belgrano, el único indicado para

salvar la Patria en aquellas circunstancias, aparecía en todas partes como el ángel tutelar, trabajando sin descanso, rondaba el ejército de día y de noche, para imponerse de todo lo que podía ocurrir, se puede decir que nada se ocultaba á su celo y vigilancia: de modo que cuando recibía un parte, ya él estaba en los antecedentes de lo sucedido. Los soldados del ejército, no podían clasificar mejor el mecanismo y escrupulosidad del General, que llamarle *el chico majadero, el curioso bomberito de la Patria*.

Mientras que el general Belgrano trabajaba en la mejora del ejército, nosotros trabajábamos también en nuestra vanguardia, en igual sentido, atendiendo al enemigo y á la disciplina de nuestra tropa á órdenes de un jefe que se manejaba con las mismas máximas de Belgrano, se puede decir que el ejército en muy breve tiempo dió notables avances en su moral y disciplina, la Patria podía contar con soldados que habían comprendido ya la profesión militar; un oficial de cualquier graduación que fuese, mas quería ser destinado al punto mas peligroso que recibir una reconvención del general Belgrano.

Tal fué nuestro estado, cuando hácia fines del mes de Agosto, el enemigo hizo sobre nosotros un rápido movimiento y cargó con velocidad por varios puntos y á pesar de que fué sentido, no nos dejó mas tiempo que el muy necesario para de-

moler nuestra fortificación de campaña, arrear nuestras provisiones y reunirnos al cuartel general, con la pérdida de muchos oficiales y tropa que cayeron prisioneros en varias guardias y partidas avanzadas que fueron sorprendidas.

El General Belgrano, esperó con resolución los últimos instantes, destacado, ó en franqueza diré mejor, en los suburbios de la ciudad de Jujuy. Se puede decir, que un exceso de delicadeza, honor y aun un cierto despecho patriótico, le hicieron adoptar el riesgoso plan de retirarse al frente del enemigo con el ejército en masa, cubriendo la retaguardia de las familias de Jujuy y Salta que emigraban con nosotros; ejército y familias, con pequeños intervalos, formábamos á la vez una sola columna. El enemigo entraba á la plaza cuando nuestro ejército desfiló en retirada cubriendo sus espaldas con reforzadas guerrillas, que á pesar de las ventajas del local y los esfuerzos que hacíamos, no éramos suficientes para contener á un enemigo que con dobles fuerzas nos perseguia con tenacidad sin dejarnos descansar: nuestra retirada llegó á ser tan apurada que tuvimos que pasar por muchos momentos de conflicto y desesperacion; entretanto el general Belgrano, recorría la columna de punta á cabo, dando órdenes que se habian de cumplir bajo pena de la vida, mientras que los valientes Diaz Velez y Balcarce sostenian la retirada del

ejército y las familias, peleando día y noche con la vanguardia enemiga.

Al pasar por Cobos y el Campo Santo, un imprevisto acontecimiento nos puso en conflicto, en el acto mismo que se ejecutaba la orden de fusilar dos soldados que se habían desviado de la columna con ánimo de desertar: hizo una tremenda explosión una carreta de municiones que se incendió de un modo inaveriguable: este fatal incidente, que en breves instantes llegó á noticias del enemigo, fué para nuestros soldados una señal de mal agüero que acabó de desalentarlos, y como por una precisa coincidencia, la persecución del enemigo, desde ese momento fué más activa, más tenaz y ofensiva, al paso que nuestra retirada se hacía más enérgica; ni ellos ni nosotros pudimos tener un descanso de dos horas completas, en el espacio de sesenta y más leguas andadas en cinco ó seis días con sus noches, dejando muchas veces reses carneadas en el camino, que el enemigo las aprovechaba, porque nosotros no teníamos tiempo para asar carne. Al llegar al río de las Piedras, la vanguardia enemiga venía interpolada con la retaguardia nuestra, el excesivo calor, el viento, la humareda de los pajonales que nuestros gauchos les prendían fuego por ambos costados del camino, el polvo y la gritaría de los enemigos que nos perseguían en barullo, sin que nada pudiese con-

tenerlos, hacian mas completo el desórden y confusion de aquella mañana, algunas carretas de las de nuestros emigrados, cargadas de intereses, habian caido en manos del enemigo, varias guerrillas nuestras habian sido derrotadas y algunas hechas prisioneras. Desecha nuestra retaguardia, cansada de fatiga, sueño y hambre, no podia contener ya á un enemigo que al cebo de tantos acontecimientos desfavorables á nosotros, se lanzaba encarnizado sobre nuestro ejército, como á sorberlo: nuestra pérdida era ya de mucha consideracion y todo presagiaba una cierta é inevitable derrota.

Comprometido Belgrano á una accion forzosa, se vió en la precision de tomar el único y último partido; ganó con la velocidad que exigian las circunstancias y sin vacilar, la costa del rio, y destacó en el mismo paso dos baterías que sirvieron de base á la formacion del ejército, que aprovechando todas las ventajas del local, prolongó una línea de batalla que en apariencia cuadruplicaba nuestro número: Belgrano corria como una exalacion á todas partes y atrincherando su línea, ya en las carretas, ya en los barrancos, ya en los árboles y tupidos bosquecillos situados á la ribera del rio, aseguró completamente los flancos del ejército; proclamó en muy pocas palabras, y dando orden de pena de la vida al que eche un pié atrás, esperó con firme resolucion la numerosa vanguar-

dia enemiga, que venia envanecida; pero en desorden, confundida con nuestra retaguardia entre el polvo y la griteria; el fuego de una de nuestras baterías despejó nuestro frente y el de ellos, y llegó el momento de vernos las caras en formal combate. El enemigo marchó de frente sin detenerse, mas, al dar de lleno con nuestra línea, hizo alto en accion de tomar medidas de ataque, pero se advirtió que vacilaba y en esos momentos tan oportunos para quien sabe aprovecharlos, envistió nuestra ala derecha con todos los aparatos de una tempestad y el enemigo cediendo al furioso empuje de los que en la desesperacion pelean con la resolucion de vencer ó morir, volvió caras en masa, como quien trata de salvar sin reparar las pérdidas.

Emigrados de Jujuy y Salta, peones de servicio, comerciantes y cuantos mas venian á la par del ejército, todos tomaron parte en aquel glorioso lance que dió vida á la Patria. El enemigo completamente ofuscado, huia en desordenados trozos, sin mirar en lo que dejaban atrás; fué perseguido con el mayor rigor el espacio de una legua, dejando en todo el camino muchos despojos, prisioneros heridos y cadáveres; mas de cien prisioneros de los nuestros lograron escaparse, rescatamos las carretas que poco antes nos habian tomado, y por último pudimos recuperar en mucha parte nuestras pérdidas.

A las cuatro de la tarde el ejército descansaba victorioso: desde ese feliz momento las cosas habian tomado un aspecto enteramente diverso, el triunfo hizo desaparecer de golpe la fatiga, el cansancio, el hambre, la sed y el desaliento; en aquellos momentos de alegría inesplicables, no se pensaba mas que en las glorias de la Patria. Y el general Belgrano, dejándose ver de fogon en fogon, escuchaba placentero la alegre charla de los soldados, que al tender sus miradas sobre ese *chico majadero* que infundia tanto respeto, ese curioso *bomberito* de la Patria que prometia tantas esperanzas, le añadian algun renombre mas, *el brujo rubilingo*, *vicheador viejo*, *rondinerito de todas horas*.

Al entrarse el sol, Belgrano mandó formar el ejército y pasó una ligera revista. Llamó por sus nombres á los que murieron en esa mañana: «no existen dijo, pero viven en nuestra memoria, estan en el cielo dando cuenta á Dios de haber derramado su sangre por la libertad.» Felicitó á todos dando las gracias, llenó de aplausos á los soldados y despachando con anticipacion todo lo que podia sernos embarazoso, quedó espedito para moverse cuando quisiera. Los soldados habian tomado racion doble, hicieron sus fiambres y quedaron listos. Luego que acabó de anochecer, el ejército continuó su marcha en retirada, dejando mil fogatas encendidas en la ribera del

rio al cuidado de un oficial que quedó destacado en el mismo paso con 25 carabineros del regimiento de Dragones.

Habiendo desaparecido los motivos que por instantes solian alterar el orden de nuestras marchas, el ejército media ya sus jornadas tomando las horas que le eran necesarias para su descanso, especialmente cuando apuraba mucho el sol.

Nuestra ruta indicaba una larga retirada hácia Santiago del Estero ó Córdoba por el camino de las Cañas; al llegar á Burroyaco, el General recibió una diputacion y sin trepidar varió de direccion y condujo el ejército á Tucuman, resuelto á aventurarlo todo en defensa de un pueblo que lo llamaba en nombre de la Patria, asegurando la victoria.

El enemigo, escarmentado en el Rio de las Piedras, habia hecho alto entre Metán y Yatasto, y ocupado por algunos dias en tomar sus medidas, nos dió tiempo para reunir los preparativos de su buen recibimiento en Tucuman. Santiago del Estero y Catamarca, se preparaban tambien para auxiliarnos, el entusiasmo fué general. Tucuman llevando la iniciativa en la resolucion heroica de los pueblos, habia jurado no ser ocupado por los realistas y lo cumplió sin omitir sacrificio. El ejército por su parte correspondió fielmente á las esperanzas de un pueblo, dispuesto á todo

género de sacrificios menos al de rendirse á los enemigos.

Desde los momentos que llegamos á Tucuman, emprendimos un trabajo constante, sin perder tiempo ni omitir ninguna medida de las que debian asegurar el plan de una batalla que iba á decidir de la suerte de la Patria.

El general Belgrano altamente comprometido á una accion decisiva, teniendo que habérselas con un enemigo superior en número, que desde el Desaguadero habia marchado por el camino de los triunfos; con la atencion al pueblo, al ejército y al enemigo, no descansaba un solo instante. Su cuartel general reducido á un corto número de hombres, corria tras él á caballo, á todas partes y á todas horas, ningun individuo de los de su pequeña comitiva desensillaba el caballo, no siendo para mudar otro. El ejército parecia que adivinaba los pensamientos de su general, bien se podia creer que entre ambos habia un espíritu de emulacion, á cual cumplia mejor con sus deberes, el uno mandando y el otro obedeciendo. Tal fué el estado de subordinacion, amor al orden, patriotismo y disciplina á que el *chico majadero* pudo reducir el ejército de su mando en poco tiempo.

Belgrano en aquellos dias de los preparativos para la batalla, dueño de la confianza general, vió con satisfaccion cumplirse al pié de la letra

todo cuanto ordenaba: se puede decir que no le quedó cosa por hacer, con un ejército que le obedecía ciegamente y un pueblo que le guardaba las espaldas.

Para no dejar ningún vacío que llenar, respecto las necesidades del ejército, el General dió la orden de que se hicieran propuestas con arreglo á las vacantes: el jefe de mi regimiento presentó las suyas al jefe encargado de la inspección, quien al dar su respectivo informe, le puso á la mía la objeción de que aun no tenía el propuesto la edad ni representación personal suficiente para ser un oficial de respetabilidad ante la tropa, que por esa razón se tuviesen presentes sus aptitudes para mejor oportunidad. El General aprobó indistintamente todas las propuestas que llegaron á sus manos, y á la mía le puso el especial decreto siguiente: «Tucuman, 18 de  
« Setiembre de 1812 — Supliendo las aptitudes  
« del propuesto la minoría de su edad, se aprue-  
« ba la propuesta hecha, en la meritoria persona  
« del Cadete D. Lorenzo Lugones para porta-es-  
« tandarte del cuarto escuadrón del Regimiento  
« de Dragones: hágasele reconocer en la orden  
« del día, sirviéndole el presente de suficiente  
« despacho mientras se le espide en forma —  
« Belgrano. »

Este decreto que en mi concepto valía más que mi pequeño ascenso, me llenó de satisfacción

á pesar de las objeciones del inspector; el General tuvo en consideracion mis méritos, por lo que yo deducia, no sin razon, que mis aptitudes acababan de colocarme en la primera grada de los ascensos: confieso pues, que me envanecí, y en aquellos momentos que mis satisfechos ojos recorrían con placer las líneas puestas al pié de mi propuesta por la misma mano y pluma del General, en que veía escritas las palabras: *aptitudes y meritoria persona*, me sentí revestido de todo aquel orgullo que pudo infundirme un decreto que me hacía honor y justicia.

El modo cómo recibí á mis compañeros de armas que venían á felicitarme, desagradó á muchos de ellos, mis contestaciones en pocas palabras, mi tono y circunspeccion, cortó muy luego la informalidad, jocosidad y chanzonetas tan comunes en las reuniones de los jóvenes cadetes. «¿Se habrá acabado ya el tú entre nosotros, señor oficial?» me dijo uno de ellos al despedirse. Nada debe acabarse entre nosotros, siendo compañeros, caballero cadete, le contesté yo; pero la ordenanza previene que aun en los actos mas familiares, el inferior ha de tratar con respeto al superior. «Vaya un rasgo muy parecido al despotismo y que no viene muy á molde en un ejército que pelea por la igualdad, dijo otro.» — Quítenme la charretera del hombro y el estandarte de la mano, y seré igual á todos, contesté yo.

Llegó á oídos del General este pasaje y lo celebró, aprobando mi conducta en presencia de varios jefes; yo lo supe por boca de mi comandante y me envanecí mucho mas.—Preciso es que el lector sepa que para merecer la aceptación del general Belgrano, era preciso ser digno de ella, preciso tambien que se haga cargo de cuánto valia entónces la divisa de oficial en el primer ejército de la Patria. Refiero con gusto estos pasajes, que tanto placer tengo en recordarlos, por ser los primeros mas notables de mi juventud al principio de mi carrera: en estos momentos que los refiero escribiendo, estoy sintiendo el placer que no cambiaria con ningún otro el que inspirándome está tan gratos y satisfactorios recuerdos.

Nuestros soldados situados en los suburbios de la ciudad esperando al enemigo, parecia que se impacientaban ya por salir de aquel estado que muchas veces suele colocar al guerrero entre la duda y la esperanza. Entretanto el bello sexo del patriota pueblo dirigia sus plegarias al cielo y la Virgen Santísima de Mercedes.

Tal era nuestro estado cuando el enemigo la emprendió sobre nosotros, marchando con medida pausa, como quien en la lentitud se dá tiempo á mayores previsiones; desde Trancas abrevió cuanto pudo, el 23 pasó la noche en Pozitos y el 24 por la mañana se dejó ver por el camino

del Cevil Redondo, costeando la márjen izquierda del arroyo del Manantial, por entre los rales del alto de las Tunas, bajó al campo de batalla y dió frente, inclinando su derecha hácia el bajo de los Aguirres; un cuerpo de milicianos de Santiago del Estero llegó á tiempo y ocupó un lugar en la línea con su Comandante D. Pedro Pablo Montenegro, los de Catamarca llegaron tambien; pero no tuvieron tiempo para reunirse, el enemigo se habia interpuesto, y quedaron cortados, perplejos y vacilantes hicieron uno ú otro movimiento, como quien entre varios caminos trepida sobre cuál debe tomar; intentaron pasar tal vez y lo hubieran hecho; pero el ruido de los primeros cañonazos y la vista de tantos aparatos (desconocidos para ellos) los ofuscó y contramarcharon como en busca de una posicion menos violenta; algunos gauchos comedidos reunidos con los baqueanos del ejército, se habian situado á lo lejos sobre nuestro costado izquierdo y permanecian á la expectativa, como quien está á las resultas: éstos alcanzaron á ver un gran grupo de hombres que se ponian fuera de combate, creyeron que eran enemigos y se lanzaron sobre ellos, los catamarqueños sin volver los ojos atrás fueron perseguidos por los mismos nuestros un largo trecho, entretanto los milicianos de Tucuman y Santiago del Estero, reunidos al ejército, triunfaban por otro lado.

No me detendré en detallar los pormenores de una batalla, que cada año se renueva su memoria en celebridad del 24 de Setiembre del año de 1812. El ejército triunfó en ese día, la Patria se salvó, y Tucuman con el honroso título de *Sepulcro de la Tirania*, vió con gloria cumplidos sus votos y volar su nombre en alas de la fama y á sus recreadores suburbios que se dilatan al sud-este, señalados por la victoria con el nombre de *Campo de Gloria y Honor* y los vencedores en ese día, distinguidos con el título de *Beneméritos á la Patria en grado heroico* y un escudo de paño celeste al brazo izquierdo, que en medio de un círculo de palma y laurel bordado de hilo de oro se leía lo siguiente: *La Patria á sus defensores el 24 de Setiembre del año de 1812 en Tucuman.*

El enemigo aprovechando los momentos de un cierto desorden, consiguiente á aquellos instantes, en que nuestro ejército al romper por varias partes la linea enemiga, todo lo envolvió con denuedo, ocasionando una sangrienta baraunda casi inentendible: en estos momentos pues, que la victoria se decide en pró de los unos y en contra de los otros, pudo el enemigo reunir sus acuchillados restos á la reserva y permanecer algun tiempo sobre su mismo sepulcro, tirando de tarde en tarde un cañonazo á la plaza; entre los conflictos de su situacion tomó el partido

de intimar rendicion, recibió por contestacion, una burla, un desprecio y una amenaza que le hizo entender que conocíamos que, nuestra posicion no era de recibir intimaciones, sino de intimar: bien convencido estaba el enemigo de su pérdida y solo buscaba los medios de poder salvar lo que le habia quedado; permaneció algunas horas mas, manifestando deseos de tratar, hasta que llegó la noche y al abrigo de ella emprendió una retirada, que si la nuestra de Jujuy á Tucuman fué honrosa, la de ellos de Tucuman á Salta no fué menos.

El general Belgrano alistó con la brevedad posible y destacó en persecucion de ellos, una ligera fuerza á las órdenes del fogoso é infatigable Diaz-Velez. Muy poco pudo andar el enemigo sin recibir por la espalda, las saluciones de los que íbamos en su alcance; nos recibió con todo aquel valor necesario para resistir los furiosos ataques que frecuentemente hacíamos sobre ellos, de diversos modos y á distintas horas; nuestra persecucion llegó á ser tan cruel hasta cierto punto, llevada en represalia por un camino que poco antes lo habíamos andado en retirada perseguidos por ellos con igual rigor.

Sin caballería que protegiera á la infantería, por caminos desconocidos, sin baqueanos, sin agua ni víveres, y sin poder tomar un dia de descanso, pasando muchas veces por larguísimas

jornadas donde no encontraban mas que pencas de tuna para chupar y aplacar la sed, despues de vencidos en una batalla, sin haber tenido tiempo de refrescar, se resistian increiblemente como quien dice: muerto sí, prisionero no; pero los que llegaron á caer en nuestras manos, eran tan bien tratados que muy luego de estar con nosotros, nos pedian con la misma franqueza que á unos hermanos, todo lo que necesitaban, especialmente carne asada para comer y un caballito para montar. Tal fué el modo cómo el enemigo se retiró con sus restos hasta que pudo ganar la plaza de Salta.

Tan luego que pudieron acercarse á la ciudad, tomaron con prontitud medidas para asegurarse de la ocupacion de ella y descansar; ganaron con presteza todos los puntos donde podrían hacerse fuertes y evitar que entrásemos tras de ellos á la ciudad. Salta, á la llegada de ellos y la nuestra, fué saludada con un diluvio de balas que en fuego activo se cambiaban como en despedida, descargas de fusil contestaban á los adioses de nuestros carabineros. El enemigo logró atrincherarse en la plaza y nosotros aparentando permanecer en el sitio, establecimos una línea de destacamentos desde el Portezuelo hasta el rio de Arias, cubriendo el campo de Castañares con pequeños grupos de gauchos que hacían el papel de sitiadores por aquella parte;

permanecimos poco mas ó menos hasta las doce de la noche del siguiente dia, y dejando mas de trescientas fogatas encendidas, levantamos nuestro campo con direccion á Tucuman por el camino de las cuestras.

Al regreso de esta campaña ascendí á alférez de compañía.

En los meses de octubre, noviembre y diciembre, Belgrano se ocupó en recoger los frutos de la victoria obtenida en Setiembre, reorganizó el ejército, aumentando considerablemente su número con los contingentes venidos de los pueblos, y los batallones número primero y ocho de Buenos Aires; lo equipó completamente y arreglando con mayor esmero el parque, la artillería, el convoy de hospital y víveres, quedó espedito en el espacio de cien dias para abrir una nueva campaña.

Estábamos en el año 13 y casi á fines de Enero, el ejército emprendió sus marchas sobre Salta, despreciando aguas, soles y rics crecidos, y al pasar por el de las Piedras el General hizo alto como en descanso por un dia y como quien pasa una ligera revista, mandó formar poco mas ó menos en el mismo lugar donde poco antes, las circunstancias nos habian obligado á una accion forzosa.

Belgrano en el campo de sus primeras glorias, arengó recordando el triunfo de aquella vez en

ese día: « La sangre de los que murieron aquí, « ha sido vengada en Tucuman, y la de los que « han muerto allí, será vengada en Salta »—dijo, y concluyó encargando á todos la subordinacion y disciplina, union, valor, constancia, amor á la Patria y á las glorias.

Llegamos al rio del Pasaje, punto de reunion general para el ejército; sí, aqui se recuerda un acto solemne, digno de la historia. Habiendo el ejército formado en parada conforme á la orden general, se presentó en el cuadro Belgrano con una bandera blanca y celeste en la mano que la colocó con mucha circunspeccion y reverencia en un altar situado en medio del cuadro; proclamó enérgica y alusivamente y concluyó diciendo: *Este será el color de la nueva divisa con que marcharán á la lid los nuevos campeones de la Patria.* Esta es pues, la bandera que por primera vez, flameando en el suelo patrio, á las márgenes de un rio memorable, improvisada por el genio y enarbolada por la libertad, como dice el cantor insigne, en el nuevo mundo renovó de la patria el antiguo esplendor, y llevada luego en triunfo por el héroe Belgrano en la cima del Potosí tremolando, los huesos conmovió del Inca en sus tumbas, ella es tambien la que traspasando los Andes con San Martin, atravesando los dulces y salados mares, arribó triunfante hasta el Chimborazo y el libertador Bolivar la saludó reveren.

te ; ella es finalmente, la que flameando siglos enteros en el suelo Argentino, recordará á los hombres, mil pasados tiempos de gloriosa ventura, grabados en la historia por hechos que eternizan el nombre Argentino.

¡ Oh Bandera de mi patria guerrera ! ¡ Signo precioso de la libertad, inmortal divisa de la noble igualdad ; yo tambien en ese dia, acaso el mas joven de todos los guerreros de ese tiempo, en medio de todo un ejército que desfilaba por delante de tí, á tus pies, juré, por la Patria, en cien batallas vencer ó morir !!

El ejército ratificó su juramento besando una cruz que formaba la espada de Belgrano, tendida horizontalmente sobre el asta de la bandera : con este ceremonial concluyó el acto y el ejército quedó dispuesto para la primera señal de partida.

A distancia de cien pasos del paso del rio, sobre la ribera que gira al Oeste, á la altura de un notable barranco, habia un árbol que por su magnitud se distinguia sobre todos los de sus cercanias ; limpiando una parte de su corteza, hácia media altura de un hombre, en medio de un círculo de palma y laurel, dibujado en el tronco del árbol se grabó una inscripcion que decia : *Rio del Juramento*, y mas abajo la siguiente estrofa :

« Triunfaréis de los tiranos  
» Y á la Patria daréis gloria

«Si, fieles americanos  
«Jurais obtener victoria.»

Esforzando el ejército las marchas de día y noche en los días 15 y 16 de Febrero, atravesó los campos del pasaje avanzando rápidamente hasta el Algarrobal, y dejando aquí á un lado, todos los caminos reales, el 17 por la noche atravesó las sierras de la Lagunilla y trastornando las cumbres que se encadenan desde la Caldera hasta el cerro de San Bernardo, descendió con todo sutren, y á la vista del enemigo, hácia las ocho de la mañana del 18 al paso del rio Baquero, donde pasó el día y la noche, cortando la retirada á los de Salta y la comunicacion á los de Jujuy; el 19 arreando de frente todos los obstáculos que el enemigo pudo presentar, ocupó Castañares, y el 20, hácia las cuatro de la tarde, fuimos del todo victoriosos, despues de una sangrienta batalla que duró desde las diez, poco mas ó menos de la mañana. Reconcentrando el enemigo sus destrozados restos bajo las trincheras de la plaza, pidió una capitulacion y el 21 puso en nuestras manos todos los despojos consiguientes del triunfo y los tratados, rindiendo armas y banderas, bajo las garantias de las leyes de la guerra, jurando no volverlas á tomar contra la Patria. Todo quedó en nuestro poder, y Salta cubierta de laureles, depositaria de mil trofeos gloriosos, cantó la victoria á par del ejército.

Los vencedores en ese día, fueron premiados con un grado mas sobre el que tenían y un escudo de oro en el brazo izquierdo, en cuya grabadura de relieve se leía: *Honor al benemérito de la Patria en grado heroico, vencedor en Salta el 20 de Febrero de 1813*

Mis lectores habrán visto ya y tal vez formado alguna idea de lo muy poco que me he ocupado en minuciosas descripciones, en detalles de nuestras marchas, combates, batallas, etc., dejando á un lado pequeños incidentes que me han parecido puerilidades, sobre los buenos ó malos hechos de oficiales subalternos, que casi todos los del ejército, se puede decir, eran valientes y buenos; en la batalla de Salta no se puede exceptuar ninguno porque con generalidad se portaron todos bien, con igual valor y empeño; pero hay un hecho sobresaliente en aquel campo de batalla que es preciso descubrirlo: cuando nuestros batallones y escuadrones entraban por su turno á la línea de batalla, el mayor general D. Eustoquio Diaz-Velez los colocaba en su respectivo lugar, y con este objeto recorría la línea á gran galope con sus ayudantes; no sé si un batallon de los nuestros entendió mal una voz de mando ó el enemigo quiso pegar primero para pegar dos veces; generalmente se decia que el batallon nuestro presentó sus armas para dar mayor lucimiento al despliegue que acababa de hacer y que

un batallon enemigo que se hallaba al frente quiso imitar el movimiento, el hecho es que antes de la seña de ataque uno y otro batallon hicieron á un tiempo la descarga que llenó de humo el espacio de entre ambas líneas; casualmente Diaz-Velez se encontró medio á medio de la escena y cayó herido juntamente con su ayudante Don Gregorio Lamadrid.

En estos mismos instantes el comandante Don Manuel Dorrego, con su pequeño batallon de cazadores habia hecho un avance y el momentáneo favor de un pequeño buen suceso, lo indujo á que se adelantara mas allá de lo regular. El batallon Real de Lima que se hallaba á su frente, hizo un movimiento análogo que alucina á Dorrego y avanza mas, y cuando nuestros cazadores llegan á cierta altura, el Real de Lima lo envuelve por ambos flancos y se interpolan; el Teniente Coronel Don Cornelio Zelaya que á la sazón entraba con sus dragones, en formacion sobre ese costado, lo advierte, toma un escuadron, se lanza como el rayo sobre aquella interpolacion y la desenvuelve; los golpes de la caballeria favorecen á los que en situacion crítica y aislada iban á ceder á la desigualdad del combate, Dorrego y sus cazadores se salvan, se rehacen y vuelven á la línea á paso de escape, Zelaya con sus dragones cubre la retaguardia de los que acaba de salvar y vuelve tambien á la línea á paso regu-

lar, con la serenidad de ánimo, la satisfacción del triunfo y la inequívoca idea de que ningún peligro de los que pudieran sobrevenir en el curso de la batalla, podía ser mayor que el que acababa de superar en ese venturoso lance, donde su deber lo condujo para hacerlo dueño del triunfo; bien se puede asegurar que este hecho debió influir no muy en poco á la decisión favorable que puso en nuestras manos el triunfo completo en ese día.

Los muertos en la batalla, así los del enemigo como los nuestros, fueron enterrados en un mismo lugar que queda señalado con una cruz de madera, que desde una distancia se deja ver; al pié de ella había una tablilla con la inscripción siguiente: *Memorable día 20 de Febrero de 1813 — Hé aquí el sepulcro donde yacen juntos vencidos y vencedores.* Los jefes y oficiales muertos de una y otra parte fueron enterrados en los cementerios de las iglesias.

Ninguna victoria hasta entonces fué mas completa que la obtenida en Salta; pero muy luego la generosidad de los defensores de la Patria, recibió la recompensa de la liberal capitulación concedida á los vencidos; el solemne juramento hecho ante Dios y la Patria, sobre los cadáveres del campo de batalla, fué quebrantado por las conjuraciones de un príncipe de la Iglesia. El obispo diocesano de la Paz salió al encuentro de los ju-

ramentados á los campos de Oruro, les predicó la fé *católica* cristiana, llamándolos nuevamente á engrosar las filas del Rey, en nombre de Dios y de la Religion les allanó el juramento, y los juramentados volvieron á tomar las armas.

Entre tanto, el General Belgrano abrevió cuanto pudo nuestra marcha al Perú. Al movernos de Salta, se me dió la propiedad del grado que gané en la batalla, teniente 2<sup>o</sup>.

Escarmentado pues de este modo el enenigo en Salta, dejó en libertad las provincias de Tarija, Potosí y Cochabamba.

En el mes de Mayo del mismo año, nos hallábamos ya en Potosí, y Belgrano al establecer en esta ciudad sus cuarteles de invierno, vió venir sobre sí una multitud de atenciones que no lo dejaban descansar, haciendo avanzar una vanguardia á los campos de Yocolla, Lagunillas y Leñas, á las órdenes del Coronel D. Corelio Zelaya; se entregó á sus ocupaciones interiores y exteriores en Potosí; cuanto mas batallas ganadas, mas objetos que atender. En la guerra y la política, cuanto mas victorioso un general, tiene mas enemigos que combatir, siendo los peores los encubiertos: tal era precisamente lo que en esta jornada sucediera con nuestro General Belgrano.

Nombrado Capitan General de las Provincias Unidas del Rio de la Plata, con omnímodas facultades sobre todas las que tomase con las armas

á mas de cuatrocientas leguas distante del gobierno central, con la atencion á los pueblos y al ejército, sin buenos consejeros, sin un ministro de guerra de las capacidades necesarias en aquella altura, recibiendo hasta el fastidio los inciensos y adulaciones de los pueblos del Perú, circunvalado de hombres llenos de pretensiones y que no pertenecian íntegramente á la causa de la revolucion, con una carga de responsabilidades á costas, presintiendo los asomos de la desavenencia, rivalidad y descontento, lleno de cuidados, prevenciones y afanes, sin poder atender completamente á todo se puede decir que Belgrano llegó á flaquear hasta cierto punto, y si no se dejó engañar, al menos padeció grandes equivocaciones, cuyos resultados pusieron de manifiesto los errores que de buena intencion llegó á cometer en la guerra y la política.

El ejército, participando de las dolencias de su cabeza, llegó tambien á padecer sordas alteraciones, pasando por aquellos actos que en medio de la moral y disciplina suele venir el descontento y espíritu de partido á predisponer los ánimos, inclinándolos hacia la desavenencia. Mucha confianza tenia Belgrano en su ejército, y no por esto, el cuidado sobre él, dejaría de aumentar los demás.

Algunos jefes habian sido desairados y otros ensalzados, varios de ellos fueron con pasaporte

á Buenos Aires, y de allí vinieron otros á ocupar los destinos que por ignoradas causas dejaban los vencedores en Salta y Tucuman; con algunos subalternos sucedió lo mismo. Todas estas maniobras, el ejército las miraba con disgusto y sentimiento; pero con obediencia. Entretanto el General Belgrano, en medio de tan serias y complicadas ocupaciones, parecía que desatinase, como si hubiera perdido el tino con que se manejaba en nuestras anteriores jornadas; dejándose llevar, se puede decir, por un poderoso alucinamiento, ponía en juego una política ajena á su carácter, yá severo, yá indulgente, dando lugar á la intriga y adulacion, escuchando acaso lo que no debía, premiando á unos y postergando á otros, se manifestaba enérgico como siempre, como si quisiera apoyar sus actos en golpes de autoridad, que aun cuando los absolviese la necesidad, la justicia los condenaria. Sin embargo de todas estas apariencias, bien se puede asegurar que muy libre estaba Belgrano de cometer hechos que no los hubiese sugerido el poder del patriotismo y el imperio de la necesidad, tan solo por saciar innobles pasiones; pero no estuvo libre de incurrir en faltas que á la vez trajeron sobre nosotros funestas consecuencias: entretanto sus rivales haciéndolo aparecer como á un déspota mandatario, atribuyéndole absolutismo, hipocresía y ambicion, hechos que acaso fueron partos de

las circunstancias, no perdian ocasion de deslumbrar su esclarecido patriotismo y bien merecido prestigio. El hombre de los desvelos, el que supo salvar la Patria en el Rio de las Piedras, Tucuman y Salta, el esclarecido Belgrano, el primer amante de la Patria, el héroe del año 12, era yá en el año 13 el blanco de los tiros de la envidia y de las acaloradas imaginaciones.

En estas circunstancias el Coronel D. Cornelio Zelaya fué enviado en comision á Cochabamba y quedó al mando de la vanguardia el Teniente Coronel D. Diego Balcarce en Yocolla, y al moverse de este punto, ascendimos juntos dos amigos; á capitan de una compañía D. José María Paz, y yo á teniente primero de la misma: esta compañía era la tercera del cuarto escuadron de Dragones.

Tales fueron nuestras circunstancias en Potosí, cuando el dia menos pensado, como por capricho ó inspiraciones, montó Belgrano á caballo y se puso á la cabeza del ejército, á la manera de aquel que vuela en alcance del tiempo que siente haber perdido. « Ejército de los vencedores, seguidme », dijo, y emprendió su marcha con rapidez en direccion al enemigo. Preciso es confesar que aunque nos movimos con la prontitud que acostumbrábamos, en el ejército se advertia una cierta desconfianza que hacia dudar del triunfo. Muy mal arreglado iba el parque y servicio de

artillería, cuando en ésto solia Belgrano poner su mayor esmero, mientras que nuestros soldados no iban muy contentos de ver que se dejaba en Potosí el convoy de hospital y víveres, con un número considerable de convalecientes, nuestra caballería mal montada, poco menos que desnuda y sin capotes en la mas rigurosa estacion del invierno. Los jefes y oficiales capaces de formar juicio, creian que Belgrano se precipitaba sin haber tomado todas las precauciones que debian asegurar el éxito de una campaña que iba á decidir de la suerte del enemigo y la nuestra.

A mas de las faltas que notarian los capaces de formar juicio como ya he dicho antes, no se debe estrañar que los oficiales subalternos, sintieran la de dos espadas igualmente brillantes en los lances de honor, Dorrego suspenso en Jujuy, y Zelaya comisionado en Cochabamba, ausentes ambos, no eran vistos por los soldados que estaban acostumbrados á arrear de frente una bateria á la voz de sus queridos jefes: claro está pues que debíamos persuadirnos de que donde faltasen estos dos valientes, el enemigo encontraria un claro por donde meterse; al menos los subalternos así lo creíamos. *Una sola golondrina no hace verano* dice un proverbio, puede ser verdad segun los casos; pero la esperiencia nos ha enseñado que en la guerra el mas pequeño incidente suele traer grandes resultados ya en pró,

ya en contra; si en pró, saber aprovechar es preciso, y si en contra, preciso es también recoger ese fruto y adjudicarlo á la experiencia. No me atengo á ello, sino á la opinion general de mis compañeros para decir, que la falta de Zelaya y Dorrego no hubo quien la supliera en Vilcapugio, no por esto quiero decir que en esto habria consistido precisamente nuestra pérdida pues debieron concurrir otras causas mas por la difícil posicion de nuestro general en la complicacion de sus atenciones. Toda victoria es incierta y los medios de obtenerla son sujetos al menor vaiven, al mas pequeño contraste; un campo de batalla es tan celoso que una rápida mudanza del viento puede ocasionar una pérdida

El enemigo situado entre Oruro y Potosí, ocupando Challapata y Condo, reconcentró inmediatamente sus fuerzas y permaneció en observacion, esperando nuestra aproximacion para ver el resultado de una accion decisiva. Descubiertas las miras del enemigo, no debieron ser desatendidas. Las máximas de la guerra previenen que una accion decisiva se debe evitar por todos los medios que estén en conformidad con las circunstancias. Belgrano despreciando el manifiesto empaque del enemigo en estos puntos, marchó de frente hasta Vilcapugio.

Llegamos á este campo hácia las cinco de la tarde de un dia, y pasamos la noche en un lu-

gar que no fué reconocido porque no hubo tiempo; al dia siguiente, el general situó el ejército en la forma que le pareció conveniente con concepto á permanecer un dia en descanso, todo él se ocupó Belgrano en tomar disposiciones que asegurasen nuestra situacion, reconoció bien el campo, destacó guardias y retenes avanzados, despachó bomberos al campo enemigo, y hácia las cuatro de la tarde mandó formar el ejército, pasó revista de los cuerpos, los proclamó recordándoles las glorias de Tucuman y Salta, los entusiasmó bastante, hizo dos ó tres cambios de frente, maniobrando en línea: en estas ocupaciones nos tomó la noche; el ejército acampó, y el general dando la orden de estar todos listos á la menor señal de las armas, se retiró á su tienda

Al aclarar el dia hubo novedad, el enemigo habia marchado sobre nosotros en toda esa noche y tomando entre dos luces los mejores puntos de ataque, descendió por varias partes de las cumbres que teníamos al frente, y arreando todas nuestras guerrillas, bajó al campo donde nos fué preciso esperarle en accion defensiva. Así, á las diez de la mañana se trabó una sangrienta batalla que puso en muchos conflictos á los dos ejércitos, y fuera de combate á los generales de ambos puntos. Despues del encuentro general, la línea enemiga fué rota en mil partes, así como

la nuestra, y en desorganizacion general envueltos los cuerpos de ellos con los nuestros, nos batimos á discrecion, y como á la desesperada en parciales combates que duraron muchas horas.

La caballería enemiga fué acuchillada y destruida de tal modo que no se veian diez ginetes en formacion: en medio de esa confusa y sangrienta baraunda que apura los instantes de una decision en que la victoria, mil veces arrebatada por unos y otros, muestra al fin la parte donde se inclina, Belgrano pudo ganar el centro de nuestra deshecha reserva y como con la cuarta parte de ella, ganó la cima de un morro que muy cerca del campo de batalla lo teníamos á las espaldas. La vista de la bandera que en aquella cima flameaba en brazos de Belgrano, llamó á reunion á todos los que podíamos hacerlo, salvando á muchos de nuestros heridos, que unos arrastrados por el suelo y otros en hombros de los compañeros, llegaban hasta la falda del cerro donde eran prontamente socorridos.

El enemigo sin atreverse á desalojarnos de la posicion que habiamos tomado en nuestro último caso, nos dejó permanecer todo el tiempo que quisimos. El sol se habia inclinado demasidamente al ocaso y el ejército de la Patria en aquella desgraciada hora reducido á miserables restos, se apiñaba en torno de su general: éste, despues de haber pasado por mil lances fatigosos, parecia que

se hubiese extasiado en la contemplacion de aquellos fatales momentos, con la calma que suele sobrevenir, despues de grandes y extraordinarias agitaciones; parado como un poste en la cima del morro y los ojos fijos, sobre un campo cubierto de cadáveres y ensangrentados despojos. Belgrano en esa actitud parecia una estatua, erigida en memoria de aquel dia que con su alegórica postura estuviese diciendo: « Vedme aquí sin acabar de creer, lo que acaba de suceder, es creible que así lo dijese entre sí; pero lo que dijo en público fué lo siguiente: « Soldados. ¿Conque al fin hemos perdido despues de haber peleado tanto? La victoria nos ha engañado para pasar á otras manos, pero en las nuestras aun flamea la bandera de la Patria ».

Entretanto, el enemigo no quitaba el antejo de sobre nosotros, tirándonos de vez en cuando un cañonazo, que bien pasaba por elevacion ó bien rebotaba en las faldas del morro. Permanecimos largos instantes en espectacion, esperando las horas que suelen ser buscadas por los que tratan de ocultar una vergonzosa fuga.

Tan luego como acabó de anochecer, el general arregló personalmente nuestra retirada, mandó desmontar toda la poca caballería que se habia reunido con Don Diego Balcarce y colocó en el centro á todos los heridos que se acomodaron de á dos y de á tres en cada caballo, sin excep-

tuar ni el del general, y luego encargando á un jefe Don Gregorio Perdrier el cuidado de la columna en marcha, lo colocó á la cabeza entregándole la bandera para que la condujese y cargando al hombro el fusil y cartuchera de un herido, se colocó á la retaguardia de todos, y dió la orden de desfilarse.

El jefe de mi cuerpo, me habia destinado con ocho dragones de á pié á cubrir la retaguardia, el general sin mas acompañamiento que un sargento del número primero, á quien supo apreciar mucho, y dos oficiales de su derrotada escolta, venian en medio de mis soldados, y yo á su lado, nuestra columnilla marchaba en silencio y á paso muy pausado, haciendo alto por instantes por atender á nuestros heridos; mas de tres de ellos murieron en esa noche,—Cuando hacíamos alto y el general llegaba á tomar asiento sobre alguna piedra, yo y mis soldados quedábamos de pié parados á su lado, los pocos jefes y oficiales que marchaban en la columna, nos hacian frecuentes visitas á retaguardia, por ver si el general venia en su puesto y luego que se cercioraban volvian al suyo.

La luz del cigarro se distingue de noche desde muy lejos, por evitar esto, el jefe encargado de la columna habia por precaucion dado la orden de que nadie fumara. Los soldados ansiaban por encender un cigarro en aquellas alturas, el

excesivo frío, la fatiga y la privación misma, aumentaban el deseo y las súplicas; se le consultó al general si se podía fumar. «Hasta este punto llegan los miramientos y respeto que me tienen, dijo:—fumen todos, que si á la luz de nuestros cigarros viene el enemigo, encontrará con pitadores que le darán para tabaco »

Anduvimos toda la noche con gran trabajo, resueltos á morir, haciendo frente á toda ocurrencia; pero no hubo novedad porque el enemigo habia quedado en la imposibilidad de perseguirnos.

La conducción de nuestros heridos nos daba mucho que hacer pero fueron atendidos con todo esmero, aun los que murieron en esa noche fueron conducidos hasta dar con una capilla, donde quedaron sepultados al día siguiente.

Al amanecer llegamos á una poblacioncilla, hicimos alto y paramos todo el día. Los pocos indios que encontramos en los ranchos, nos proporcionaron algunas papas y tres ó cuatro llamas para comer; el general no habia tomado un bocado de alimento en todo el día y la noche anterior, tan luego que tomó algunos bocados de carne de llama, le provocó á vómito y le sobrevino una ligera enfermedad y descompostura que le duró largos instantes, por casualidad se encontró en la maleta de un dragon, un poco de café muy mal tostado y un terron de azucar,

mas negro todavia que el café: con este auxilio el general pudo mejorar y dió principio á tomar medidas relativas á nuestro caso, empezando por asegurar nuestra situacion, con retencillos de infanteria que él mismo los colocó en varios sitios dominantes; despachó avisos verbales á varias partes porque no habia papel ni tintero.

Sin embargo de que el general vino en medio de todos nosotros que segun él dijo despues, nos conocia por nuestros nombres y apellidos, he dicho que venia solo en nuestra retirada, porque es verdad que la escolta y sus ayudantes no venian con él: en los momentos que el general llegó al punto de correr inminente riesgo en la batalla, la escolta tuvo que entrar en desigual y precipitado combate contra infantería á las órdenes del comandante Villar y Diaz y fué completamente desecha, los ayudantes habiendo partido con órdenes á varios puntos, se derrotaron tambien en la direccion donde cada cual se encontró en los momentos de la confusion y no pudiendo reunirse con el general, fueron á hacerlo con nuestro mayor general que habia tomado la ruta de Potosí, á contener dispersos que en mucho número tomaron esa direccion. Alguno quiso darle mala interpretacion á la ida de Diaz-Velez á Potosí; pero luego fué desmentido, porque le vimos regresar á Macha con un número considerable de dispersos que reunió en Potosí; con los

ayudantes del general sucedió lo que ya he dicho, no así con su edecan el valiente Don N. Dorna que habiendo partido con órdenes que comunicar á los cuerpos que ocupaban nuestra ala derecha y muy especialmente al batallon de cazadores que habia á la sazón traspasado la línea enemiga, Dorna la traspasó tambien y á su regreso fué cortado por los enemigos y murió peleando.

Imposible me parece dar con el arribo al punto de una acertada explicacion, respecto de la moral y juicio crítico que deja en su paso un acontecimiento de tanto interés y trascendencia como el de Vilcapugio, y solo sí diré que, yo tambien entonces, en medio de mis compañeros de armas, corriendo los mismos riesgos y fatigas, participe como todos en todo y sintiendo lo mismo con conocimientos (me permitiré decir) acaso mayores que los necesarios á un teniente, me atrevia, no á dar un concluyente fallo sobre el juiciamiento de los hechos, pero si, á considerar las cosas en su manifiesto punto de vista y deducir los precisos resultados de los antecedentes que obran en consecuencia: nuestro general Belgrano extremadamente afectado del contraste y sin advertir que no todas las circunstancias en la guerra son propósito para arriesgar el todo por el todo, sacrificó en Ayohuma, los restos del ejército auxiliador como lo veremos luego.

Difícil es hacer una definición completa del drama que representan los campeones de la Patria en los momentos de su reunión después de haber perdido la batalla de Vilcapugio. Figúrese el lector, que se encuentran los compañeros y es una dicha, se abrazan, se hablan con entusiasmo y cada cual hace la relación que á todos interesa, ya se abaten como se reaniman luego, y en estos momentos de inesplicables transiciones, cual mas sensible y exaltado promete por la patria mayor fé, constancia y amor al compañero de armas, unos preguntan con ánsia por los que faltan y los otros, cual mas seguro de la verdad nombran á Dorna, Bernaldez, Beldon, Benito Alvarez, Villegas y cien mas que quedaron muertos. Entretanto, la infausta noticia, corriendo de comarca en comarca, de pueblo en pueblo, se hace sentir en breve tiempo en los lugares mas distantes del campo de batalla.

Tal era el estado de ese punto de reunión, pequeño campamento, enlutado, inerte y abatido hasta cierto punto que ofrecia en revista los restos del ejército vencedor en Salta y Tucuman: —sin embargo, el valor no abandona á los que saben oponer firmeza y heroica resignación á los contrastes. Muy luego una orden general llama á todos á cumplir cada cual con su deber; se llama á la banda: no hay música ni clarines, no hay mas que dos tambores, pero que son bastan-

tes para hacer oír la llamada en tan corto recinto, los espíritus se reaniman, los guerreros alzan del suelo las armas y los soldados de la Patria, cada vez mas fieles con ella, forman en batalla á ofrecer de nuevo, con mayor y mas denodado empeño, nuevas fatigas, nuevos sacrificios.

El General pidió luego los caballos de mis ocho soldados y me destinó á patrullar nuestro recinto, cuidando la parte hácia donde quedaba el enemigo: me ocupé todo el dia en esta faccion avanzando toda la distancia posible para descubrir lo que nos hubiese convenido saber en caso de novedad; recorría con mucha proligidad las inmediaciones de nuestro recinto, reuniendo de paso cuanto encontraba:—con esta diligencia tuvimos en pocas horas en el campamento algunas ovejas, papas, cebada, burros, llamas y mas de cien indios para servirnos, y entretanto y en el curso del dia se nos habian reunido mas de doscientos derrotados que, unos sanos y otros heridos, llegaban por varios caminos, en partidas de diez y doce al campamento, los sanos cargando á los heridos que no podian caminar por sí solos.

A pesar de estar enfermo el General, trabajó ese dia cuanto pudo, arregló en pequeñas divisioncillas los restos del ejército, despachó con anticipacion los heridos en burros y en llamas al cuidado de un piquete de infanteria,

servidos por los indios que yo habia reunido. A las cinco de la tarde mandó formar, pasó una ligera revista, proclamó con energia y concluyó por dar la orden de pena de la vida al que abandonara el compañero en el peligro. «Co-  
«nozco por sus nombres y apellidos á todos  
«los valientes que en estos momentos estan  
«conmigo; yo sabré recomendarlos á la Patria  
«de un modo particular, y si por desgracia  
«llegasen á desampararme en esta retirada, yo  
«solo pereceré,» Y los soldados contestaron á voces, *morir al lado del general*. Reanimado y placentero Belgrano, al oir esas voces repetidas con entusiasmo, recorrió con ligereza unas cuantas veces las filas, hablando por sus nombres á los soldados y oficiales. «Deseo que en estos instantes el enemigo se atreviera á buscarnos, dijo,» —y echando su fusil al hombro, quedó formado á la cabeza de su pequeña línea, como dispuesto á todo trance manifestando resolucion, ya de hacer una tentativa sobre el enemigo, ó ya de retirarse al frente suyo en caso de ser perseguidos.

Nuestro general era muy amigo de las retiradas al frente del enemigo, porque en ellas (decia) se daban pruebas de valor, al mismo tiempo que se encontraban muchos lances que aprovechar; pero nuestras circunstancias no eran muy aparentes para buscar esos lances, ni el enemigo

se hallaba en el caso de brindarnos una oportunidad como la del Rio de las Piedras.

Al entrarse el sol, el General mandó desfilar, quedándose siempre á retaguardia, con un tamborcillo de órdenes á las ancas, atravesando su fusil sobre la pistolera, y los ocho dragones de mi partida que le servíamos de escolta; habríamos andado poco menos de uno legua, cuando acabó de anochecer, hicimos alto y contramarchando una ó dos cuabras, nos emboscamos á una y otra parte del camino, situándonos en pequeños escalones, segun lo requería el local, aparapetados en los puntos que nos parecían mas ventajosos, el General nos hizo permanecer en silencio y sin dormir toda la noche, esperando á un enemigo que á pesar de ser victorioso, no habia hecho la menor intencion de perseguirnos. Despues de haber amanecido emprendimos nuestra retirada con direccion hácia los valles de Cochabamba ó Chuquisaca, dejando una partida en estas alturas con la orden de permanecer en observacion al enemigo.

Habíamos andado tres dias sin apuro, siguiendo la ruta de nuestros heridos que marchaban una jornada adelante, al llegar al pueblo de Macha, nos dió encuentro un contingente de tropa que venia de Cochabamba al mando del coronel don Cornelio Zelaya, este auxilio que no pasaba del número de trescientos reclutas mal fogueados, fué

reputado en nuestras circunstancias como un soberbio refuerzo, muchas aclamaciones se hicieron por parte del ejército en honor de una provincia que siempre habia manifestado mayor patriotismo que todas las del Alto Perú; la division auxiliar de Cochabamba fué recibida en triunfo y nuestra tropa cobró ánimo. Con este auxilio que al General le pareció tan oportuno y suficiente para sus miras, hizo alto, resuelto á no pasar de Macha un paso adelante, volaron propios con órdenes terminantes para que viniesen á Macha las guarniciones de Chuquisaca y Potosí, con todos los recursos que pudiesen sacar de esas plazas.

Ya se debe entender cómo andarian las cosas en los pueblos cuando se publicó nuestra derrota, en un país donde no era bien conocida, ni muy amada la causa sagrada de la Patria. Belgrano á pesar de mil inconvenientes, se empeñó en obrar como en Tucuman; pero no tenia á sus espaldas un pueblo como aquel, nuestras circunstancias eran distintas al año 12. Derrotados en sangrienta batalla despues de grandes é irreparables pérdidas, nos hallábamos en un pueblo enteramente sin recursos, esperando lo que habia de venirnos de las distancias de treinta y cuarenta leguas, inavenibles al clima y al carácter de los habitantes; todo se nos presentaba en contra y mas que todo, nuestra derrota de Vilcapugio. Belgrano con su acostumbrado celo y ardiente patriotismo,

en medio de aquella crisis cuyas probabilidades ofrecían un porvenir nada lisonjero, hacia extraordinarios sacrificios por salir de esa posición violenta pero infructuosamente.

Las provincias de Potosí y Chuquisaca después de habernos auxiliado con algo, mas por fuerza que voluntad y de un modo ineficaz, permanecieron en espectación esperando el resultado de una segunda batalla para gritar: Viva la Patria, ó entregarse en paz al enemigo. Los pocos valientes del ejército cuyas heridas aun no estaban bien cicatrizadas, y los patriotas de Cochabamba, fueron los únicos sacrificados en el campo de Ayohuma.

No me detendré en los pormenores de cuanto padeció y sufrió en esta campaña el ejército auxiliador. Entre las remesas de abastos que nos hicieron de Potosí y Chuquisaca, se encontró una porción considerable de chalonas y charques podridos, que los rancheros no podían hacer uso sino á costa de mucho trabajo entre sacando lo mejor y despreciando la mayor parte: sin embargo, el General mandaba repartir esos charques, un día sí y otro no, hasta que se acabase la mala provision. Los soldados del ejército que habían dado tantas pruebas de subordinación y disciplina, no eran capaces de molestar á su general con ningun reclamo, tan solo por haber pasado un día ó dos sin comer.

Los discípulos de Belgrano eran soldados á toda prueba y seguian su ejemplo con heroica emulacion.

El dia que se recibia en el rancho esas raciones intomables pasaba por chiste, y los soldados de la Patria, tan contentos con el charque podrido, como con la carne fresca, le cantaban á Belgrano la siguiente coplilla:

- « Cielito, cielo que sí,
- » Cielito del puente de Márquez ;
- » No andés pintando chupa,
- » Que están podridos tus charques.

Ya he dicho que los soldados del ejército tenían el gusto de (como por demostracion de afecto) llamarle al general Belgrano por los renombres que ellos sabian aplicarle á su capricho; cuando el ejército marchaba de Potosí á Vilcapugio, el General llevaba un uniforme de campaña todo verde, pantalon y pelliza con guarniciones de piel de mono, tan luego que los soldados le vieron en ese traje, se les ocurrió llamarle *chupa verde*. En la derrota de Vilcapugio el General habia quedado enteramente desequipado, sin mas que lo encapillado y su capoton á la gurupa; de Chuquisaca se le mandó un vestido todo azul, pantalon y casaca de faldones cortos, con solapas coloradas; la vez primera que el General se dejó ver con este uniforme, los soldados le pusieron el nombre de *Blandengue viejo de la guardia de Chascomús*.

A los cuarenta dias mas ó menos de estar en Macha, el enemigo se movió sobre nosotros, marchando tres ó cuatro leguas diarias, como dando tiempo para descubrir nuestras miras, haciendo amagos, ya por un flanco, ya por otro, hasta que marchó de frente con direccion á Macha; Belgrano desechando el plan de una retirada que nos hubiera convenido, levantó su campamento con mas despecho que tino y salió al encuentro hasta Ayohuma. A las veinte y cuatro horas de habernos situado en este campo, el enemigo estuvo con nosotros. Si la batalla de Vilcapugio fué sangrienta, la de Ayohuma llegó á ser mucho mas, al menos por nuestra parte no quedó sacrificio por hacer. El general enemigo, al detallar el parte de aquella jornada en que pudo contar una segunda y mas completa victoria, se expresó en los términos siguientes: « Los » insurgentes, sufriendo por mas de un cuarto de » hora un activo é incesante fuego de artillería, » parecia que hubiesen echado raices en el suelo » que pisaban y despues de una sangrienta bata- » lla sostenida por ambas partes con igual valor » y empeño en el espacio de mas de tres horas » de desesperada lucha en parciales combates, » han hecho hasta lo último, los mas obstinados » esfuerzos hasta perderlo todo ».

En efecto, nuestra pérdida fué total, se puede decir que todo quedó en el campo de batalla,

excepto la bandera, que, para que se perdiera era preciso que se muriese Belgrano, porque él la llevaba en la retirada; mas de una vez el General hubo de ser hecho prisionero, á no ser por los sacrificios de los que morian á la vez en defensa de Belgrano, que fué varias veces directamente embestido. En completa destruccion, atacados en detal, por un enemigo triplicadamente superior en número y circunstancias, repelidos en mil combates parciales que los sostuvo á toda costa el valiente coronel Zelaya despues del encuentro general, perdiendo el terreno palmo á palmo hasta que se hizo concluyente nuestra derrota, despues de haber perdido muchos jefes y oficiales que excedian al número de los perdidos en Vilcapugio. Los pocos que reunidos con Zelaya pudimos salvar, fuimos perseguidos hasta la entrada del sol.

Anduvimos tres días con sus noches sin descansar hasta Patosí que llegamos al cuarto ó quinto día de la batalla; era inoficioso tentar los medios de contener á un enemigo que á favor de las circunstancias, marchaba de frente á ocupar las plazas que la victoria ponía en sus manos, sin embargo, hicimos ciertos aparatos de resistencia en Potosí, atrincherando la casa de moneda, con la mente de sacar recursos que la necesidad nos obligaba á tomarlos por la fuerza; entretanto Potosí, se manifestaba como un pue-

blo que se agita al calor del sol que mas caliente, nuestras sospechas fundadas en antecedentes nos tenia en conflicto. Mucha razon teníamos para recelar de un pueblo que el año 11 en iguales circunstancias, despues de la derrota del Desaguadero, cargó con alevoso tumulto, á piedra, puñal y garrote, sobre los restos del ejército auxiliador; sin embargo, despreciando las amenazas de aquel idiota y sanguinario pueblo, permanecimos tres dias, pero sin dormir, con las armas en la mano por la desconfianza que supo inspirarnos un pueblo que parecia dispuesto á aprovechar la ocasion que suele ser oportuna para los que tratan de dar la lanzada al toro caido.

En la imposibilidad de permanecer mas tiempo en la ciudad, dejamos á Potosí al cuarto dia en los momentos que el populacho se agolpaba á la plaza en actitud hostil, manifestando miras de impedir nuestra salida: el corrillo y las apariencias no indicaban otra cosa, aun se oyeron algunos gritos de mueran los porteños y viva el Rey; nos fué preciso contestar á esos insolentes gritos con algunos tiros de fusil disparados al aire, señal que les indicó de hallarnos dispuestos á repeler á toda costa cualquiera agresion ó tumulto; el populacho advirtió que no podia atraparnos fácilmente y se contuvo como quien teme ó recapacita, y nosotros para aprovechar mejor los momentos de una suspension, hicimos

un paréntesis, con algunos fardos de tocuyos, paños y bayetas que se botaron á la plaza para que los cholos los destriparan á discrecion; un incentivo de esta naturaleza les llamó la atencion y cargaron de tropel sobre los fardos; dejándolos en el tarasqueo y arrebatina, salimos de una poblacion que á nuestra vista se preparaba para recibir en triunfo á los vencedores, negando la hospitalidad á sus hermanos vencidos.

El enemigo habiendo ocupado Potosí, el siguiente dia de nuestra salida destacó partidas que nos persiguieran, dándonos alcance cada dos ó tres dias, nos hacian tiros á retaguardia: despreciando estos alcances, marchábamos sin apuro y sin abandonar cosa ninguna de lo que nos era preciso conducir; al llegar á los campos de Cangrejos, la vanguardia enemiga nos dió alcance y picándonos la retaguardia, llegó casi junto con nosotros á Jujuy y pasó á Salta; el General destacando una division compuesta de varios cuerpos de guerrillas á órdenes del valiente Manuel Dorrego, para que hostilizara al enemigo en sus marchas, tomó la ruta hácia Tucuman sin poder hacer pié en Salta ni Jujuy. Al llegar al rio del Pasaje, Belgrano fué relevado por Don José de San Martin. Entre tanto el enemigo contento con haber tomado las plazas de Salta y Jujuy hizo alto y dió tiempo á la reunion de

los milicianos que se encargaron de hacerle la guerra hostil.

El general San Martín, hecho cargo de los restos del ejército, emprendió la obra de la ciudadela de Tucumán y la reorganización de las tropas, haciendo servir de base á los granaderos de á caballo y el número 7 de infantería que había llegado con su Comandante Don Toribio Luzuriaga, de refuerzo; entretanto el enemigo permanecía en Salta y Jujuy, reducido al estado de no poder contar con más terreno que el que pisaba, sufriendo las hostilidades de nuestros gauchos milicianos que le hacían una guerra de vandalaje horrorosa, con su impertérrito caudillo Don Martín Miguel de Güemes. Tales fueron nuestras circunstancias cuando el general San Martín se retiró por sus enfermedades á Córdoba y pasó después á Mendoza.

Don José Rondeau entregando el mando del ejército sitiador de Montevideo á D. Carlos Alvear, vino al ejército auxiliador en relevo de San Martín.

El general D. José Rondeau tan luego de hacerse cargo del ejército en Tucumán, en el estado en que lo encontró, lo hizo avanzar hasta Jujuy; el enemigo al sentir nuestro movimiento, hizo su retirada á Potosí: parece que Rondeau por tomar mejores medidas, hubiese situado provisionalmente el ejército en Jujuy haciendo adelantar

una vanguardia á Humahuaca; esta paralización en nuestra marcha haciéndose duradera por mas tiempo que el que se creia necesario, nos trajo á la vez muy malos resultados.

En estas circunstancias, el general Alvear habia tomado por capitulacion la plaza de Montevideo y el Gobierno tuvo á bien nombrarlo General en Jefe del ejército auxiliador, estacionado en Jujuy. Rondeau se dió por desairado y resentido por el hecho de ser separado del mando del ejército auxiliador lo mismo que del sitiador; se opuso á las órdenes del Gobierno, y sostenido por algunos jefes subalternos del ejército, se negó á entregar el mando, apoyado en la fuerza y en la revolucion militar que desmoralizó tanto al ejército, dividiéndolo en partidos y ocasionando al mismo tiempo una escandalosa desercion, este incidente trajo á los pueblos y al ejército males irreparables.

El general Alvear, regresó como el rayo á Buenos Aires, y resentido por el hecho de haber sido repudiado en el ejército por Rondeau y en cierto modo indignado con un gobierno que no sabia llevar á debido efecto sus deliberaciones, dió contra él. Apoyado en la popularidad que gozaba, hizo un trastorno en la Capital, alarmó su partido, y con la locura de su genio, revolucionó, echó la administracion abajo, y el remedio, vino á ser peor que el mal. Alvear tomó las

riendas del gobierno de una manera escandalosa, y muy luego una reaccion lo hizo desaparecer de la escena.

El bondadoso general D. José Rondeau, meritorio en la campaña de la Banda Oriental, con acaso bien merecido prestigio en el ejército sitiador; pero en el auxiliador, siempre imbécil, tolerante y contemporizador, despues de haber hecho pasar el ejército por actos anárquicos y subversivos, condescendiente hasta lo sumo con los jefes de su partido, creyendo enmendar la plana, combinó un mal plan de Campaña y con un ejército que habia perdido su moral y disciplina, sin haber reemplazado la desercion, montó á caballo como temeroso de que una reaccion lo llevara por el mismo camino de Alvear, hizo un movimiento general hácia la brusca sobre el enemigo, y despues de varios encuentros parciales en los campos de Abrapampa, Puestos del Marqués, marchó de frente con el ejército hasta Chayanta, dejando guarnecidas las plazas de Potosí y Chuquisaca. En esta campaña era yo capitán y mandaba la segunda compañía del segundo escuadron del Regimiento de Dragones; de la que antes fué de D. José Maria Paz.

El enemigo situado entre Oruro y Challapata, como en el año 13, despues de haber conseguido un triunfo en Venta y medio, sobre nuestra vanguardia mandada por el Brigadier Don Martin

Rodriguez, hizo su movimiento en marcha sobre Chayanta. El general Rondeau tomando una direccion diagonal como quien busca la contraposicion, condujo el ejército por un flanco hácia Cochabamba: el enemigo dando tambien su giro, marchó al mismo punto de direccion y abreviando cada cual nuestras marchas, llegamos con poca diferencia casi juntos al campo de Sipesipe. Al tercer dia de hallarnos á la vista, con el cerro de Viloma por medio, cuyas cumbres pudo trastornar el enemigo á mucha costa, despues de varios combates parciales y muchas guerrillas que duraron desde que el enemigo empezó á bajar la cuesta, Rondeau presentó la batalla y nuestro ejército fué batido.

Derrotados en Sipesipe á principios del año 16, nos dirigimos á Chuquisaca y con el apoyo de las guarniciones de esa plaza y Potosí, hicimos nuestra retirada á Jujuy antes que el enemigo pudiese perseguirnos. Al llegar á Humahuaca nos dió encuentro una division que venia en nuestro auxilio, compuesta de los regimientos números dos y tres al mando del coronel French y un escuadron de Dragones de la Patria con el coronel Ortiguera, que tuvo un contraste en el Bordo: con este auxilio el general Rondeau hizo alto y acantonó el ejército en divisiones desde Humahuaca hasta Jujuy, con ánimo de rehacerse completamente y emprender una nueva campaña;

pero los movimientos del enemigo y otras ocurrencias en el interior, le obligaron á retirarse y el ejército sufriendo en cierto modo una considerable hostilizacion, por la desavenencia de los jefes de las provincias de Salta y Jujuy con el General, emprendió su marcha en retirada hácia Tucuman, dejando entregadas á su propia defensa las provincias de Salta y Jujuy. Al llegar á Trancas, Rondeau fué relevado por Belgrano.

El brigadier D. Manuel Belgrano, llamado segunda vez al ejército, en apuros casi iguales á los del año 12, se puso á la cabeza del ejército en Trancas, el año 16, y dejándose ver como en Yatasto, inspiró nuevas esperanzas. Su presencia restableció muy luego en el ejército la casi estinguida moral y disciplina, y en los pueblos la union, aquietó los espíritus y llamó de nuevo las cosas al orden. y habiendo arreglado los negocios políticos de las provincias de Salta y Jujuy alteradas en tiempo de Rondeau, despues de haber concertado con los jefes de aquellas provincias el plan de la guerra que se haria al enemigo, condujo el ejército á Tucuman, donde permaneció hasta fines del año 19.

Estas fueron las circunstancias en que por primera vez, se vió en la República Argentina, la reunion de un Congreso Nacional Constituyente que instalado en Tucuman, señaló la apertura de sus primeras sesiones con la declaratoria de nues-

tra independencia, promulgando enseguida un estatuto provisional reglamentario que debía regir bajo la forma de unidad representativa.

Tres hombres de alta categoría fueron colocados al frente de los negocios de la Patria: Don Juan Martín de Pueyrredón ocupó el alto puesto de Jefe Supremo director del Estado, Don Manuel Belgrano, general en jefe del ejército auxiliar en las provincias del interior, para llevar la guerra al Perú, y en las de Cuyo, Don José de San Martín, capitán general en Mendoza, con el ejército de los Andes en operaciones sobre Chile.

Cuando el ejército se situó en Tucumán era, como he dicho antes, el tiempo de un nuevo orden de cosas, y todo presentaba un carácter circunspeto y respetable, pero la inacción del ejército respecto de la guerra daba que pensar, porque las disposiciones que se veían tomar al General indicaban una larga estación; entretanto las provincias de Salta y Jujuy clamaban diariamente por auxilio para sostenerse en la defensiva, y de Tucumán no recibían más que halagüeñas esperanzas.

Entonces fué que el general Belgrano queriendo dar muestras de movilidad, despachó varios oficiales en comisión, unos á Catamarca, otros á Santa María, otros á Salta y Jujuy para que ayudaran á Güemes, y á mí me tocó marchar á

Santiago del Estero con cuarenta dragones de mi compañía, con la orden de hacer un reclutamiento para la formación de un escuadrón de lanceros que yo lo comandaría: no pudo realizarse por un acontecimiento que vino sobre mí de una manera inevitable, por causas que á la vez explicaré en cuerda separada.

Este hecho, recordado por el general Paz y largamente relacionado en el tomo primero de sus memorias póstumas, desde el fólío 234, y por el general Madrid al folio 111 y 22 de sus observaciones sobre dichas memorias, es uno de aquellos que se cuentan en la historia de nuestras fatales desavenencias. Este hecho pues, que tan de cerca me toca porque realmente fuí comprendido en él, será puesto en claro por un folleto en que publicaré todos sus pormenores y las causas que lo motivaron, sirviendo al mismo tiempo de esclarecimiento á las injustas muertes de Martín Castellanos y de Francisco Borges, y prescindiendo por ahora de lo que á ese respecto me propongo, haré solamente una breve relacion respecto de mí, por decir cómo volví al ejército.

Cuando Madrid apuraba exigentemente los momentos en que una orden debía hacer desaparecer al desgraciado Borges, sin dar lugar á que el formulista Paz cumpliera su comision, yo partí en fuga con Gonzebat por los bosques hasta la Sierra de Ambargasta y oculto en Santa Ana

en casa del cura Latorre, despaché por caminos estraviados un propio á Tucuman.

Por mi suerte llegó la carta á manos de Belgrano, quien al imponerse de su contenido, dejó caer algunas lágrimas, segun decian algunos jefes que se hallaron presentes: mi propio regresó con un seguro salvo-conducto, y con él en el bolsillo fuí conducido á Tucuman, bajo la vigilancia de un oficial y su partida que destacó Bustos en mi custodia.

A los dos dias siguientes por la noche llegamos al perenne cuartel general, supliqué hablar con Belgrano, no hubo lugar, y con la negativa fuí conducido al cuartel del batallon número diez.

Cuando me ví encerrado en un calabozo obscuro, con centinela de vista y con rigurosa comunicacion, *adios salvo conducto dije entre mí, yo marchó al banquillo y mis compañeros quedarán vivos á gozar dichosos de la condecoracion que les prodigaré la Corte de España por mano del gran duque de Angulema (1).*

Sufrió por el espacio de cuarenta dias la mas rigurosa y humillante prision, al cabo de ellos, conseguí poner por escrito en manos del General una enérgica súplica que en términos claros decía así: *Sáqueme S. E. de este insoportable, mísero*

(1) Se decía que Pueirredon y Belgrano pedian á la Corte de España un príncipe para que reinara en América, debiendo ser este el duque de Angulema.

*y humillante estado, al banquillo ó donde S. E. crea conveniente, y por ello me refiero señor á la carta que le escribí de Ambargasta etc.* Un decreto de *por mi orden*, semejante en su modo de partir arbitrario al que hizo desaparecer al desgraciado Borges, me puso á mí en libertad con la pérdida de mi empleo á cargo de permanecer en el ejército en clase de aventurero.

Dejé pasar quince días, y cuando creí oportuno, me presenté al General con un escrito pidiendo mi pase á Mendoza para continuar mis servicios con San Martín en el ejército de los Andes; el General tomó el escrito, lo leyó con presteza entre dientes y sin hacer ninguna demostración de desagrado, rasgó con moderación el escrito de punta á cabo en dos ó tres partes y me volvió la espalda, se acercó á su escritorio y después de un ligero registro, sacó un papel doblado y volviéndose á mí, me dijo: *Esta carta es de Ambargasta y en ella me ha prometido Vd. acompañarme siempre como en la noche de Vilcapugio.* Si, señor, le contesté yo; pero *un aventurero..... Un aventurero* me repuso él, *marchará dentro de breves días con Lamadrid y sus valientes compañeros á una gloriosa empresa y el aventurero luego volverá á ser el capitán Lugones.*

Esta es la razón por qué marché á esa expedición y no tan solamente porque Lamadrid me

hubiese llevado, como él dice en sus observaciones folio 111 y 12 ya citados.

Con la idea seguramente de hacer algo el general Belgrano, después de haberse ocupado mucho tiempo (como él decía) en asuntos de suma importancia respecto de la política como Capitan General de la provincia, formó el plan de hostilizar por la retaguardia en cooperación con el impertérito Güemes (1) que hacia la guerra de bandalaje sobre las provincias de Salta y Jujuy, ocupadas por todo el ejército enemigo á consecuencia de haberlas dejado desamparadas el general Rondeau en su retirada después de la de Sipe-sipe.

Desprendió pues Belgrano desde Tucuman en el mes de Marzo del año 17 una division de 300 hombres, compuesta de las tres armas y de tropa escogida, al mando de su protegido comandante de húsares, Don Gregorio Araoz de Lamadrid que se internó al Perú por los valles de Calchaquí.

Auxiliados en San Carlos con mulas y caballos por el teniente coronel de las milicias de Salta, Don Nicolás Lopez, emprendimos nuestra marcha con direccion al Despoblado por el camino de

(1) No estrañen mis lectores que siempre que nombre á Güemes, le llame impertérito; lo hago porque cuando el Señor Posadas estuvo en el mando de la República, lo declaró impertérito guerrero de la provincia de Salta.

la Poma, y trastornando la cordillera de Acañi descendimos á los campos de la Abra de Queta; aquí variamos de direccion y, dejando á nuestra izquierda el camino del Despoblado, tomamos el rumbo hácia Tupisa.

Anduvimos toda la noche y al amanecer dimos en la posta de los Cangrejos con un piquete de tropa que escoltaba las comunicaciones que traia el correo de Lima para el enemigo situado en Salta y Jujuy, todo quedó en nuestro poder en breves instantes, con la pérdida del valiente oficial D. N. Mendoza comandante de nuestra descubierta, que murió peleando en la obstinada resistencia que hizo la escolta del correo de Lima.

Con este acontecimiento que volaria á noticias del enemigo, era indudable que fuéramos sentidos, como tambien muy probable que se pusieran en alarma todos los puntos adyacentes de Tupisa: en este concepto variamos de direccion otra vez y haciendo un amago á Javi por el camino de Pumahuasi, tomamos un rumbo enteramente opuesto al Despoblado y á Tupisa que quedaban á nuestra espalda, y en la marcha de toda la noche y el dia trastornamos las elevadas cumbres de la cordillera de Tarija y dejando á nuestra derecha el camino real de Cuyambuyú, entramos á el de la quebrada de Tolomosa, y marchando sin parar otra noche y un dia mas, descendimos

como el rayo sobre Tarija por la puerta de Gallinaso.

Tan luego que nos dejamos ver en las alturas inmediatas á la villa, el enemigo salió con toda su fuerza á los suburbios y al reconocer la nuestra, hizo sobre nosotros un falso amago, y se retiró cubriendo sus espaldas con una guerrilla que fué tiroteada por otra de las nuestras hasta las bocacalles; aquí el enemigo parece que hubiese querido presentar batalla, pero el fuego de nuestros dos cañoncitos volantes le obligó á retirarse á la plaza.

Como el enemigo se hubiese totalmente reconcentrado á la plaza bajo su atrincheramiento, los suburbios de la villa quedaron en descubierto y á nuestra disposición en todas direcciones; marchamos de frente sobre ellos, tomamos á nuestro salvo los mejores puntos de ataque, avenidas etc. y permanecemos toda la noche en sitio estrechando cada vez mas el enemigo.

Al otro día por la mañana apareció una fuerza enemiga sobre la Tablada, llamándonos la atención por la espalda. Era un doble escuadrón de caballería con carabineros de á pié que hacían servir de infantería; sin desatender los puntos que teníamos tomados, marchamos sobre ellos con una partida de húsares solamente, cuyo número sería la cuarta parte del enemigo; éste había tomado una posición de la cual no podía

ya moverse y tuvo que esperarnos en ala, colocando un hombre de á pié en medio de dos de á caballo, nuestra partida la arreglamos del modo siguiente: una mitad por la derecha con el ayudante Cainzo, otra de mayor número por el centro con Lamadrid y otra de menos número que las dos precedentes, por la izquierda conmigo: todo esto lo hicimos sobre la marcha al trote, echamos carabina á la espalda sin tirar un tiro, en medio del activo tiroteo del enemigo nos preparamos á la carga y al toque de degüello dimos una, tan uniforme, tan rápida y decisiva que el enemigo no vió mas que el entrevero; murieron mas de cuarenta, y los que trataron de salvar con su comandante llamado Malacabeza, fueron perseguidos por mí el espacio de doce cuabras, y al llegar á cierta altura cuando los fugitivos trepaban á la cumbre de una cuestecilla, oí el toque de reunion y regresé al lugar del combate, con mas de veinte prisioneros que se reunieron á los muchos que tenia Cainzo; con todos ellos regresó Lamadrid al sitio, publicando la victoria obtenida en la Tablada de Tarija á la vista del enemigo, que durante la escena permaneció quieto en la plaza dentro de sus trincheras.

La completa pérdida de esa caballeria en la que el enemigo debió tener alguna esperanza, le obligó á capitular y á las cuatro de la tarde

de ese día puso á nuestra disposición, armas, hombres y plaza, todo quedó en nuestro poder. En obsequio de la verdad séame permitido decir que Lamadrid en todo el curso de su carrera no obtuvo jamás un triunfo tan completo como el de la toma de Tarija.

Belgrano recibió el parte y celebró nuestro triunfo con muchas demostraciones de júbilo y entre los trasportes de su contento y alegría, publicó con aplauso los nombres de los que mas nos habíamos distinguido en esa jornada; acusó recibo del parte, detallando su celebridad en el ejército y la orden general que hacia reconocer en sus grados á los premiados, uno de ellos fui yo: respecto de esta parte secundaria, puede ser que el General hubiese cumplido con su deber; pero en cuanto á lo principal y mas interesante en la guerra, me atrevo á decir que no.

No recoger los frutos de la victoria y aplicarlos á su verdadero objeto, es una falta que irroga incalculables perjuicios á la causa. La mayor desgracia que puede lamentar un estado, es la de que un general no tiene con que pagar la sangre que por omision ó siniestras miras, deja derramar sin fruto. Nuestro General contraído sin duda á ciertos asuntos que se tendrían en vista respecto á las miras políticas del Gobierno Directorial, llegó á desatender la causa principal y como quien deja á discrecion ajena

un negocio de poca entidad, respecto de la suerte de nuestra expedicion y la provincia que acabamos de tomar: todo lo consignó á la escasa capacidad de un jefe valiente y sin pericia que no podia conocer en toda su estension, nuestra posicion en Tarija.

Persistente Belgrano en la inamovilidad de su situacion estacionaria en Tucuman, no tuvo en cuenta la importancia de un hecho de armas tan venturoso y feliz, que arrancando de las manos del enemigo puso en las nuestras toda una provincia, llena de recursos y muy aparente por su local, por lo valioso de su territorio y el carácter de sus habitantes para ser el punto de partida en la guerra hostil; en vista de este hecho y de otros mas, bien se podria asegurar que Belgrano no se ocupaba mucho de los enemigos de la causa comun, por atender á los hombres que se declaraban en oposicion á un gobierno que desde muy temprano dejó traslucir siniestras miras, y Belgrano por cumplir las órdenes supremas, redujo el ejército auxiliador en ejército agresor de los pueblos, convirtiendo las armas consagradas al servicio de la Patria en la guerra de la Independencia y libertad, contra los mismos hijos del país.

Así nuestro General, tal vez de buena intencion, llevando adelante la máxima de ser el primero en dar sumisa obediencia á la autoridad constituida, llegó á ser partícipe de los hechos

de Pueirredon, cuyas tendencias clasificadas de alta traicion, hundieron á la Patria en el caos de fatales acontecimientos.

Lamadrid por su parte, incapaz de graduar la altura en que nos hallábamnos, no pudo comprender que habiendo arribado nuestra espedicioncilla bajo tan felices auspicios hasta el punto de ser dueños de Tarija, habíamos tomado la ofensiva de una manera positiva y que conservándonos allí, hacíamos dos llamamientos igualmente forzosos, que en la contraposicion exigian esfuerzos de parte á parte, por ser un punto interesante para ambos ejércitos. El enemigo en el empeño de recuperar lo perdido en Tarija, obró como debió y nosotros respecto á lo que nos pertenecia, no hicimos mas que dejar Tarija con la misma indiferencia que cuando se trata de desocupar un punto insignificante.

Recomponiendo nuestras armas y refaccionando nuestro pequeño tren volante que consistia en dos piezas de montaña con sus armones, y engrosando considerablemente nuestra fuerza con la reunion de las milicias de Tarija y los prisioneros que tomaron armas en nuestras filas, emprendimos un largo avance con direccion hácia Potosí, dejando Tarija sin guarnicion, entregada á sí misma y sin elementos para su defensa.

Anduvimos mas de ochenta leguas sin que nadie nos hubiese tirado un tiro hasta Vitichi, de

aquí hicimos un amago sobre la guarnición de Potosí y al llegar al Baño de Don Diego, variamos de dirección y tomamos el camino de Chuquisaca, pasamos el puente de Pilco-Mayo hacia media noche sin novedad y al otro día, como á las diez de la mañana, al pasar por Cachi-Mayo, tomamos prisionero todo un escuadrón de caballería sin tirar un tiro; un acontecimiento tan favorable y dichoso como este debió poner en nuestras manos la plaza de Chuquisaca, pero no sucedió así.

En esta jornada y desde que salimos de Tarija, iban á mi cargo las partidas de descubierta ó de guerrillas que es lo mismo, las que yo sabia distribuir en la marcha segun las circunstancias; esta vez iba yo á vanguardia como siempre con mis veinte y cinco carabineros reunidos. Al descender el paso de Cachi-Mayo, á la banda del río en la falda de un cerro bastante elevado, descubrí una fuerza que me pareció que pudiese ser la del coronel Azebei quien debia reunirse con nosotros en cualquier punto de nuestra marcha; hice alto, mandé echar pié á tierra sobre firmes y componer las monturas, mientras yo de á caballo y á la distancia reconocí perfectamente la fuerza; era enemiga: llamé al alférez Gonzalez y díjele en voz baja, *vaya Vd. atrás y avise á Madrid lo que hemos visto, ahí están, es un lucido escuadrón* y partió Gonzalez con el aviso.

Mandé montar á caballo y desfilé á paso regular como quien no ha visto nada; tan luego como llegué á la playa mandé echar pié á tierra, desenfrenar y dar agua, quedando yo á caballo con dos carabineros á prevencion, llegó en esto Gonzalez de vuelta y me dijo en voz baja: *El Coronel á hecho alto y dice que haga Vd. todo empeño en ganarles la retaguardia para que no se escape ninguno, por que estos aguiluchos ya estan en la capacha.*

Mandé montar con pausa y desfilé á paso regular por la ribera del rio aguas arriba, haciendo ver de cuando en cuando cortas variacioncillas, ya á la izquierda ya á la derecha, como quien busca una situacion donde campar; tan luego que creí haber andado la distancia que yo queria para no ser visto, dí un cuarto de conversion sobre la derecha y pasé el rio, al pisar la playa formé por cuatros y dando otra conversion á la derecha, emprendí mi marcha á galope sostenido por la playa del rio, aguas abajo y en breves instantes llegué al paso principal que yo buscaba para cortar la retirada del enemigo; hice alto, dí un cuarto de conversion sobre la izquierda y marché de frente hasta la altura donde desemboca el camino que vá á Chuquisaca, formé batalla al frente cara á retaguardia con doble fondo y cerré completamente la boca del camino: de este modo quedó cortada la retirada del enemigo.

Impaciente ya de haber permanecido largos instantes en esa actitud, sin oír un tiro ni ninguna cosa que pudiera iniciarme lo que se hacía, mandé otra vez al alférez Gonzalez en busca de Madrid, el que regresó luego avisando á gritos que el enemigo se había entregado; en efecto, cuando Madrid llegó á la playa donde yo hice la engañifa de dar agua á los caballos, los enemigos se movieron también cuesta abajo con dirección á la playa donde estaba Madrid, muy ajenos de dar con los insurgentes, y sí, por el contrario muy creídos de que se encontraban con la fuerza que debía venir de Potosí en refuerzo á la de Chuquisaca al mando del coronel Ostría; al llegar á cierta distancia, vacilaron, hicieron alto, reflexionaron un instante, y en los momentos de la duda, tomaron el partido de contramarcha; Madrid que lo advirtió, gritó viva el rey, se adelantó hácia ellos llamándolos con el pañuelo, á esta señal bajaron con confianza y pagaron la chapetonada.

Cuando Madrid pasó el río con su presa y se dirigió al punto donde yo estaba, mandé desfilas mis carabineros con el alférez Gonzalez para franquear el paso y me dirigí al encuentro de Madrid que venía en medio de dos oficiales ricamente uniformados, uno era el Comandante del escuadrón que acababa de entregar sus armas y caballos y otro su ayudante, haciendo una salu-

tacion con la cabeza á los dos personajes de los costados; dirigí la palabra á el del medio. *Sin novedad, Coronel, díjele yo,—Viva la Patria, Capitan, me contestó él;* en este acto el Comandante prisionero advirtió la desfilada de mis carabineros por una ladera que gira sobre un costado del camino, y preguntó con sorpresa: *¿Y qué otra gente es aquella? Esa otra gente, señor, le contesté yo, es la que hacia la guardia de honor á los soldados del Rey cuando ostentaban su lucida formacion en la falda de aquel cerro.* La ocurrencia hizo reir hasta á los mismos prisioneros. Madrid me hizo una seña y apartándonos á un lado, me dijo: *ahora es preciso que marches á trote largo y sin parar hasta el Tejar, donde me esperas sin pasar adelante, cerrarás completamente el paso á la ciudad y si por casualidad se te presenta alguna partida enemiga, no le hagas fuego, chasquéala si puedes, mandándome pronto aviso;* recibí la orden y partí, me reuní con mis carabineros, bajé al camino y marché de frente hasta el Tejar, donde llegué á pocas horas, me situé lo mejor que pude y á mi salvo, por que en todo aquel recinto no habia mas que silencio.

Era ya bastante tarde cuando Madrid llegó á este punto, y mientras la tropa y los caballos tomaban un mediano descanso, se hizo la distribucion de la fuerza conforme al orden en

que debíamos asaltar la ciudad y cuando acabó de anoecer emprendimos nuestra marcha á paso regular en masa y mucho silencio á la ciudad, muy satisfechos de tenerla en nuestras manos; pero nos chasqueamos, y chascos hay en la guerra que por mas que quisiéramos hacerlos pasar por chiste, chascos son de funestas consecuencias.

Hácia las diez ó mas horas de la noche llegamos al Panteon de Chuquisaca, hicimos alto por un largo rato, recorrimos prolijamente todo aquel recinto suburbial, todo estaba en perfecto silencio y sin la menor novedad, la ciudad parecia que se hubiese entregado al sueño de la paz octaviana y el enemigo fuertemente atrincherado en la plaza parecia que dormia tambien con la confianza de aquel que nada teme ó que todo lo ignora; probable es que esto último le hubiese hecho cometer el descuido de no haber destacado en esa noche ni una patrulla por los arrabales.

Pasó el momento de detenernos en investigaciones, reconocimientos y conjeturas y llegó el de maniobrar. Cada division tomó su respectivo rumbo, indicado entre gallos y media noche y el oficial encargado de ese punto de ataque no lo conoce, por no haberlo visto nunca, la luz del dia le hará ver la situacion, el obstáculo y el peligro, y aun cuando la premura del tiempo no diese lugar á la estrategia, el valor lo supe-

rará todo, porque desde Cangrejos, Tarija y Cachi-Mayo lleva consigo la idea de llegar, ver y vencer.

Madrid y yo fuimos los últimos que salimos del Panteon á nuestro rumbo, con un resto de infanteria, una compañía de húsares, las dos piezas de artilleria, todos los prisioneros y mis carabineros y ocupamos Guayapajcha; en la parte mas culminante de esta posicion que domina la ciudad, está situado el convento de recoletos y desde el pórtico de la iglesia arranca una larga, recta y anchurosa calle, que pasando por la portada de la casa presidencial de la Audiencia de Charcas, termina en el pretil de la catedral en la misma esquina de la plaza; tirando la visual desde el punto donde empieza la calle hasta su término, se ven con toda claridad los objetos, hasta las personas que entran y salen á las casas; la cuadra donde está situada la casa presidencial, estaba cortada por una trinchera de pared doble con dos órdenes de troneras y cerrando de pared á pared la calle batia á su frente con la artilleria por las troneras bajas, y por las altas con la fusileria; para tomar esta trinchera era preciso salvar el foso que aseguraba mas su situacion. Esta fué la calle consignada á Madrid y los que estábamos con él; los demás puntos atrincherados se debe suponer que estarian en la misma forma.

Pasamos el resto de la noche en Guayapajcha

sobre el pórtico de la iglesia, y al amanecer, uno de nuestros cañoncitos puso la puntería á la presidencia y disparó; seguramente que este inesperado trueno puso al enemigo en confusa alarma, tiró tambien su cañonazo en la plaza y tocó generala. Madrid, sin otro preámbulo que la salutación de nuestro cañoncito, intimó rendicion, y nuestro parlamentario Don Victorio Llorenti, á pesar de haberse anunciado en la calle con su clarín y bandera, fué rechazado de la trinchera con dos tiros de fusil. Madrid mandó tirar otro cañonazo con la misma puntería que llevó la bala sobre los tejados de la presidencia; y esta fué la señal de una quemazon general de pólvora que hizo duradero por mas de un cuarto de hora un fuego á discrecion, activo y sostenido de parte á parte, los nuestros avanzando á cuerpo descubierto y los otros defendiendo sus puestos apapetados en las trincheras, puertas, ventanas y balcones.

Nuestro avance fué precisamente un asalto que puso al enemigo en conflictos críticos hasta cierto punto; por mi parte puedo asegurar que, tan seguros íbamos del triunfo en cuanto que no habíamos comparado lo inespugnable de los obstáculos que vencer, con lo terrible de nuestro arrojo se puede decir, que no conocimos el miedo hasta que nos rechazaron y dimos vuelta en desordenada fuga. Habíamos corrido tres cuadras cuando se

advertía que nuestra pieza de artillería quedaba abandonada por haber muerto los que la servían. *Dejemos todo menos la pieza*, dijo Madrid, y se dió vuelta; le seguimos yo, el capitán D. N. Mogrobejo, el ayudante Don Rafael Riesco, ocho carabineros míos y otros tantos húsares, compartidos en una y otra vereda nos lanzamos como el rayo á la misma calle, y cuando llegamos cerca de la pieza dieron vuelta los que venían á tomarla y empezó de nuevo en la trinchera el fuego de fusilería correspondido con el que nos hacían de los balcones; digo sin exagerar que hasta entonces no había oído nunca mayor ruido de balas en tan pocos instantes:—de en medio de este inesplicable peligro sacamos la pieza á cincha de caballo y sobre el armon el cadáver del capitán Mogrobejo que cayó muerto en medio de nosotros; salimos á gran galope, recibiendo por la espalda y por la cabeza el fuego que nos hacían de los balcones en despedida, y que á pesar de habernos alejado, este no cesaba, porque de la trinchera seguían haciendo tiros de mampuesta á los heridos nuestros que quedaron tendidos en la calle.

Volvimos á Guayapajcha, nuestra primitiva posición, donde encontramos á los que quedaron en la boca-calle de donde dimos vuelta en busca de la pieza, reunidos á la guardia que dejamos con los prisioneros tomados en Cachimayo. El fuego había cesado, no se oía un tiro en parte ninguna,

en el inter no teníamos una noticia cierta de lo ocurrido á la otra parte del pueblo por donde atacaron las divisiones de Otero, Segovia y Colet; pero no cabía duda de que habíamos sido rechazados en todas partes.

Los ayudantes Riesco, Llorenti y Daza, salieron cada cual con cuatro soldados y un corneta en busca de nuestras divisiones, que la noche anterior habían recibido la orden de reunirse en Guayapajcha en caso de contraste; los ya nombrados comandantes de division hicieron sucesivamente su reunion contando cada cual con la pérdida consiguiente, muertos, heridos y dispersos.

Por mas que nos empeñamos, no fué posible que no se nos desbandara alguna tropa de la que sacamos de Tarija y muy especialmente los prisioneros de la Tablada y los capitulados en la plaza que habian tomado las armas en nuestras filas, la mayor parte de éstos ó casi todos quedaron ocultos en los suburbios de Chuquisaca.

Permanecimos casi todo el dia en Guayapajcha sin que el enemigo hubiera hecho la menor tentativa de salir á buscarnos; parecia, pues, que á este respecto no debíamos tener cuidado momentáneamente; pero que luego el enemigo debía pensar en desalojarnos y antes de esponernos á un espeta-perros tratamos de salir.

El convento de la Recoleta recibió nuestros heridos y tambien los cadáveres que pudimos pre-

sentar á esos religiosos que nos abrieron las puertas de su hospitalaria casa.

Dejando en Guayapajcha el hospital de nuestros heridos y el sepulcro de nuestros muertos, salimos á las tres de la tarde con direccion á Tarabuco por el camino de Ichupampa. Marchamos toda la tarde sin que nadie se hubiese atrevido á hacernos un solo tiro por la espalda.

Hácia las cinco de la tarde llegamos al principio del campo de Ichupampa y al dar con el paso de un pequeño arroyuelo que corre de norte á sud, hicimos alto, se mandó echar pié á tierra, desensillar y dar agua, y mientras que la tropa y los caballos tomaban un rato de descanso, se hizo reconocer el campo hasta una distancia en cuanto lo permitían las cortas horas del dia.

El campo de Ichupampa estendiéndose de norte á sud, lleva sus límites á poblaciones muy distantes; visto desde el punto donde nos hallábamos, hace á uno y otro rumbo abiertos horizontes y de poniente á oriente tiene la distancia de cinco á seis leguas desde el arroyuelo dicho hasta la falda de la sierra que lo separa de Tarabuco. En toda esta longitud despoblada no se veía un solo habitante, ni un transeunte por quien saber algo.

Por mas que nos hubiésemos empeñado á un prolijo exámen, el tiempo no daba lugar para reconocer del todo un campo tan estenso, lleno de ondulaciones que pueden ocultar un rancho, mil

quebradillas ásperas cubiertas de incultas masiegas, y á la vez muchos montones de piedras sueltas de gran tamaño caprichosamente reunidas en un punto, que oponen escabrosidades sobre el camino. Nuestra descubierta se habia adelantado á una distancia mas que regular, pero no podía descubrir las faldas de la sierra que teníamos al frente; sin embargo, mandó el parte sin novedad respecto de lo que habia andado.

Tarabuco es una pequeña pero muy regular poblacion de indios, á la falda opuesta y que mira al naciente de la sierra que ya he nombrado, situado en medio de una anchurosa quebrada que por su buen temperamento, pastos y vertientes, se ofrece con todos los visos de un fructífero valle. Este punto interesante para el enemigo entonces, estaba guarnecido por una compañía de infantería y un piquete de caballería que tenían sus cuarteles dentro de un reducto de pared fuerte, con troneras para el cañon y fusil, asegurando la situacion un foso por la parte exterior; este reducto, de bastante capacidad, situado sobre una alta planicie, dominaba inmediatamente la poblacion: — este es el punto á donde nos dirigíamos con el plan seguramente, de rendir la guarnicion, quitarle al enemigo esos recursos y hacernos al mismo tiempo de armas, municiones y algunos pertrechos que podríamos encontrar en el reducto.

A las ocho mas ó menos de la noche montamos á caballo y proseguimos nuestra marcha por el camino que corta diametralmente el campo de Ichupampa; una division de caballería tomó la cabeza de la columna y le siguió nuestra infantería llevando en su centro la artillería y los prisioneros tomados en Carachimayo, otra division de caballería se colocó á retaguardia, de manera que, en el caso de un despliegue, quedase la infantería cubierta por la caballería en ambos costados.

Yo iba con mis diez y seis carabineros (que ya no tenia mas) á cien pasos adelante de la columna siguiendo la marcha de cuatro batidores que á la distancia de diez ó doce pasos iban delante de mí. Recorriendo Madrid con sus ayudantes la columna, habia pasado á vanguardia y llegó hasta donde yo marchaba, se puso á mi costado y seguimos un largo trecho y cerca de una media hora en conversacion sobre lo fuerte de la plaza de Chuquisaca; pero no así, decíamos, que estaría Tarabuco, porque un reducto que tendría en descubierto todas sus cercanías, pronto nos haría ver todos sus inconvenientes y tambien sus facilidades, que nuestro mayor trabajo sería trastornar la sierra despues de haber atravesado el campo.

No puedo calcular la distancia que habríamos andado en toda la noche; pero sí puedo asegu-

rar que faltarian dos horas poco mas ó menos para que amaneciera: me acuerdo que Madrid calculando esto mismo, me dió la órden de marchar un poco mas, mientras él iba á prevenir que hiciéramos alto, para descansar un poco y esperar el dia; habríamos andado un minuto, cuando advertí que mis batidores volvian á escape.—¿*Qué hay?* díjeles yo; *señor, enemigos*, me contestaron ellos; quise reconocer por mí mismo; dí la voz de al trote y marché de frente.

Al llegar á cierta altura donde se veían á uno y otro lado del camino dos de esos montones de piedra que ya he dicho, por cuyo centro debíamos pasar, recibí una descarga de fusil á quema ropa que, á la manera de un gran relámpago, dejó por un instante iluminada la situacion, mis carabineros volvieron patas arriba sobre nuestra columna y yo tras ellos á gritos repitiendo la voz, alto que no hay nada.

Pude reunirlos y volví sobre la marcha hácia el lugar donde nos hicieron la descarga, y al aproximarme, un grupo de hombres llamó mi atencion hácia la izquierda, dí frente á su costado y mandé fuego y á la carga, ellos me contestaron con una descarga que me pareció de menos número de tropa que la que dió la anterior descarga, una compañía de nuestra infantería que á la sazón se preparaba hácia donde se oyó la segunda descarga, hizo fuego por sobre mí, al

mismo tiempo que se oyó otra descarga por la derecha, y también la contestación que dió otra compañía de infantería nuestra que hizo fuego á ese costado, y muy luego se generalizó un tiroteo que duró poco, pero que fué bastante para completar el desorden.

La caballería que venia á la cabeza de la columna, ofuscada en medio de dos fuegos, volvió caras, compartida á uno y otro costado de la columna y esto contribuyó en mucha parte á la confusión que duró largos momentos. El tropel de esa caballería llamó la atención de nuestra infantería por ambos flancos, y los oficiales mandaban en tono descompasado y á gritos, frente á la izquierda los unos, y los otros á la derecha, ellos son, fuego muchachos, fuego aquí, fuego allí, á la carga, alto, reunirse, formarse, ¿á dónde van? alto aquí, y todos al fin, cual una cosa, cual otra, mandaban á un tiempo. Madrid llamaba por sus nombres á los oficiales de húsares, y estos á su vez le llamaban á él por el suyo; entre tanto, la caballería que ocasionó tanto desorden pudo reunirse á retaguardia. Madrid había hecho dar con las cornetas repetidos toques de silencio y estos fueron secundados por todos los oficiales; cesó el fuego y tras la gritería vino un silencio que ya no fué interrumpido.

Retrocedimos, aunque en desorden, pero en masa, el espacio de seis á ocho cuerdas; hicimos

alto, Madrid hizo dar gritos de viva la Patria, y los toques de diana repetidos por vuestras cornetas servían de llamada á los dispersos.

A una distancia no muy lejana se oían toques de tambor, eran los enemigos que hacían su reunion, porque habiendo entrado tambien ellos en confusion tuvieron su dispersion, y convencidos de que ya no podrían hacer sobre nosotros una concluyente derrota, desistieron la continuacion de los ataques, variaron de direccion á esa misma hora y cortando el campo se dirigieron á Chuquisaca por nuestro flanco izquierdo.

Habiéndose restablecido entre nosotros el orden y sosiego, tratamos de reconocer nuestra situacion y estado. Nos hallábamos, se puede decir, sobre el mismo campo de batalla, pero interrumpidos por un combate que nos trajo considerables pérdidas, contándose entre ellas la mas sensible muerte del valeroso capitan del número 2 de infanteria Don N. Colet; la caballería dispersa casi en su mayor parte, la artillería toda perdida, la infantería se encontraba sin sus bagajes y con la pérdida de algunos muertos y heridos: finalmente, nada podíamos saber con exactitud en esos momentos, y aunque ciertas conjeturas no dejaban de dar pruebas de una esperanza, el contraste era para nosotros en aquellas alturas, de muy funestas consecuencias, moral y físicamente.

Ya se debe entender que en aquellas pocas

horas que faltaban para que amaneciera, nadie podía haber dormido, y aunque en esas circunstancias el instrumento bélico no tuviese á quien arrebatarse el plácido sueño, preciso era dar aquel toque de ordenanza que á tiempo advierte á todos que el que tiene enemigos no debe dormir, siendo de sagrado precepto renunciar el descanso para entregarse de nuevo á las fatigas y peligros que á cada cual por su turno le corresponde en el servicio de la Patria. Un toque general de diana por toda la banda de cornetas á la aproximación del día reanima los espíritus, mientras la aurora derramando gradualmente sus luces sobre aquel desierto campo, pone en claro punto de vista los objetos que nos rodean. El capitán Don Mariano Garcia se encargó de explorar el campo con su compañía de húsares, mientras que los demás en aquel apiñado campamento se ocupaban en arreglar las filas y colocar á cada cual en su respectivo lugar.

Acabó de amanecer y á la completa luz del día, el capitán Garcia encontró á poco andar con algunos muertos y á otro lado desparramadas las mulas de la artillería en un zanjón, y un poco más adelante, vagando aquí y allí, las bestias ensilladas de la infantería: finalmente, Garcia volvió al campamento con la artillería y demás cosas que pudo reunir, tal como las encontró, en más ó menos estado de inutilidad.

Permanecimos la mayor parte de la mañana y hácia las doce poco mas ó menos del dia proseguimos nuestra marcha por el mismo camino con direccion á Tarabuco, atravesamos el campo y á la salida dimos con una hermosa falda que gradualmente descendía de la sierra, llena de pastos y vertientes, hicimos alto antes de entrar el sol, reconocimos la situacion y acampamos; una de nuestras partidas que recorrían las inmediaciones, encontró una majada de ovejas ocultas en una quebrada tras de uno de los recodos de la sierra, á los tres dias despues de la jornada anterior á Cachimayo encendimos fogatas para asar carne: recien aquí, los pocos prisioneros de Cachimayo que aun estaban con nosotros por no haber podido escapar todos en la noche de Ichupampa, tomaron racion.

A las doce poco más ó menos de la noche se tocó á diana y bota silla, una hora despues se adelantó nuestra descubierta sierra arriba, y un poco mas tarde desfiló nuestra columna dejando encendidos los fogones; á las diez de la mañana llegamos á la cumbre y al dar con una espaciosa mesada cubierta de un verde pastillo, hicimos alto, se mandó formar en línea, tomar distancias, echar pié á tierra, desenfrenar y en su lugar descanso.

Desde esa eminencia que domina todas las alturas inmediatas, se ven con claridad los objetos

mas lejanos, puestos allí, alcanzábamos á ver la situacion de Tarabuco y volviendo el rostro sobre lo que dejábamos atrás, veíamos como debajo de nuestras plantas, descubierto en toda su extension el campo de Ichupampa y un poco mas allá la torre de la Recoleta de Chuquisaca que sobresa- lía en Guayapajcha; de este punto es que el enemigo nos observaría la tarde anterior y se resolvió á un encuentro cuyos resultados no supo aprovechar, pues no hizo mas que ponernos en confusion y huir, dejándonos dueños de un campo que él pudo disponer á su antojo sin dar lugar que nos reuniéramos.

Descansamos mas de una hora y seguimos adelante, trastornamos la sierra sin novedad y á las cuatro de la tarde estábamos en Tarabuco. El enemigo abandonó esta posicion dejando intacta la fortificacion en lo material; el reducto estaba vacío, sin mas que un poco de trigo y maiz que el enemigo no pudo llevar y en el pueblo se notaba la falta de la mayor parte de sus habitantes. Exhausto Tarabuco de todo recurso, no ofrecía ningun interes, sin embargo era preciso tamar lo que se encuentra y descansar un poco.

A los tres dias de estar en Tarabuco, despues de concertar un plan que no sabré decir en qué forma, la emprendimos de nuevo sobre Chuquisaca, atravesamos en una noche y un dia la sierra

y el campo de Ichupampa, y dejando á un lado y á la vista la ciudad, nos dirigimos hácia Potosí por sobre Guayapajcha y al llegar al Tejar descubrimos á la distancia una fuerte division con direccion á Chuquisaca; variamos de direccion con rumbo al sud, y pasando por sobre las alturas Yamparaz, tomamos el camino de Ichupampa, rumbo al naciente á Tarabuco otra vez.

Al cabo de dos noches y tres dias de marcha y contramarcha, llegamos á Tarabuco al cerrarse la noche y encontramos á los coroneles Azevey y Fernandez con unos pocos hombres y algunos oficiales que acababan de llegar en busca nuestra; entre estos se presentaron tres oficiales de mas acreditado valor en esas republiquetas (1), el sargento mayor Don N. Rabelo, el teniente Don Alejandro Romero, ambos hijos de Buenos Aires, y el alferez Albarracin hijo de Córdoba que habian andado mucho tiempo por esos destinos haciendo la guerra de republiqueta

A las cuatro de la tarde del siguiente dia, el enemigo picándonos la retaguardia se dejó ver en persecucion nuestra; dejamos á Tarabuco mas pronto de lo que pensábamos y tomamos el camino de Pomabamba con direccion á Tarija; nuestra marcha no pudo ser la de una retirada

(1) Republiquetas llamábamos nosotros á toda gente que hacía la guerra al enemigo con absoluta independencia del ejército.

sostenida al frente del enemigo que caminaba sin parar en alcance nuestro.

Tan apuradas fueron nuestras circunstancias que no tuvimos tiempo para medir distancias, pero ni jornada, nada podimos hacer: finalmente diré, que huíamos en aquel desórden que precisamente ocasionan los apuros.

Creíamos que el enemigo acampase por la noche en Tarabuco, pero vimos que sus descubiertas tomaron nuestro rumbo y para que Madrid tuviera tiempo de ganar terreno con la columna en retirada, era preciso entretener al enemigo con guerrillas que lo contuviesen un poco; hicimos pues el aparato, ó mejor diré, quisimos fingir de sostenernos sobre las alturas que dominan Tarabuco á la parte del poniente, y destacamos tres guerrillas como destinadas en defensa de una posicion que íbamos á sostener.

El alférez Albarracin con seis hombres por la derecha, el teniente Romano por la izquierda con otros tantos, y yo por el centro con muy pocos carabineros:—la luna estaba en sus primeras crecientes y á la mediana claridad de sus reflejos sostuvimos un tiroteo hasta las siete poco mas ó menos de la noche; el enemigo entendió que esto no podia ser mas que un entretenimiento y forzó el punto de una manera resuelta, y yo que debía contentarme con haber hecho lo preciso para que nuestra columna ganara terreno, toqué retirada al

trote altura arriba, y al llegar á la cumbre de la sierra que debíamos trastornar, dejé á Albarracin con sus hombres en observacion por dos horas y proseguí sierra abajo.

Cuando dí alcance á Madrid, nuestra columna habia trastornado la sierra y entraba á una quebrada muy estrecha, llena de fragosidades, agua y obstáculos que por instantes nos obligaban á dar cuartos de conversion, ya á la izquierda, ya á la derecha; anduvimos toda la noche con gran trabajo sin haber adelantado mas que dos ó tres leguas; al venir el dia quisimos hacer alto, pero llegó Albarracin con la noticia de que el enemigo venía en marcha, anduvimos una legua mas y al fin en un campichuelo que á la manera de una espaciosa planicie se presenta á la salida de la quebrada, hicimos alto y echamos pié á tierra y en la posicion de en su lugar descanso esperamos el dia.

Tan luego como amaneció montamos á caballo y colocando á vanguardia, cargas, artillería, caballos cansados, mulas despeadas y finalmente todo cuanto podía sernos embarazoso en el centro de la columna, desfilamos cubriendo la retaguardia con la tropa mas bien montada, municionada y mas bien dispuesta. Aquí quedó Albarracin otra vez con su partida de observacion.

Anduvimos todo el dia sin parar, apurando nuestra marcha hasta el cansancio, por una que-

brada bastante anchurosa llena de agua y pastos de que no podíamos hacer uso á pesar de la necesidad; á la entrada del sol hicimos alto por un cuarto de hora, arreglamos de nuevo la columna y el órden de la marcha. Tan luego de haber anochecido desfilamos y á poco andar salimos á un campichuelo que sin duda al mismo tiempo que servía de término á una quebrada, era el principio de otra que, á medida que marchábamos, descubría cada vez mas su irregularidad, tortuosidades, saltos, aberturas, estrechuras, etc.,—en cada uno de estos se desorganizaba la columna y hacíamos alto por instantes, mitades que se cortaban descabezando unas á la izquierda y otras á la derecha. algunas hacían su marcha circular sobre un mismo punto, creidos de que las hileras de la cabeza iban con las de la retaguardia de la mitad precedente. En esta silenciosa confusion parecía que todo se hubiese rendido al sueño y cansancio y finalmente debo decir, que llegó para todos el caso de un cierto abandono y rendimiento, hasta el extremo de no hacer caso de ser tomados por el enemigo con tal de dormir un rato.

Madrid sentía la misma necesidad, el mismo vencimiento, y se vió obligado á permitir que la tropa durmiera un momento á su discrecion, cada cual en el lugar donde pudiese echar pié á tierra, porque la estrechura no daba lugar donde formar.

Con este breve pero oportuno descanso, se puede decir que nuestra tropa cobró alientos, y cuando los albores del día entreclareaban la honda y estrecha quebrada, montamos á caballo. A medida que marchábamos, la quebrada descubría las preciosas formas del principio de una bella situación, por instantes se presentaban verdorosas praderillas situadas á uno y otro costado de la quebrada que gradualmente iba ensanchando, y hácia su término se veía una altura medianamente perceptible que parecía ser base de una gran meseta que tuviéramos que subir; en efecto, llegamos á ella y descubrimos un hermoso campo cubierto de verdes que abriéndose á todas direcciones en figura circular, se limita al pié de largas cuchillas que sirven de gradería á las serranías que en distancia lo rodean, y que al fin de una marcha penosa, deja ver por entero su preciosura bajo los luminosos reflejos de un sol naciente que completa la bella perspectiva del lugar y del hermoso día:—era Sopachuy que brindando generoso á la bestia rendida un pienso, al fatigado guerrero un descanso,—va á servir luego de sepulcro á las víctimas del fusil y de la espada.

A la vega derecha del arroyo que corta de noroeste á naciente el campo, se advierte un grande recodo en forma de pradera semi-circular por una corriente que da todos los visos de una

situacion análoga á las circunstancias. Este es el lugar que á primer golpe de vista se señala para el descanso momentáneo de nuestra fatigada tropa; se dá la órden, y cual con mayor ánsia y brevedad, los capitanes sitúan sus compañías en el terreno que les toca por distribucion, se desensilla, se desapareja, se botan al suelo las cargas de artillería y municiones, se manejan las bestias y por último todo viene á parar á un descanso parecido al abandono.

Tres cuadras distante del campamento, se veía una casa sobre un plan poco apartado y en punto mas bajo que las cuchillas situadas al oeste, allí es donde se dirigió Madrid conmigo y el ayudante Riesco con dos ordenanzas suyos y otros dos nuestros y el sargento Jaramillo con cuatro soldados, con la idea de despachar un propio con comunicaciones á Belgrano; dejando á mis pocos carabineros situados á la salida del campamento y no muy distante de la casa, seguí con Madrid.

Llegamos á la casa, estaba sola, porque los dueños se fueron quien sabe donde, desensillamos y dimos á las bestias cebada en rama que encontramos en la pesebrera; Riesco volvió al campamento á ver si la partida que salió en busca de carne habría traído algo y Madrid tomó los avíos de escribir y se acomodó en una mesa sin carpeta y dió principio á escribir un parte.

Madrid en aquellos afligentes momentos, con la pluma en la mano, el papel por delante y la pesada vendá del sueño en los ojos, interrumpiendo por instantes el curso de su tropezante pluma, sonambulizaba — mas de cuatro días y sus noches hacía que no habíamos tenido un descanso de dos horas completas.

Recostado sobre un catre desnudo, haciendo cabecera del poncho, reposaba yo sin poder reconciliar del todo un sueño que cada vez que venía con toda la fuerza de sus reacciones lo repelía la debilidad; tres días hacía ya que no tomábamos cosa caliente, y en una de esas veces que llegué á entreabrir los pesados párpados, ví que Madrid dormido, clavaba la frente sobre el papel; me paré de golpe, hice ruido y Madrid alzó la cabeza, *¿qué hay?* me preguntó, *¿dormiais?* díjele yo, *estoy escribiendo* dijo, refregándose las manos. *¿Si nos mandará Riesco un poco de carne?* *Puedes hacer ver si han carneado,* me dijo, y continuó escribiendo, y con esta idea me dirigí á la pesebrera. El sargento y los soldados sirviendo de cabecera el uno al otro, dormían á los piés de los caballos que formados en círculo devoraban un montoncillo de cebada, y á un lado, tendido de espaldas con los brazos abiertos, empapado en la meada de los caballos, dormía profundamente mi ordenanza; contemplé un momento sobre el estado del hombre ren-

dido al irresistible poderío del sueño y el cansancio, y sin mandar al campamento, volví como maquinalmente al cuarto donde estaba Madrid. *Con este parte mandaremos á ..* no acabó la palabra, cuando un sorprendente ruido nos dejó poco menos que estupefactos.

A las diez de la mañana el enemigo saludó á Sopachuy con simultáneas descargas que puso nuestro campo en completa confusion. Cual con armas, cual sin ellas, unos á pié y otros á caballo, corren aturridos aquí y allá; se encuentran, se ven, y el semblante del uno asusta mas al otro, ofuscados cada vez mas se perturban, se acobardan del todo y huyen. Los jefes y oficiales no pudiendo contener el desórden consiguiente á la sorpresa y cediendo á la vez al torrente de una multitud que se desbanda asustada, huyen tambien, abandonando artillería, y cargas, municiones, y algunos valientes compañeros que quedan atrás individualmente peleando.

Entre tanto Madrid con los únicos nueve hombres que estábamos con él, monta á caballo, sale de la casa y desde la altura vé delante de sí la escena mas dolorosa para él y para todos nosotros.

El enemigo, habiendo el dia anterior tomado un camino mas derecho, llega á pocas horas despues de nosotros y por la parte opuesta se lanza sobre nuestro campamento y bajo del humo se

apodera de todo. Descendimos como el rayo al medio de la escena y en la mitad del camino encontramos al capitán Don Manuel Caínzo y tras él al ayudante Riesco que al través de las descargas venían en busca de Madrid con cuatro soldados y un corneta. Seguimos con ellos hasta dar con el lugar donde dejé mis carabineros, se nos reunieron seis; nuestra partida llegó en este apurado instante al número de veinte hombres de tropa, un corneta y cuatro oficiales incluso Madrid. Costeamos al gran galope la margen izquierda del arroyo para entrar al camino, cuando una compañía de infantería corría á ganarnos el paso principal del arroyo; amagamos una carga y la infantería hizo alto en ademán de recibirnos á bayoneta calada, variamos por el paso; esta infantería nos hizo una descarga por la espalda á tiempo que un piquete de caballería nos amagó por la derecha, dimos una carga sobre él y lo rechazamos, una guerrilla de infantería se avanzó sobre nosotros por la izquierda, la cargamos de una manera resuelta y como á la desesperada, la guerrilla formó en grupo y nos envió una rociada, hicimos una variación bajo del humo al escape y entramos al camino real. Algunas partidas enemigas de á caballo y á pié nos habían tomado la delantera por ambos costados, amagando sobre ellas repetidas cargas, ya á la derecha ya á la izquierda, anduvimos el

espacio de cinco á seis cuadras sufriendo un fuego á quema ropa ya por la espalda, ya por los flancos.

A la salida del campo se encuentra la separacion de dos cuchillas que le dan abierta desembocadura á la quebrada por donde se vá á Pomabamba, aquí encontramos al capitán Garcia con mas de veinte hombres, algunos oficiales y los cornetas, hicimos alto en una posicion que medianamente nos favorecía y formamos en ademan de empeñar un combate, los que nos perseguían, en número mayor al nuestro, hicieron alto tambien y á pié firme fué sostenido de parte á parte un fuego de guerrilla por largo rato; entretanto nuestros cornetas tocaban discrecionalmente, á fuego, á degüello y luego dianas, repitiendo sin cesar los mismos toques durante el tiroteo. Cuando espontáneamente cesó el divertido cambio de balas, se oyó en el campo enemigo el toque de reunion y un cañonazo disparado con una de las piezas que nos tomaron, fué la señal de nuestro último adios, ambos combatientes nos dimos la espalda á un tiempo, ellos á su campo y nosotros al rumbo de nuestra última retirada.

He dicho, *último adios, última retirada*, porque es verdad que en el Perú esta fué la última vez que se vieron estos dos hechos de armas, siendo en Sopachuy la última derrota que sufrieron los

del ejército auxiliador, porque despues de ésta no volvieron mas en busca del enemigo.

Hé aquí una gloria para Madrid y tambien para mí; fuimos los primeros entre los que por primera vez tomaron las armas en la guerra de nuestra independencia y los últimos en dejar de pelear con el enemigo: bien puede ser este hecho efecto de una casualidad que los sucesos traen en la guerra; pero ser el primero en llevarla y el último en dejarla, es una honra para quien como nosotros puede blasonarla.

Cuando salimos de Sopachuy despues de todo lo referido, lo hicimos en formacion de á dos de frente y á paso regular, dejando en esas alturas dos hombres de los mas bien montados en observacion por dos horas, entre tanto nuestros cornetas turnándose de dos en dos tocaban llamadas y marchas; los pobres cornetas tocaron en ese dia como nunca y hasta mas no poder.

Eran las tres de la tarde y habíamos andado otras tantas leguas, cuando se nos presentó un lugar aunque de distinta forma con iguales atractivos que Sopachuy; á la repentina aparicion de este precioso lugarejo, nuestros cornetas tocaron voluntariamente una diana, — hácia los conmedios de la larga quebrada por donde emprendimos nuestra retirada, en un mediano escampado que caprichosamente se abre á uno y otro lado del camino se veia sobresalir el templito de Tar-

bita, situado sobre una regular mesada por cuya inmediacion corre un abundante arroyuelo, dejando á ambos lados de sus márgenes, pequeñas praderitas cubiertas de verde y crecido pasto; en derredor del templito se veian tres ó cuatro ranchos, cuyos dueños muy poco antes habíanse remontado á la sierra, al terror del estrepitoso ruido de Sopachuy y el de algunos derrotados que habían pasado por allí. En el pretil del templito se veían dos vacas lecheras con sus terneros que al amor de pequeño gramillalito ganaron sagrado; no fué posible en aquellas circunstancias respetar tan sagradas garantías, no les valió tener iglesia y murieron las pobres vacas al imperio de la necesidad.

Hicimos alto en Tarbita y ocupando la praderilla mas inmediata al templito y al arroyuelo, dimos frente á la izquierda con todo el aire militar y tomando distancia de filas echamos pié á tierra con todos los tiempos de la táctica, dejando cuatro hombres, de los mas bien montados, á la preventiva: desensillamós al compás del toque de botasilla, se aseguraron los caballos y muy luego se procedió á carnear: solo en ésto no se observaron formalidades de ordenanza ni tiempos de táctica, cada cual asó y comió lo mas pronto que pudo.

El sol estaba ya muy inclinado al acaso cuando se tocó á ensillar, formar y marchar.

Anduvimos toda la noche tomando algunos ratos de descanso y al siguiente día llegamos á Pomabamba, aquí se nos reunieron algunos oficiales con algo mas de treinta hombres.

Seguimos adelante, marchamos toda la noche y al día siguiente llegamos á la Loma á puestas de sol, hicimos alto por toda la noche para dar un descanso á los caballos y á la tropa, aquí encontramos cuarenta y mas hombres de tropa con los oficiales derrotados y entre ellos á los coroneles Azevey y Fernandez.

Aquí se puso en ejecucion la órden de prision contra algunos oficiales acusados de haber sido los primeros en abandonar el campo en los momentos de la sorpresa de Sopachuy, que Madrid los remitió á disposicion del General tan luego que llegamos á Tarija.

Con los reunidos en Pomabamba y en la Loma pasamos lista de ciento y pico de hombres, con ellos tomamos la direccion á Tarija, y al llegar á Pilaya dimos encuentro á una fuerte division enemiga que venía á cortarnos ; en efecto, cuando la descubrimos, ocupaba la encrucijada del camino, ellos tambien nos vieron, y seguramente creyeron atraparnos y como quien no hacía nada empezaban á formar.

Aquí fué preciso resolverse á tomar de dos partidos uno, á contramarchar ó á forzar el punto ; para esto último ya no teníamos garras, la des-

igualdad era de un ciento por mil... y si contra-marchábamos tendríamos que hacer una marcha circular de nueve á diez leguas, dando lugar que el enemigo llegara veinte y cuatro horas primero que nosotros; nos resolvimos, pues, á hacer un falso amago sobre el enemigo y fué como sigue: Hicimos ver al frente una partida sobre una mesada, cuya altura parecía igual á la que ocupaba el enemigo; fijó su atencion en ella y se disponía á guerrillarla; en este intermedio, nuestra tropa se deslizó en desfilada por la parte de la falda mas alta y cubierta de matorrales del cerro de Pilaya y en breves instantes descendió con presteza al camino real por frente del enemigo. Cuando éste advirtió el chasco, estábamos media legua adelante; quiso impedirnos el paso, pero era ya tarde, lo que hizo emplear algunos tiros sobre nuestra partida que ya quedaba cortada: ésta á su vez hizo su retirada hasta cierta distancia y variando luego de direccion á rumbo opuesto, se retiró por la retaguardia del enemigo y se reunió con nosotros al otro dia.

Anduvimos todo ese dia, una noche y otro dia mas sin parar hasta Tarija.

Llegamos deshechos, exhaustos de fatiga, sueño, cansancio y desnudez, poco menos que á pié, sin poder ocultar nuestro estado tan sensible para los patriotas que nos vieron llegar así, en lugar de la division auxiliar prometida desde Tu-

cuman, que debía venir en reemplazo nuestro cuando pasamos y que se cansaron de esperar (1), pasando muchos dias y noches en continuas alarmas, haciendo servicio militar los vecinos comprometidos á la causa de la Patria. No estaba en nuestras manos el remedio de este mal.

La conservacion de la provincia que habíamos tomado á costa de tanto riesgo, atravesando por mil puntos guarnecidos, corría al cargo y responsabilidad de otro; si al seguir adelante no la abandonamos porque otros debían asegurar el punto conquistado para la Patria, al seguir para atrás tenemos la precision de abandonarla, porque en nuestro actual estado no podemos hacer pié en parte ninguna. Sin embargo, Madrid promete á los vecinos no salir del territorio, que Belgrano nos reforzaría, que nos mandaría recursos para hacer la guerra de hostilizacion hasta el arribo del ejército dispuesto á marchar al Perú.

Por mas que el enemigo apuró sus marchas, no pudo llegar sino dos dias despues que nosotros; eran las tres de la tarde cuando se dejó ver en las alturas del norte que dominan los suburbios de la villa. Nuestra tropa salió con Madrid en retirada por los suburbios del sud, rumbo al poniente, y al llegar á cierta altura

(1) En esas circunstancias el general Belgrano hizo marchar una division con destino á Tarija hasta el Yeso, y luego la mandó regresar quien sabe por qué.

contramarchó, y costeando la márgen derecha del rio, tomó la direccion al naciente para luego tomar otra.

Yo quedé con diez hombres de los mas bien montados en observacion sobre los altos de la puerta de Gallinaso. El enemigo entraba á la plaza cuando Madrid variando de direccion al sud y atravesando el campo de la Tablada entraba al camino de Patcayá: aquí dejó ocho hombres con el teniente Romano para que auxiliara en caso preciso.

Mientras el enemigo tomaba posesion de la plaza, dejaban ver sus altos penachos en el morrion, veinte y cinco dragones de Fernando VII que salían bien montados á explorar los suburbios; bajaron á la plaza y tan luego que me vieron bajar tambien al encuentro suyo, se prepararon á la carga, hice mis escaramuzas, tiré unos cuantos tiros y me retiré como dando lugar á que me siguieran.

A poco andar se me reunió Romano, hice alto, los contuve un poco; tentado estuve de dar una carga, pero advertí que llegaban otros veinte y cinco mas de Fernandinos, hice otra escaramuza y me retiré á galope sostenido; al llegar á la Tablada se me reunió Albarracin con otros ocho hombres y con este refuercillo mas, ya mi partida era de cargar con confianza á 50 Fernandinos, hice alto y los esperé.

Tambien ellos hicieron alto, los provoqué al combate, variaron de direccion á la derecha al gran galope y tomaron una altura plana que dominaba mi situacion, la primera fila echó pié á tierra y se ocupó en hacerme tiros de lejos; yo tambien hice mi variacion, desfilé por la izquierda al galope y tomé otra altura que dominaba la suya, eché pié á tierra y mandé hacer fuego.

Montaron á caballo, yo tambien mandé montar y los provoqué de nuevo al combate, se hicieron los desentendidos y desfilaron á su primitiva posicion; yo hice lo mismo y volví á tomar la posicion que antes tuve. Aquí les hice una invitacion mas insinuante, pero conocieron que yo quería que ellos cargaran primero para rechazarlos y acuchillarlos por la espalda.

Volvieron á desfilar ya no á la derecha sino á la izquierda, y apoyaron su costado en un cerquito de ramas; yo á mi vez desfilé tambien, buscando la posicion de hallarme siempre frente á frente con ellos porque no me agradaba verlos á mi costado. En estas maniobras y contramaniobras, sin atrevernos ninguno á dar la primera carga, nos tomó la noche, desfilaron á mi vista en retirada como dando lugar á que los siguiera, pero yo dispuesto á no hacerles el gusto emprendí tambien la mia.

Cuando dí alcance á Madrid, habían andado dos leguas y hecho alto en la boca de la que

brada de Patcayá, el mismo lugar donde poco antes hicimos nuestro preparativo para asaltar una plaza atrincherada, cuya guarnicion rendimos; nos entusiasamos bastante con esta idea, echamos nuestros alegres cálculos y con la resolucion de batir cualquier division que el enemigo se atreviese á desprender de su columna, aseguramos bien nuestros caballos cien pasos á retaguardia y tomamos las dos alturas que dominan á uno y otro lado la boca de la quebrada, pasamos la noche sobre las armas alternando en la vigilancia en turno por mitades, esperando que con el dia se reservara alguna fuerza para batirla.

Amaneció y no había novedad, tomamos nuestros caballos y eligiendo mejor situacion á corta distancia de donde pasamos la noche, hicimos campamento con ánimo de estar allí todo el dia ó mas tiempo, segun las circunstancias, acomodáronse bien nuestros caballos desensillados y maneados, despues que creímos haber asegurado nuestra situacion, se mandó una partida al cargo de un oficial en busca de reses para carnear.

Así á las diez ú once de la mañana nuestras descubiertas dieron parte de que el enemigo se dirigía sobre nosotros con toda su fuerza en masa, se mandó ensillar, formar y marchar; aquí volví á quedar con la partida de observacion, desfilaba nuestra tropa cuando la vanguardia enemiga asomó, me retiré al frente de ella haciendo de

vez en cuando escaramuzas que me parecían del caso, seguí mucho tiempo sin apuros y aun con cierta confianza y desprecio que hubo de pesarme luego.

Habríamos andado como dos leguas y al salir á una altura de donde se puede ver todo el local del pueblo de Patcayá, ví que nuestra columna llegaba recién; en esos momentos la vanguardia enemiga apuraba su marcha, haciéndome por la espalda un fuego de guerrilla poco menos que á quema ropa, pensé en que luego podríamos vernos obligados á una acción forzosa, creí preciso contenerlos un momento en ese punto y empeñé un tiroteo á pié firme que duró mas de tres minutos.

La partida con quien me tiroteaba fué reforzada mas de una vez y con duplicado número de fuerza hizo sobre mí un empuje, y yo cediendo á la cuatriplicada desigualdad volví cara, en esos momentos se oyó una voz entre la columna, que el enemigo me había tomado, ó que iba á tomarme; al oír esta voz Madrid cortó de la columna ocho ó diez hombres y volvió á carrera con ellos en busca mia: en este intervalo los enemigos me habían tomado dos ó tres hombres y muerto al distinguido Colet, (hermano de aquel capitán que murió en Ichupampa) la caballería que me persiguió avanzó tanto que ya medía los golpes de sable sobre mí cuando Madrid me dió encuentro. Con

este refuerzo hicimos alto, dimos frente á retaguardia y en seguida una carga tan decisiva como brusca que el enemigo se sorprendió y volvió caras; aquí perdieron dos ó tres hombres, los acuchillamos hasta cerca de su columna donde hicieron alto y reforzados volvieron sobre nosotros y nos hicieron dar vuelta hasta el lugar donde estaba el cadáver de Colet; aquí hicimos alto, volvimos á dar frente y cargar, el enemigo dió vuelta y nosotros quedamos parados.

El enemigo había hecho alto con toda su fuerza á tomar medidas con concepto á un formal combate que creía tener, y mientras que daba sus disposiciones relativas, nosotros muy disimuladamente hacíamos retirar nuestros soldados, de á cuatro, de á seis y ocho llevándose el cadáver de Colet, hasta que quedamos puros oficiales con Madrid, y tan luego que creímos que se habían retirado lo bastante, salimos al escape, dímosles alcance en el pueblo y depositando el cadáver en el pórtico de la iglesia, salimos al trote y galope.

Nuestra columna había andado mas de media legua, le dimos alcance al tiempo que trastornaba una regular cuestecilla desde la cual se podía ver hasta mas allá del pueblo, hicimos alto, formamos y echamos pié á tierra, dimos tres ó cuatro gritos de viva la Patria; nuestros cornetas tocaban dianas, marchas, ataques, degüellos y se tocó cuanto voluntariamente querían tocar.

Entre tanto el enemigo marchó muy despacio al pueblo, llegó y se situó á la vista nuestra. Permanecimos hasta las ocho ó mas horas de la noche y dejando mas de cincuenta fogones encendidos, emprendimos nuestro camino sin parar hasta el campo de los Toldos. Llegamos al segundo dia sin novedad y nos situamos al fin del campo que debe tener dos leguas de longitud de norte á sud, en las mismas juntas de los rios Tarija, San Juan, Suypacha, Patcayá, Tolomosa y otros mas que forman el origen del Rio Bermejo.

El campo de los Toldos, llamado tambien el de Bermejo y últimamente *el campo de Madrid*, está en medio de dos elevadísimas sierras llamadas las cordilleras de Tarija, que se ven la una al poniente y la otra al naciente; tras de éstas habitan los indios de las misiones del Baritú, y al otro lado de la del poniente que es la que divide las provincias de Jujuy y Tarija, están las poblaciones de Yaví, Iruyá, San Andrés, y Santa Victoria; el rio que sale de este campo, originario de las juntas de los rios dichos, es el que se llama Bermejo y sirve de divisor á Tarija y el Orán.

El enemigo se retiró de Patcayá y se mantenía quieto en la Villa, contento con tener á su disposición la campaña del norte y una parte del naciente.

Nosotros ocupábamos el sud muy dispuestos á no dejar nuestra posicion hasta el arribo del ejército ; con esta idea aseguramos nuestro campamento, caballos y demás recursos para nuestra subsistencia, mientras llegaban los auxilios pedidos á Tucuman. En muy breves dias tuvimos hasta ranchos cómodos para vivir, trabajados por nosotros mismos, y abrimos comunicacion con Orán y con los indios del Baritú para contar con ellos en un caso de retirada.

Nuestros soldados trabajaban en todos los ratos que quedaban desocupados despues de los ejercicios de mañana y tarde. Tomaban racion cada veinte y cuatro horas y muy rara vez hubo falta en esto. Los oficiales tenían tambien sus ocupaciones en el campamento, turnándose en los quehaceres, y yo me había hecho cargo de la academia de cabos y sargentos por la noche despues de la primera lista.

Mucho tiempo se había pasado sin que hubiésemos hecho una cosa que pudiera significar algo respecto de la guerra ; ocupábamos un ángulo del territorio de Tarija es verdad ; pero de una manera insignificante, y por lo mismo el enemigo no se empeñaba en batirnos : finalmente nada mas hicimos que perder tiempo, y yo mas que ninguno sentía perder el mio.

Las comunicaciones particulares que recibíamos de Tucuman, venían de acuerdo todas en confir-

mar las ningunas miras que tenía Belgrano de hacer marchar el ejército al Perú; entre tanto, nosotros permanecíamos en un punto que no llamaba mucho la atención del enemigo, haciendo inútiles sacrificios.

En el campo de los Toldos formé un día la resolución de ir á incorporarme al ejército de los Andes; ocultando á Madrid este pensamiento, solo le manifesté la necesidad que tenía de volver á Tucuman. Mucho parece que sintió mi separacion de la division de su mando, así me lo dió á entender pero no pudo menos que convenir en las razones que me obligaban, agregando tambien que nadie podría informar mejor que yo al General, respecto de nuestro estado en Toldos y la situacion del enemigo en Tarija.

Tomé las comunicaciones que Madrid me dió para el General, con cargo de hacer allí una verbal esplicacion de lo que ellos contenían y salí de Toldos, acompañado de un sargento que habiéndose pasado á nuestras filas, queria presentarse y conocer á Belgrano, un general tan nombrado (como decía el sargento) á quien esperaban con ansias en Arequipa y el Cuzco; este sargento era peruano, de la Provincia de Chuacito y se pasó á nosotros en los días que el enemigo estuvo en Patcayá.

Trastorné la sierra y pasando por Iruyá y San Andrés, llegué á Humahuaca, donde fuí recibido

con las atenciones que podía merecer un oficial tan conocido como yo en esos lugares, donde puedo decir que me crié haciendo la guerra. Los obsequios que me hicieron, correspondieron á la alegría que tuvieron de verme. El Juez Pedaneo y comandante principal del partido Don Justo Pastor, el valiente capitán Arias, el ayudante Telles y otros se quejaban mucho de verse desatendidos, respecto á la guerra hostil que que por esa parte hacían ellos; *mucho se ha olvidado de nosotros nuestro querido Belgrano despues de habernos prometido tanto, decían.* En Jujuy y Salta, no eran menos las quejas de los patriotas que ya estaban cansados de esperar al ejército.

Tomé la posta en Humahuaca, pasé por Jujuy y llegué á Salta. Güemes me recibió con aquella deferencia que no podía ser menos, me conocía bastante y yo le merecía un particular aprecio, hizo venir música para felicitarme, elogió públicamente á Madrid y sus oficiales, con todos los arranques de su carácter generoso y entusiasta, apuraba una copa de coñac en honor de Madrid, de Lugones y de todos los valientes que rindieron la plaza de Tarija, y entre los trasportes del entusiasmo con que brindaba, se quejó públicamente de Belgrano, estacionado con el ejército en Tucuman. «*Yo solo (decía) en mas de ocho meses me he visto espuesto á caer en las manos*

*de los pícaros godos, pero mis gauchos han peleado hasta echar la tela y pelearán hasta acabar con el enemigo.* Quiso detenerme veinte y cuatro horas para regalarme un vestido; yo lo rehusé, haciéndole entender el interés que tenía de presentarme á Belgrano en ese estado de desnudez: convino en ello, y al tiempo de despedirme me puso en la mano dos onzas envueltas en un papelito.

A los once dias de haber salido del campo de los Toldos volví á ver Tucuman, llegué á los suburbios al fin de la tarde, y en los altos llamados de Doña Petronita Cosio, esperé que acabara de anoecer para atravesar la ciudad; á las siete poco mas ó menos de la noche llegué al Cuartel general. Belgrano estaba dispuesto á subir en la volanta, tenía que presentarse á esa hora en casa del señor Garmendia para atestiguar y patrocinar un acto de suma importancia para los interesados y tambien para Belgrano, por razones que estaban de acuerdo con sus intereses privados; los tenientes coroneles Don Francisco Pintos y Don Gerónimo Helguera se desposaban esa noche con dos hermanas, Doña Luisa y Doña Crisanta Garmendia, y Belgrano fué el padrino.

Recibió el General las comunicaciones que le entregué; *á mi vuelta me impondré de ellas*, dijo, y advirtiéndome que volviera á la mañana si-

guiente, subió á la volanta, y yo recomendando al sargento que iba conmigo al oficial de guardia y al capitan Villegas, me retiré.

· Cuando al otro día por la mañana me preparaba para ir al Cuartel general, vino á mi alojamiento el ayudante Vera en busca mia, de órden del General; partimos juntos y me presenté á S. E. que á la sazón repasaba la lectura de las comunicaciones de Madrid.

Estuve con él mas de una hora y quedó satisfecho sobre todo lo que me averiguó con repetidas interrogaciones, hasta que al fin me dijo:— *Pues bien, habia ya dispuesto que Madrid regresase, y hoy mismo voy á repetir para que lo haga, sin esperar mas órdenes ni pedir mas esplicaciones. Entre tanto, Vd. retirese á descansar hasta segunda órden.*

Llamó al mayor Baquera, ayudante secretario, para que escribiera una órden á la comisaria que se daten cien pesos á buena cuenta al capitan Lugones, el General firmó la órden y por su propia mano me la entregó.

Una data de cien pesos á buena cuenta á un oficial en aquel tiempo, importaba nada menos que una muy justa deferencia y consideracion á los merecimientos del que la obtenía; quise reconocer la disposicion del General respecto de mí, en eso de la deferencia, y me atreví á usar de una confianza: *Muchas gracias, mi General,*

*por la órden que me data una cantidad que es mayor á la buena cuenta de un capitan.—Esa cantidad, me dijo, tal vez no corresponda á quien merece mucho mas, pero la Patria está pobre y Vd., como todos, está obligado á conformarse con lo poco que ella le dá, como con el empleo que ejerce; lleve Vd. esos pocos reales para vestirse y... entonces se acordó que en el almacén del ejército había paños y algunas cosas con que vestir oficiales; llamó nuevamente á Baquera y me hizo dar una órden para que se me entregase el paño necesario para dos vestuarios, uno de diario y otro de parada, seis camisas, tres blancas y tres de color, dos corbatas de charol y seis pares de medias.*

Se habían pasado quince días ya, los suficientes para haberme preparado, y cuando creí oportuno me presenté al General con un escrito, que lo admitió y empezó por leerlo con calma, volviendo la vista de vez en cuando hácia mí, y cuando al final del acápite que decía: *Por todo lo que justamente llevo aducido se ha de servir S. E. dar libre pase á la continuacion de mis servicios en el ejército de los Andes.*

Soltó con ironía el escrito sobre la mesa y manifestando su desagrado me dijo:

*¿Hasta cuándo quiere Vd. ser insurrecto? Yo resolveré sobre esto como debo.* Me volvió la espalda sin decir mas y quedé solo en la sala espe-

rando mas de un cuarto de hora, hasta que vino el ayudante Vera á decirme que el General decía que volviese mañana por mi solicitud.

Al otro dia de mañana vino á mi alojamiento el ayudante Vera á enseñarme la órden del General en que me hacía reconocer en el ejército por su ayudante de campo: de este modo fué llamado al Cuartel general, donde permanecí hasta el año 1820.

Los sucesos bien conocidos de aquel año y la muerte del general Belgrano acaecida por sus enfermedades en una edad avanzada, en medio de los disturbios que por instantes perturbaban la tranquilidad pública en Buenos Aires, me obligaron á retirarme á mi casa despues que el ejército se hubo disuelto en Arequito.

Creo haber llegado al fin de lo que me propuse, y si acaso lo he conseguido tal cual como me ha sido posible, quiero imponerme el precepto de no pasar un punto adelante de donde concluyó el ejército en que serví tantos años á la Patria. Los posteriores acontecimientos están consignados á la pluma de los encargados de escribir la historia de la República Argentina: entre tanto y por conclusion quiero decir una palabra mas.

La marcha del ejército de Tucuman á Santa Fé, á fines del año 19, desatendiendo enteramente la causa principal, dejando los enemigos al frente

de Salta y Jujuy, se puede decir que precipitó el pronunciamiento de los pueblos, incluso el de Buenos Aires y el del ejército mismo contra el Gobierno Directorial que tantos motivos había dado para el desagrado general.

Cuando el general Belgrano me llamó á su lado, despues de la campaña en que fuí repuesto en mi empleo, suspenso á consecuencia de aquel suceso de Borges en Santiago, apuntado por el general Paz en sus *Memorias Póstumas* de que ya antes he hecho referencia, era yo aun antes de esto y desde 1815 en que ascendí á capitán, un oficial de muy regular reputacion en caballería, considerado como uno de los mas útiles en el ejército, condecorado con los distintivos acordados á los vencedores en Mayo de 1811 en Chiguiraya, á los del 24 de Setiembre de 1812 en Tucuman y 20 de Febrero de 1813 en Salta, con despachos que acreditaban mis rápidos y bien merecidos ascensos y una foja de servicios en que puedo hacer constar las batallas generales y fuertes combates anotados en mi foja, como acciones generales por haber obrado en ellas las tres armas, por el órden siguiente:

Batallas generales — La del Desaguadero, derrota, al mando del general Don Antonio Gonzalez Balcarce y su segundo el coronel Don José Viamonte; la del Rio de las Piedras, triunfo, al mando del general Don Manuel Belgrano y su

segundo el coronel Don Eustoquio Diaz-Velez; la de Tucuman, triunfo, por los mismos; la de Salta, triunfo mas completo, por los mismos; la de Vilcapugio, pérdida, por los mismos; la de Ayohuma, derrota, por los mismos; y la de Sipesipe, derrota, al mando del general Don José Rondeau y su segundo Don Francisco Fernandez de la Cruz.

Combates parciales — El de Chiguiraya, triunfo, al mando del comandante Don Estévan Hernandez; Nazareno, contraste, al mando de Don Eustoquio Diaz-Velez; Abrapampa, puestos del Marqués, triunfo, por Don Martin Miguel de Güemes; Venta y Media, contraste, por el brigadier Don Martin Rodriguez; Tablada de Tarija y toma de la plaza, triunfo, al mando del comandante Don Gregorio Araoz de la Madrid; Chuquisaca, rechazó á Madrid; Ichupampa, contraste por el mismo y Sopachuy, derrota al mismo; y un sinnúmero de guerrillas, la mayor parte de ellas mandadas por mí, en que supe acreditar el valor necesario para desempeñarme con buen suceso, sacar ventajas y dejar bien puesto el honor de las armas de la Patria.

Aunque benemérito á la Patria en grado heroico en la guerra de su independencia, declarado por tal en acuerdo y sancion de la soberana Asamblea Nacional Constituyente en 1813, no pretendo ni he pretendido nunca que mi Patria esté obligada conmigo á especiales y distinguidas com-

pensaciones. Cuando me consagré á ella no elegí premios, no desdeñé fatigas ni rehusé sacrificios, y si, respecto al derecho que tengo para reclamar los muchos devengados que la Nacion me debe, algo puedo decir de meritorio á mi persona, lo deajo á la discrecion del tiempo y á mi propia satisfaccion, y si esta mi liberal conformidad pudiera servir de algun bien á la Patria, sirva en horabuena en obsequio á la moral, buen ejemplo y abnegacion en honor mio y de esa mi cara patria que tantos sacrificios me cuesta; de cuyos beneficios gozan hoy los que tienen derecho de decirme que para ellos trabajé, mientras que yo me conformo de no tener mas recompensa ni mas goces que la satisfaccion de haberla servido.

Esta es mi gloria, esta es mi honra, y por atender á ella y á mi dignidad primero que á todo, puedo decir que he llegado á ver con cierto desprecio toda adquisicion, todo goce que no sea digno de mi noble orgullo y justas aspiraciones.

No soy tan pagado de mí mismo para suponer que he sido un gran hombre, ni menos trato de persuadir á nadie de que yo hubiese sido el único de quien la Patria hubiese recibido servicios que merezcan sus gratos recuerdos; pero sí puedo, como pocos, contar que en el curso de mi carrera pasé por la escala siguiente:—Que en el primer ejército de la Patria fuí un cadete de dos cordones, un porta estandarte, un subteniente, un teniente

segundo, y despues un primero, un ayudante mayor de regimiento, un capitán, un ayudante de campo en un cuartel general, un teniente coronel despues y por último un coronel, —para que al fin no hubiese de quedarme mas que padecimientos, motivos porque vivir siempre tristemente en lo presente, deduciendo consecuenecias nada laudables á los gobiernos y patriotas del dia. Esta no es una queja, y si acaso pudiera verse como tal, fundada vá en hechos y verdades que la historia no podrá desmentirme, en un país tan desgraciado como el nuestro, frecuentemente combatido por las reacciones revolucionarias del año 20 á esta parte; en el injusto y violento empeño de los hombres de sobreponerse los unos á los honrosos antecedentes de los otros, han puesto en juego maquinaciones que han consumado la destitucion de todo mérito, todo derecho, toda legítima opcion (1) y en la alternativa de quitar á unos para colocar á otros, los destinos públicos, los empleos honoríficos y lucrativos, los sueldos, los ascensos, las recompensas y beneficios, han pasado de mano en mano y de injusticia en injusticia.

Mil veces nuestras funestas desavenencias con-

(1) Rosas mas que ningun otro ha perseguido de muerte y hasta el exterminio, se puede decir, á los servidores á la Patria en la guerra de la Independencia, clasificándolos de salvajes unitarios.

vertidas en atroz anarquía, llevando con estúpido entusiasmo la opinion y fé política hasta los extremos del fanatismo, ensangrentando los partidos con crueles represalias y rompiendo los vínculos mas estrechos de la union y fraternidad, nos han privado de gozar en paz y libertad las justas compensaciones de la Patria y los infinitos bienes que la naturaleza prodiga á manos llenas sobre nuestro patrio suelo. Yo que soy uno de los que con mas razon puedo quejarme de la injusta postergacion, me consuelo con pensar que puedo con vanidad gloriarme de no haberme mezclado jamás en esos partidos que han llevado por principio labrar la felicidad de unos sobre la ruina de otros.

En medio de estos males hay una satisfaccion para todos, hay una gloria que resalta, que compensa y que pertenece indistintamente á todo argentino, sea cual fuere la causa á que haya pertenecido en nuestras disenciones políticas—el acta de nuestra Independencia, que queda afianzada para siempre, ante Dios y las naciones del mundo. En esa gran obra iniciada por los patriotas del año 10 y consumada por los del año 16, que cuesta tanta sangre argentina derramada en mil partes de América, he tenido parte no muy pequeña, contribuyendo en proporcion á mis facultades, con todo cuanto me fué debido.

Algo, pues, creo haber hecho por la Patria,

habiendo tenido tantos motivos y ocasiones de cumplir con tan sagrado deber. Esta idea, puedo decir, que me satisface hasta el punto de darme por compensado, aunque mi suerte no sea la que debió tener un benemérito á la Patria; á ella lo consigno todo, renunciando toda aspiracion que no esté de acuerdo con su bien, contentándome con la honra de haber pertenecido á la lista de los que tanto hicieron para dejar por herencia un título de gloria á la progénie argentina.

Mas, el tiempo aquel en que supe hacer algo, ya pasó; hoy es otro tiempo en que solo puedo lamentar los males que por mi vista pasan; sin embargo, aun me siento animado del deseo de hacer algo mas, aun me atrevo á decir que haría, si una nueva oportunidad me brindara la bella ocasion de descender al sepulcro en un campo de batalla, haciendo ver al enemigo extranjero, que un guerrero de la Independencia Argentina, no fué hecho para sufrir que las glorias y derechos de su patria se hollaran impunemente.

Entre tanto, si es honroso pertenecer á un partido, yo solo pertenezco al nacional. La muerte no está muy lejana de mí, la espero con la resignacion propia de una conciencia libre de remordimientos.

FIN



## APÉNDICE

---

Al hacer la segunda edicion de estos *Recuerdos Históricos*, hemos querido añadir, si así puede decirse, la parte que tuvo su autor en los acontecimientos políticos que han tenido lugar en nuestro país despues de la disolucion del ejército del Alto Perú en el histórico campo de Arequito. Para emprender este corto trabajo, que no tiene otro objeto que el que puede darse á un recuerdo de familia, no hemos tenido á la mano mas materiales que uno que otro documento encontrado entre los papeles dispersos del autor de los *Recuerdos Históricos* y las reminiscencias de sus relaciones orales, hechas allá en las pesadas horas de su ancianidad.

Dados estos antecedentes, bosquejaremos á grandes rasgos una reseña histórica de aquellos memorables sucesos para encuadrar en ella, la personalidad de este benemérito militar, que tanta parte activa tomara en el largo período del luctuoso tiempo corrido desde 1820 á 1852, en que la organizacion nacional, en su gestacion dolorosa, produjo las convulsiones intestinas que en mas de una vez pusieron en peligro hasta la existencia de la Patria, como nacion independiente y libre, abortando de su seno, caudillos atroces que empaparon con sangre el lazo mismo con que pretendían ligar la union é integridad nacional.

---

Disuelto el Gobierno Nacional en 1820, surgen á la vida autonómica nuevas provincias, desmembrándose de sus antiguas capitales, y así, la de Santiago del Estero preparaba tambien el movimiento que debía llenar las aspiraciones que desde 1816 agitaban intuitivamente á sus prohombres y que costara la vida al coronel Borges y á Don Martin Castellanos. Para este movimiento fué solicitado nuevamente el coronel Lugones, ofreciéndosele hasta el Gobierno mismo, á pesar de su juventud, si quería ponerse al frente de los acontecimientos.

Preparadas así las cosas y accediendo á las apremiantes exigencias de los hermanos Frias, aquellos sacerdotes que mas tarde cayeron bajo del hacha de Rosas, y que en aquel entonces dirigían con sus talentos la opinion pública de Santiago, se dispuso el coronel Lugones, inmediatamente que se disolvió el ejército en Arequito, á ponerse al frente de los grupos que ya con ese objeto se formaban en aquella provincia sobre la frontera con Santa-Fé; pero acontecimientos extraños á la política entorpecieron su marcha, llegando demasiado tarde, cuando los señores Frias y los Gallo, apremiados por las circunstancias, habían echado mano del sargento mayor Don Felipe Ibarra, y puéstolo á la cabeza del movimiento militar que lo elevó al Gobierno en el que se sostuvo treinta años.

Consumada así la desmembracion de Santiago del Estero de la antigua provincia de Tucuman y sancionado ese hecho por una asamblea popular en el mes de Abril de ese año, el coronel Lugones se retiró á la ciudad de Tucuman, en donde estaba casado desde 1818, con la señora doña Eulalia Drago.

Rotas por estas causas las relaciones fraternales entre los gobernadores de Salta, Santiago del Estero y Tucuman, de lo que resultaron algunos combates, el coronel Lugones desde Tucuman trabajó con eficaz insistencia hasta preparar los ánimos para el avenimiento que tuvo lugar en Vinará, en Junio de 1821.

Mientras tenían su desenvolvimiento estos sucesos, el general realista Olañeta, que desde las provincias del alto Perú

atisbaba la situación difícil en que estaba colocado el gobernador Güemes, como consecuencia de su desavenencia con el de Tucumán, quiso sacar provecho de la anarquía y se lanzó sobre la ciudad de Salta, sorprendiendo y tomando en una noche esa importante plaza. La toma de la ciudad de Salta y la muerte subsiguiente del general Güemes, fué el toque de llamada dado á los buenos patriotas que concurrieron de todas partes á organizar aquella famosa resistencia que obligó al general español á evacuar la plaza. Entre las filas de aquellos heroicos defensores de Salta, encontráse también el coronel Lugones, aunque sin desempeñar rol de importancia.



Entraba en los planes militares del general San Martín para sus campañas del Perú, llamar hácia nuestro lado la atención del ejército español, y con este objeto fué destinado el general Pérez de Urquinaena gobernador de San Juan, para formar un ejército que operaría por la espalda del enemigo. Antiguas relaciones de compañerismo unían al coronel Lugones con el general Urquinaena, quien á su paso por Tucumán, no quiso dejarlo en la inacción, llevándose consigo para aprovechar sus aptitudes en la nueva campaña que se preparaba. En el campo de Leon, cerca de Jujuy, con el nombre de vanguardia se reunieron los escasos elementos que sirvieron de base á las operaciones que se subsiguieron, hasta que ganada la batalla de Ayacucho, fueron acorraladas las últimas huestes españolas que capitaneaba el general Olañeta, y muerto este caudillo por sus propios soldados sublevados, cerca de Potosí en Marzo de 1825.

Quince años de campañas habían consolidado la independencia americana. El último ejército de la España esclavizadora yacía tendido en el *Rincon de la muerte* (Ayacucho) y sus banderas y sus armas rendidas por trofeos á la Libertad, tejiendo el Genio de la Victoria sobre las ruinas del al-

cázár mismo de los Incas, las coronas de laurel inmarcesible con que ciñeron sus frentes, Sucre, San Martín y Bolívar.

La gran revolución de Mayo quedaba terminada cuando el coronel Lugones se retiraba á su casa en Tucumán, con la gloria de haber sido de los primeros que empuñaron las armas de la Libertad y uno de los últimos en dejarlas.



Habiendo el Congreso General Constituyente por su sancion de 1° de enero de 1826, autorizado al Poder Ejecutivo Nacional para resistir la agresion del Imperio del Brasil, por todos los medios que hace lícitos el derecho de la guerra, mandóse reclutar el Ejército por contingentes que debian alistar los gobiernos de provincia.

Tocóle al de Tucumán alistar de las milicias de su territorio el 15° Regimiento de caballería, para cuyo comando fué nombrado el coronel Don Gregorio Araoz de Lamadrid, siéndolo tambien, como segundo jefe, el teniente Coronel Don Lorenzo Lugones, recientemente graduado de coronel.

Resentimientos personales habían agriado de tal modo las relaciones entre el coronel Lamadrid y el gobernador de Tucumán, coronel Don Javier Lopez, que pretextando aquél fútiles motivos, fraguó un movimiento político basado en el pequeño plantel de ese regimiento, con que dió en tierra con el gobernador Lopez, suplantándose en su lugar; distrayéndose así en la anarquía las fuerzas que habían sido reclutadas para la guerra con el Brasil y poniendo con ese movimiento subversivo, en convulsion las provincias del norte de la República. El coronel Lugones siguió en estos sucesos, la suerte de su jefe y fiel amigo, arrastrado por la profunda amistad que lo ligó en todo tiempo al general Lamadrid.

No bien conocidos estos hechos en la Capital, mandó el presidente Rivadavia inmediatamente al gobernador de Catorce intervenir en los acontecimientos de Tucumán quien

comisionó al general Don Juan Facundo Quiroga con un pequeño ejército al objeto de reponer las autoridades derrocadas. En los campos del « Tala » midieron el poder de sus lanzas Lamadrid y Quiroga.

La brillante pluma de Sarmiento ha trazado en las páginas del « Facundo » los detalles de esta batalla. A nosotros bástanos decir qué, arrolladas las caballerías de Quiroga y Quiroga mismo, son lanzadas del campo de batalla en completa derrota, el coronel Lugones con el ala derecha persigue á los fugitivos, la infantería de Quiroga queda en columna tras de un cerco de ramas, Lamadrid triunfante le íntima rendicion — la infantería no cede — Lamadrid carga con un puñado de valientes y cae atravesado de once heridas.

Quiroga vuelve y se encuentra con su infantería victoriosa. Tal fué la batalla del « Tala » dada en octubre de 1826.

Un movimiento popular lleva otra vez al gobierno de Tucuman á Lamadrid. Quiroga no lo puede consentir, no precisa ya órdenes de la Presidencia, invade segunda vez á Tucuman y en el « Rincon » se eclipsa la fortuna de Lamadrid tras otra victoria del caudillo riojano, julio de 1827. El coronel Lugones despues de esta derrota encontró un asilo seguro al lado del gobernador Ibarra en Santiago del Estero, hasta que pacificada Tucuman pudo volver á su casa.



Vencedor el general Paz en la batalla de San Roque y tumbado el poder del general Bustos gobernador de Córdoba, en abril de 1829, nuevos horizontes políticos se abrían para la República. Simpáticos á la política iniciada por el vencedor de San Roque, los gobernadores de Tucuman y Salta formaron con el de Córdoba, las bases de aquella liga militar á la que adhirieron despues de las batallas de la Tablada y Oncativo, los de las provincias de Mendoza, San Juan, San Luis, Santiago y Catamarca

Como parte del vasto plan concebido por el general Paz, cuyo centro de acción militar era la provincia de Córdoba, los gobernadores de Salta y Tucumán coadyuvaron con sus elementos bélicos poniendo en movimiento fuertes divisiones. Fue preciso al general Paz para resistir el empuje de las huestes de Quiroga, concentrar en un solo punto todos sus elementos de guerra y con este objeto fué llamado el gobernador de Tucumán coronel Don Javier López, quien con una fuerte división de caballería, en la que tenía el coronel Lugones el comando de algunos escuadrones, pudo llegar á Córdoba pocos días antes de darse la célebre batalla de la «Tablada» en la que, quebrantándose el prestigio del general Quiroga, la División Tucumana se cubrió de gloria, dando y recibiendo tantas y tan tremendas cargas en el estrecho campo donde se combatía, que el suelo quedó como removido por el arado: aquí en uno de estos encuentros, el caballo que montaba el coronel Lugones, recibió la muerte, salvándose el jinete por la presteza de un soldado.

Vencido en esta batalla el general Quiroga, huyó á la Rioja á preparar otro ejército con que tomar la revancha. El general Paz destina al gobernador de Tucumán con la división de su mando y en ella el coronel Lugones, para que en unión con las fuerzas de Salta invadan por el Norte las provincias de Catamarca y Rioja, poniéndose en planta así aquellas grandes operaciones que manifestaron el genio militar del general Paz, quien concentrando sus dispersas divisiones, al frente mismo del enemigo, vió cumplirse las previsiones de sus cálculos, ganando la no menos célebre batalla de Oncativo.

Nuevas combinaciones políticas y nuevas operaciones militares surgen de esta victoria. Las provincias de Santiago, Catamarca, y la Rioja, San Luis, San Juan y Mendoza, han sacudido el yugo de sus antiguos caudillos y la influencia política del general Paz domina en el Norte y Oeste de la República.

El Pensamiento de la organización nacional salta sobre el tapete donde se combinan las grandes operaciones mili-

tares, latiendo vivaz entre los fulgores de la victoria; pero los gobiernos del Litoral miran con espanto el poder naciente del general Paz, y desde aquí, un formidable ejército avanza sobre Córdoba, mientras que el general Quiroga, con un puñado de soldados, cruza la pampa como un meteoro y saltando sobre el cadáver de Pringles, sonríele la fortuna en los campos de « Chacon ».

Un certero tiro de bolas cambia instantáneamente la faz de la guerra y el general Paz hecho prisionero al frente mismo de su ejército, desaparece tras los cerrojos de una prision.

Nombrado Lamadrid general en jefe del ejército que tantas veces el general Paz había llevado á la victoria, retrocede sobre Tucuman. Allí en el histórico campo de la « Ciudadela », tras los derruidos espaldones que levantara un día el general Belgrano, se juega al azar de una batalla los destinos de la República. El general Quiroga avanza—Lamadrid es vencido y sus parciales y soldados huyen ó mueren en el campo de batalla. El coronel Lugones apenas tiene tiempo en la derrota de escribir á su esposa en el papel de una hoja de cigarro y se dirige á Bolivia, único punto seguro para los vencidos en la Ciudadela.

Así terminaron aquellas convulsiones que principiando en Buenos Aires el 1º de Diciembre de 1828, conflagraron todo el suelo de la República. El silencio de los sepulcros se ha sucedido al fragor de los combates y los pueblos quedaron en paz.



La fuerza de aquellos acontecimientos políticos llevó al gobierno de Tucuman al general y doctor Don Alejandro Heredia. Este prócer de la Independencia que tenía especial predilección por el coronel Lugones, en uno de sus buenos días, se mete de rondon en casa de la señora de éste y le dice que escriba á su esposo garantiéndole á nombre del gobierno toda clase de seguridades si quería volver á Tucuman:

así se hizo y el coronel Lugones, después de una penosa emigración en Bolivia, vió cumplidas las promesas en todas sus partes.

Culpóse en aquellos tiempos al general Santa Cruz que presidía la República de Bolivia, ser el instigador y fomentador de los emigrados argentinos para que desde la frontera de ese país tuvieran en continua alarma á los gobiernos de Salta, Tucuman y Catamarca; sea de ello lo que fuere, el hecho es que el general Don Javier Lopez preparó una invasión sobre Tucuman que no dió resultado, gracias á las medidas tomadas por este gobierno y el de Salta. Temeroso el general Heredia que los planes de Lopez tuviesen ramificaciones en la provincia de su mando, tomó medidas preventivas respecto de los desafectos á su gobierno y por un acto genial de esos que caracterizaban su personalidad, mandó al coronel Lugones, á pesar de sus buenas y antiguas relaciones, salir confinado á una estación en Burreyacu, distante de la capital, hasta que pasaron los temores de la invasión.

No queriendo el coronel Lugones sufrir otra vez los efectos de las cavilaciones del general Heredia, se trasladó á Buenos Aires donde estableció una pequeña casa de negocio. En esta Capital supo un día el fin desastroso del general Don Javier Lopez, quien con los coroneles Roca y Balmaceda, al frente de pocos hombres habían invadido á Tucuman, pereciendo, á consecuencia de su fracaso en el Monte Grande, este célebre caudillo, cuya figura política había descollado por largo tiempo en las provincias, del Norte. El coronel Roca salvó su vida gracias á una poderosa influencia que, ejercitándose en el ánimo del general Heredia, supo inclinarlo al lado de la clemencia, mientras el coronel Balmaceda fué remitido enchalecado con cuero fresco al gobernador Ibarra, pereciendo en Santiago bajo la saña de este mandon.

Vencido el general Salaverry dictador del Perú, en la batalla de Socabaya y fusilado en la plaza de Arequipa, no hubo valla que se opusiese á las ambiciones del general Santa-Cruz. Del poder de sus armas nace la Confederación

Perú-Boliviana, de la que se hace nombrar Protector Supremo. El gobierno de Chile que veía en esto la creación de un coloso temible, le declaró la guerra dando en tierra con Santa-Cruz y la Confederación Perú-Boliviana en la batalla de Yungay.

Solicitada la República Argentina por la de Chile para que contribuyera á este objeto, hizo también su solemne declaración de guerra el 19 de Marzo de 1837 por medio del gobernador de Buenos Aires encargado de las relaciones exteriores, expresando en un extenso manifiesto las causas y los agravios que movían á la República á tan solemne acto y se preparó á la guerra.

El general Don Alejandro Heredia gobernador de Tucuman, nombrado general en jefe del ejército argentino confederado, solicitó los servicios del coronel Lugones ofreciéndole un puesto en el ejército. Vuelve el coronel Lugones á Tucuman después de varios años de residencia en Buenos Aires y sin tomar comando de ninguna especie se dedica á trabajos rurales.

Paralizadas las operaciones del ejército argentino á consecuencia del combate de Cuyambuyú y el nuevo giro que las armas Chilenas habían dado á la guerra, el general Heredia vuelve á Tucuman y allí le dan la muerte sus enemigos conjurados, Robles, Neiro y Paliza.



Siniestros nubarrones sombrean otra vez el horizonte político de la República. Sobre su parte oriental se agrupa pavorosa la tormenta y la guerra civil cual si fuera impelida desde la boca del Averno, envuelta en vapores de sangre, asoma su horrenda faz.

El Dictador argentino se prepara á resistir los elementos conjurados contra la tiranía de su gobierno y mientras el general Lavalle alistaba un ejército tras las naves con que la poderosa Francia tenía bloqueados los puertos de la República, el gobernador de Tucuman Don Bernabé Piedra-

buena niega al dictador Rosas las armas que le reclama y armando con ellas el brazo de los hijos de aquella provincia benemérita, lanza el grito de guerra en el Norte de la República.

Estamos en pleno año 40 — Lavalle desde Entre-Ríos, ataca el centro mismo del poder de Rosas. El general Lamadrid avanza sobre Córdoba al frente de un ejército del que el coronel Lugones es jefe del Estado Mayor. La expedición retrocede desde Santiago del Estero por la defección del coronel Don Celedonio Gutierrez que con algunas fuerzas se pasó á Ibarra y la retirada del señor Cuvas gobernador de Catamarca que sintió amagada la provincia de su mando por las tropas de Aldao.

Reorganizadas en Tucuman las fuerzas expedicionarias, las operaciones militares de Lamadrid se inician sobre la Rioja con feliz éxito para sus armas, llegando á Córdoba pocos días antes de la batalla del « Quebracho » que tan fatal fué al general Lavalle. Perdida esta batalla, el general Lamadrid retrocede sobre Tucuman, llegando á esa Capital en los momentos que un cambio de política se había operado en el gobierno de Salta. Pocos días le bastaron al general Lamadrid para cambiar la situación política de aquella provincia. La caída del gobernador Otero encarriló de nuevo por la vía de sus antiguos compromisos con la liga del Norte, la política del nuevo gobierno salteño.

Desaparecidos estos cuidados, concretóse el general Lamadrid á la formación de un ejército en Tucuman, al que concurrieron con sus contingentes las provincias de Salta y Jujuy para abrir aquella célebre campaña sobre las de Cuyo, que terminó después de mil peripecias heroicas, con la derrota del « Rodeo del Medio » y el paso de sus huestes desechas, sobre las nevadas cumbres de los Andes.

Mientras tanto, el coronel Lugones había quedado en Tucuman por exigencias del gobernador Doctor Avellaneda, para organizar algunas fuerzas con que contrarrestar los ataques que continuamente dirigía sobre esa provincia el gobernador Ibarra de Santiago del Estero, por medio de sus montoneras.

Un día, en la tarea diaria de la disciplina de esas milicias, vió el coronel Lugones puesta en serio peligro su existencia, por un motin promovido por un sargento Cabello, salvándola gracias á su serenidad y valor, purgando la pena el sargento Cabello con su vida en el banquillo, el delito de sedicion.

Algunas divisiones del ejército de Rosas en un movimiento estratégico operado sobre Tucuman, dieron en el campo de Famaillá un jaque-mate, á la ya debilitada liga del Norte. El general Lavalle con los pobres y últimos esfuerzos de la provincia de Tucuman, dió y perdió aquella batalla, de donde los restos de la oposicion y resistencia á la dictadura de Rosas, fueron lanzados en copiosa emigracion á la frontera de Bolivia. El coronel Lugones envuelto en la persecucion atroz que se hacía á los vencidos en Famaillá, atravesó tambien aquella frontera en busca de su salvacion personal.

Mientras que el general Paz quebraba su última lanza en Caaguazú al brillar de una victoria sin resultados generales para su causa; el fragor horrendo de las armas fratricidas se acallaba en los ámbitos de la República y un silencio de muerte cubriendo como un velo los cien campos de batalla, afianzaron al fin en el suelo argentino la mas pavorosa de las tiranías.

Mas de un año había transcurrido desde los últimos sucesos de Tucuman cuando el coronel Lugones recibió un día en la ciudad de la Paz un salvo-conducto del general D. Celedonio Gutierrez que gobernaba á la sazón aquella provincia, ofreciéndole completo olvido de su pasado político y dándole cumplidas garantías si quería volver al seno de su familia; pero el coronel Lugones que veía en aquel salvo-conducto el lema de: *mueran los salvajes unitarios*, pensó que el acogerse á los beneficios prometidos importaba un sometimiento al orden de cosas que por tantos años había combatido y prefirió el ostracismo. Esta benevolencia del general Gutierrez hacía un enemigo político de la talla del coronel Lugones, tenía por causa, fuera de los respetos personales, un sentimiento de gratitud. Cuando en 1840 el gobernador Piedrabuena alistaba su primera expedicion sobre Córdoba, el entonces coronel Gutierrez recibió órdenes de marcha; desafecto como lo era el coronel Gutierrez

á la causa que defendía el Gobierno de Tucuman, no quiso resistir abiertamente, empeñándose con el coronel Lugones que era jefe del Estado-Mayor para que recabase el permiso de quedarse y no obligársele á empuñar su espada para combatir una causa que era la suya propia. El coronel Lugones que encontró algo caballeresco el acto de confianza depositado en él, obtuvo del Gobernador cuanto quiso en el sentido deseado por Gutierrez ; pero poco despues pudo mas en el ánimo del señor Piedrabuena las razones alegadas por el Dr. Avellaneda, quien temeroso de dejar dentro de la provincia tan peligroso enemigo, quiso asi alejarlo, apesar de lo prometido ya por intermedio del coronel Lugones y las seguridades dadas por Gutierrez de mantenerse neutral en la contienda que se preparaba, se le obligó pasando sobre toda consideracion política, á marchar en la expedicion. El coronel Gutierrez que por este acto se creyó desligado de todo compromiso con su gobierno, asi que pisó el territorio de Santiago del Estero ó en su proximidad, se pasó á las filas de Ibarra. De aquí vienen pues, las ulteriores consideraciones que mutuamente se guardaron el coronel Lugones y el general D. Celedonio Gutierrez.



Cuando una esperanza de concordia se dibujó un instante tras la densa humareda de los cañonazos de Caseros, cuando el deseo de la organizacion nacional mas vivo que nunca agitaba el corazon de los argentinos y las puertas de la Patria se abrían al cabo para sus hijos proscritos por la tiranía de Rosas, fué que el coronel Lugones abandonando la ciudad de Tagna, donde por muchos años, en su ostracismo, ejerció el oficio de panadero, se dirigió al fin lleno de ensueños de paz y libertad á besar el suelo santo de su patria. Tucuman y su familia es el Norte que guia sus pasos al través de aquellas innumerables cumbres, las mismas que en un tiempo lejano ya, repetían los ecos de los combates en que él, jóven y lleno de ilusiones, había disputado

•

el laurel de la victoria en cien batallas á los soberbios guerreros españoles.

Un dia, un solitario viajero cruza silencioso las calles de Tucuman: ese es el coronel Lugones, cansado peregrino que pisa los umbrales de su anhelado hogar.

Derrocada la dictadura de Rosas y en virtud de pactos preexistentes, el vencedor de Caseros convocó en San Nicolás de los Arroyos á los gobernadores de las provincias para un acuerdo en el que debían fijarse las bases para la reunion de un congreso general constituyente y otros puntos de vitales intereses nacionales. La concurrencia del general Gutierrez gobernador de Tucuman á este acuerdo, produjo en su ausencia un cambio político en aquella provincia y un movimiento revolucionario lo desalojó del poder para recuperarlo en seguida, saltando sobre los cadáveres de sus comprovincianos tendidos en las sinuosas márgenes del Rio Colorado.

Inmiscuido el gobierno de Santiago del Estero en las cuestiones locales de Tucuman coadyuvó con mano armada otra vez á la deposicion de Gutierrez y en Tacanitas y los Laureles nuevas víctimas se sacrificaron á la sañuda discordia.

Los bandos políticos que se disputaban el gobierno en Tucuman, solicitaron con ahinco por ambas partes la cooperacion del coronel Lugones; pero éste que no veía en estos movimientos de opinion sino el choque de intereses locales que entorpecían la grandiosa obra de la organizacion nacional, para que había sido llamado el pais, se negó absolutamente á tomar la mas mínima participacion y para alejar todo compromiso se trasladó á la ciudad de Santiago.

El general Don José Maria Paz que negándose á tomar participacion en la campaña de Caseros, á pesar de las invitaciones del general Urquiza, llegó á Buenos Aires en los momentos que esta provincia consumaba su revolucion de 11 de Setiembre, donde los hombres que dirigían aquella política le dieron una participacion activa, tanto en lo político como en las operaciones militares que se subsiguieron á aquella revolucion. El general Paz, cuya alta figura nacional llenaba el pais con su

prestigio, entre otros elementos que preparaba en el interior, tuvo el pensamiento de traer á su lado al coronel Lugones y con este objeto le escribió una larga carta en la que lo llamaba á Buenos Aires.

El deseo de alejarse, como se ha dicho antes, de aquella estrechez política en que giraban los partidos en las provincias de Santiago y Tucuman, por una parte, y las antiguas afecciones de partido por otra, habían hecho que el coronel Lugones mirara desenvolverse los acontecimientos que conmovían en esos instantes la República, por el mismo espejo limpio de localismo, en que el general Paz refractara sus ideas de nacionalidad, para trasportarlas en el halagüeño miraje de aquella carta en la que lo llamaba á su lado, escrita precisamente en los momentos mas críticos para la República; lo decidieron al fin á abandonar su hogar y así que los sucesos surgidos de la lucha entre Tucuman y Santiago se lo permitieron se trasladó á Buenos Aires, llegando en los primeros meses del año 54.

Recibiólo sorprendido el general Paz y tras de un largo y simpático abrazo, sus afectos se confundieron en un solo sentimiento de ternura que se manifestó vehementemente en sus humedecidos ojos. « Tu venida á Buenos Aires, le dijo, pasando sobre el Gobierno General, mal ó bien organizado, me parece un paso muy impolítico — Yo creo que aquí los hombres de Buenos Aires me desconfían, algo siento como que estos hombres solo han querido servirse de mí en sus apuros y ahora me temen — casi me creo arrumbado y quizá muy poco pueda hacer por tí — ¿ Y tu carta? . . . le objetó el coronel Lugones. — Esa carta, contestóle el general Paz, debiste haberla pesado con los acontecimientos que se subsiguieron á su fecha y tu resolución debió ser guiada por ellos — Ahora bien, tu situación la considero difícil ».

Pocos dias despues faltábale al coronel Lugones la protección de su buen amigo. El general Paz fué atacado de una grave enfermedad que lo llevó al sepulcro en pocos meses, falleciendo en octubre de ese mismo año. Muerto el amigo, el coronel Lugones se vió desorientado en la política y entonces se resolvió á poner en orden sus apuntes y dar á la

estampa los *Recuerdos Históricos*, que salieron á la publicidad inmediatamente que se publicaron las «Memorias póstumas del general Paz.

Con motivo de esas publicaciones, el entonces coronel Mitre que ocupaba el ministerio de la guerra de la provincia y que ya tenía una participacion muy conspícua en la política de Buenos Aires, requirió del coronel Lugones una entrevista. Esta tuvo efecto y una atenciosa y fina acogida por parte del Señor Mitre, fué la introduccion á una larga conversacion en la que muy por encima se tocó la política militante, concretándose, puede decirse, á los recuerdos de las campañas de la Independencia y á las de los generales Lavalle y Lamadrid en el interior, en la guerra contra Rosas, terminando con honrosos elogios á los méritos y servicios del coronel Lugones en su larga carrera; pero tras de los obsequiosos y finos conceptos del Señor Mitre, el coronel Lugones creyó ver mal embozada la indicacion de que, los beneficios de la situacion política de Buenos Aires eran solo para los que habían ayudado á crearla y de la cual nada debía esperar.

Fué entonces que por indicacion de algunos amigos se estableció en la ciudad del Rosario con una agencia de comisiones, ocupándose en esta clase de negocios hasta que fué incorporado al Estado-Mayor del ejército nacional el 31 de Mayo de 1856.

El señor inspector general del Ejército y Guardias Nacionales Don Cesáreo Dominguez al transmitirle la resolucion del Gobierno Nacional, por la cual quedaba agregado al ejército, le decía oficialmente: «Me es grato felicitar á V. S. como lo hago, por el testimonio con que el Excmo. Gobierno comprueba á V. S. el aprecio que le merecen su mérito y servicios distinguidos».

Era un deber de cortesía impuesto por la disciplina militar, presentarse al superior á recibir órdenes: así el coronel Lugones, por la jerarquía de su grado, tuvo que hacerlo ante el jefe del Estado para llenar ese requisito. Recibiólo cortés el general Urquiza y tras la tiesura de su carácter y alto rango mi-

litar como jefe del ejército y presidente de la República, le manifestó, aunque con finura, un profundo desagrado por la perplejidad de su conducta en los acontecimientos que habían dado por resultado el aislamiento de Buenos Aires, ya que no su simpatía por los hombres que dirigían aquella política tan hostil á su gobierno. « Señor General, repícale el coronel Lugones, si tuviera que sincerarme de la conducta que V. E. me inculpa, me bastaría para hacerlo, el recuerdo solo de mis largos años de servicios al país, prestados sin mas aspiraciones ni mas norte que la grande obra de la organizacion nacional. V. E. sabe que en el seno mismo de los hombres que combaten la política de V. E. lo he dicho clara y categóricamente en la última página de mis «*Recuerdos Históricos*» *si es honroso pertenecer á un partido político, yo solo pertenezco al nacional* — A tan franca y categórica réplica, tendióle complacido la mano el general Urquiza diciendo: «Coronel, si he estado en error, tambien puede Vd. creer que admiro y respeto la rectitud de carácter; conozco su pasado político, conozco sus servicios militares. No se le escapará pues, que hoy tanto como antes, hay que trabajar para constituir la Nación de un modo estable — espero su cooperacion ».

No podía ser de otro modo. Alistado el coronel Lugones el primer año de la libertad entre los nuevos campeones, sus miras políticas no podían ser otras sino aquellas por las cuales tantos mártires se habían sacrificado y cuyo fruto, hoy nosotros, tal vez indignos hijos, cosechamos, al amparo de esas instituciones soñadas por aquellos fuertes varones, cuya fama llegará á nuestros nietos, envuelta en el prestigio de la leyenda para transmitirse á la posteridad de siglo en siglo.



Integrada la unidad nacional con la reincorporacion de Buenos Aires, como consecuencia de la batalla de Cepeda y el pacto de Noviembre, quedaba así terminada la obra de la organizacion nacional, cuya consolidacion mas tarde se lle-

varfa á cabo por la fuerza inicial impulsiva de aquellos hechos, aceptándose como lábaro de concordia la gran Constitucion de Mayo, que ponfa así término á aquella larga lucha que habfa dividido en dos campos la familia argentina. Con este plausible acontecimiento, el coronel Lugones creyó que habfa terminado tambien su carrera política y se retiró á Tucuman con el firme propósito de vivir en quietud los dias que le restaban. Allí, en la tranquilidad del hogar, con la confianza en la firmeza de las instituciones que se habfa dado la República, vió surgir de nuevo la anarquía, como concurrencia inevitable á la desaparicion de los poderes nacionales derrocados en la batalla de Pavon y su reconstruccion en Buenos Aires.

Pero la ley eterna de la naturaleza, cuyo desenvolvimiento evolutivo es inevitable en el órden de lo creado, habfa señalado para el coronel Lugones el término de su existencia. Fuerte todavfa de cuerpo y espíritu, sintió tranquilo aproximarse el fatal momento de su deceso, hablando de la muerte con aquella serenidad con que la habfa afrontado muy de cerca en veinte batallas y otros tantos combates, preparándose á desaparecer de la vida y entregar su espíritu al Creador con la conciencia de un hombre de bien.

El lúnes 20 de Enero de 1868, el fúnebre tañido de las campanas de la Generala de los Ejércitos de la Patria (Nuestra Señora de las Mercedes) anunció á la ciudad de Tucuman que otro mas de los beneméritos vencedores del año 12, el coronel Don Lorenzo Lugones, descendfa á la tumba.

Sus restos descansan humildemente en el cementerio de aquella ciudad, sin otra pompa en esa mansion del olvido, que su proximidad al *Campo de Gloria y Honor*. La Patria le debe sus honras fúnebres y mejor sepulcro á sus cenizas.

DESIDERIO LUGONES.

Buenos Aires, Setiembre de 1888.

---